MARCOS A. C.



TÚ Y YO ¡SOMOS CINCO!

TÚ Y YO ¡SOMOS CINCO!

MARCOS A. C.

TÚ Y YO ¡SOMOS CINCO!

MARCOS A. C.

Primera edición.

Tu y yo ¡somos cinco!

©Marcos A.C.

©Julio, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Tu y yo ¡somos cinco!

©Marcos A.C.

©Julio, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Capítulo 1



Para ser sincera, mi vida no había sido difícil a pesar de todos los sucesos que transcurrieron a lo largo del tiempo pero tampoco fue un camino de rosas…

Hola, me llamo Danna, tengo treinta y cinco años, y dos hijas gemelas de quince: Martina y Olivia.

Nací en Argentina, lugar en el que residí hasta que las niñas cumplieron los dos añitos y nos trasladamos a vivir a Miami. El lugar que me vio nacer siempre iría en mi corazón, si bien a menudo hay que tomar decisiones con la cabeza fría, sin dejarse llevar por la pasión.

Fue una decisión poco meditada, pero muy acertada, se veía a la legua. No en vano, me pusieron por delante un contrato de un año de duración en virtud del cual trabajaría para una de las firmas más relevantes a nivel internacional, toda una oportunidad. Por si eso fuese poco, jamás había visto tantos ceros juntos en un contrato. No me pude resistir a gritar sí y mil veces sí, pues de lo contrario me habría pasado la vida preguntándome qué hubiese ocurrido en caso de no haberme atrevido.

Yo nunca le he temido a los cambios, soy de las que piensa que todo ocurre por algo y que eso de «renovarse o morir» es una verdad como un templo, porque no hay nada peor que una persona que tienda a estancarse.

Cuando me quedé embarazada de las niñas ya era una reconocida modelo. La fama no me cayó del cielo, sino que me llegó a partir del impacto que causó una de mis campañas publicitarias para una renombrada firma de moda.

Una vez que la suerte llama a tu puerta, todo es coser y cantar, como se suele decir, lo que motivó que me ofreciesen ese contrato que me hizo aterrizar en tan idílico rincón de Florida, y que no fue otro que Miami.

En aquella época nos instalamos en un apartamento situado en plena avenida de Miami Beach, frente a la playa. Con el dinero que me proporcionó el aludido contrato podría haber comprado una casa, aunque fuese en una zona humilde, pero yo quise posponer tal decisión.

El sitio en el que vivir con mis hijas no era una cuestión para ser tomada a la ligera, por ello descarté una primera

compra que, cuando menos, habría resultado un tanto precipitada. Además, siempre he creído en mí misma, razón por la que confiaba en que me ofrecerían más contratos que me ayudasen a poder comprar una vivienda en una zona mejor.

La renta del apartamento nos la pagaba la firma, por lo que yo me sentía una auténtica privilegiada. Nada más llegar me pusieron las llaves en la mano, así como el contrato del uso y disfrute por un año, lo cual me llevó a ir con pies de plomo, dado que no tenía la más mínima prisa.

A partir de ese momento, la prioridad era que mis pequeñas estuviesen perfectamente atendidas, ya que, si ellas no se encontraban bien, yo tampoco. Cualquier madre sabrá perfectamente de lo que hablo, y es que nuestros retoños son esas personitas en las que pensamos de día y con las que soñamos de noche.

Realicé varias entrevistas con el fin de contratar a una chica que se esmerase en cuidar de ellas en todas aquellas ocasiones que mis compromisos profesionales me obligasen a ausentarme de casa.

Puedo decir sin temor a equivocarme que tuve buen ojo a la hora de llevar a cabo la elección. Mar, una joven mexicana de veinte años, se convirtió en mi mejor opción. La chica era dulce, amable, educada, sonriente, predispuesta y miraba con mucho amor a las gemelas, esas a las que siguió cuidando a lo largo del tiempo hasta llegar a la actualidad y que, prácticamente, se había convertido en su segunda madre. La amaban…

Unos meses después, antes de que expirase el contrato que me catapultó a la fama, me ofrecieron trabajar para la firma dos años más, recibiendo un pago que triplicaba al que me abonaron en la primera ocasión.

La suerte, definitivamente, se posicionó de mi lado. Ese ofrecimiento fue lo mejor que nos podía pasar a mi familia y a mí, y entonces sí… Entonces me decidí a hacer una potente adquisición, decantándome por una casa en una isla privada al sur de Miami Beach.

Lo mejor de todo era que a mí me pagaban por ser la imagen de la firma, pero las sesiones fotográficas, así como todo lo relativo a las nuevas temporadas y las apariciones públicas me las abonaban aparte, de forma independiente. Así fue como conseguí la estabilidad económica que me llevó a arriesgarme a tal compra, si bien apenas corría riesgo alguno, puesto que yo era eso que podría llamarse «la modelo del momento».

Todo fue a mejor con el tiempo, como ya estaréis comprobando, por lo que estoy en condiciones de afirmar que la vida me sonreía, y que yo no dudaba ni un solo instante en devolverle la sonrisa.

Instalarnos en la casa también conllevó cambios, dado que se trataba de una vida nueva. El primero de ellos consistió en la contratación de alguien para el mantenimiento de esta y el cuidado de los jardines. También en esa ocasión acerté con Michael, un hombre de cuarenta y cinco años que se convirtió en un miembro más de nuestra familia. Y lo mismo sucedió con Guadalupe, quien pasó a encargarse de las faenas propias del hogar, así como de la cocina.

Todos adoraban a las gemelas, mis dulces locuras, como yo las llamaba.

Martina era muy extrovertida, todo lo contrario que Olivia, quien solo se relacionaba con aquellos que le caían bien, mostrando su carácter selectivo. Las dos eran adorables, preciosas, casi iguales, con unas calificaciones escolares ejemplares, y no podían estar la una sin la otra. Tanto era así que cada una contaba con su propio dormitorio, pero luego me pidieron otro en común, en el que pasaban alguna que otra noche entre confidencias.

Ellas constituían mi vida, esa en la que crecimos juntas como personas y como familia, disfrutando con intensidad sus éxitos estudiantiles, y los míos a nivel profesional.

En este punto de mi existencia ya me había convertido en una *influencer* de las más más seguidas y no firmaba exclusividad con nadie, ya que eso habría sido absurdo. No obstante, no me faltaban ofertas de colaboración con muchísimas firmas que me proporcionaban unos ingresos mucho mayores, y encima con la enorme ventaja de que podía trabajar desde mi propia casa, lo que se dice un verdadero lujo.

Os preguntaréis quién era el padre de las niñas, ya que sobre ese aspecto no he comentado nada. Pues bien, el sujeto en cuestión era un arquitecto que fue mi novio desde los quince años y que falleció en un accidente días antes de que me enterase de que estaba embarazada.

Os podréis imaginar que la noticia me dejó conmocionada. Suerte que siempre he contado con un carácter fuerte que me permitió echármelo todo a la espalda y pensar que, en su ausencia, al menos disfrutaría de las hijas de ambos. En definitiva, que él me dejó el mejor de los legados, uno que fue poco a poco creciendo en mi vientre, ¡y por partida doble!

Eso sí, no por ser positiva dejo de reconocer que se trató de un varapalo tremendo, de uno de esos varapalos que te matan o te hacen más fuerte, y no hace falta decir que yo opté por la segunda opción.

Cuando estás embarazada, y encima del hombre que siempre compartió tu vida, todo es felicidad y crecimiento a nivel personal y familiar, y lo último en lo que piensas es en que la muerte tenga en mente llevarse a uno de los tuyos, como me ocurrió a mí.

Yo me blindé, me dije que tenía que sacar fuerzas de flaqueza y luchar con uñas y dientes por mis hijas. Aun así, no todo fue jauja, también os lo digo. El egoísmo puede presentar muchas formas y esconderse en muchos lugares. Se puede tratar de ocultar o llamarlo de maneras distintas, pero en el fondo nunca dejará de tratarse de egoísmo puro y duro.

Si digo esto es porque tengo mis razones. La familia del padre de mis hijas no me aceptaba y sus abuelos no quisieron saber nada de sus nietas. No hace falta decir que, a partir de entonces, murieron para mí, por lo que les eché la cruz por los siglos de los siglos.

Por mi parte, tampoco es que contase con una familia numerosa ni nada parecido. Mi madre falleció cuando yo tenía apenas dos añitos y mi padre un día después de que celebrásemos mi Primera Comunión, un nuevo mazazo que sacudió mi vida y que me dejó más sola que nunca.

Tamaña desgracia me llevó a vivir con mi tía Sol, abogada, divorciada y hermana de mi padre, y he de decir que esa sí que fue una verdadera bendición. Como su propio nombre indica, Sol era puro brillo, una de las mejores personas que había conocido en mi vida.

Cuando Sol se jubiló cuatro años atrás, la convencimos de que se trasladara a vivir con nosotras y no dudó ni lo más mínimo en hacerlo, así que la teníamos en nuestra casa y su presencia para nosotras constituía todo un chute de felicidad.

Sol era una de esas personas que con su alegría lo llenaba todo, el alma de la fiesta y esa mujer en la que yo podía confiar a ciegas y que a menudo tenía el mejor de los consejos en la punta de la lengua, listo para regalármelo en el momento en el que más lo necesitase.

Ella consentía a las gemelas lo más grande, igual que Mar, con la que hacían lo que les daba la gana, pero mi tranquilidad era total, ya que ambas cuidaban a mis niñas como si de sus propias madres se tratase.

Realmente ver a todo lo que amaba a mi alrededor era lo mejor que me podía pasar. Mi familia no contaba con demasiados miembros, pero el amor inundaba nuestro hogar, colándose por cada una de sus rendijas y manifestándose a raudales.

Mi mayor tesoro lo conformaban todas esas personas que me habían ayudado a que mi vida fuese así de maravillosa y a que en ella reinase el amor. Y, de entre todas ellas, mis hijas eran mi motor y el motivo por el que la palabra «rendición» no apareciese en mi vocabulario.

Puede sonar a tópico, pero los hijos son esos seres que andan por la vida con un par de corazones en su pecho: cor el suyo propio y con el de sus madres, el cual roban. Yo lo comprobé en el mismo instante en el que aquellas dos pequeñas ladronas llegaron al mundo para completarme, para hacerme ver que mi vida, tal y como la había conocido hasta entonces, había cambiado irremediablemente, y para bien.

No por ello renuncié jamás a mis sueños profesionales y por aquello de que, si piensas en grande, te pasarán cosas gigantes, nunca acoté mis sueños, sino que los dejé volar hasta que un día aparecieron delante de mí, convertidos en realidad.

1

;

Capítulo 2



—Mamá, Olivia tiene novio —me confesó Martina cuando entró a la cocina directamente a soltar el chisme, poniéndose a mi lado con cara de pillina.

—¿Solo uno? Entonces va despacito y con buena letra, como decía una artista española —sonreí mientras terminaba de preparar el desayuno. Intuí que estaba deseando que le hiciera un interrogatorio sobre la noticia, pero yo sabía cómo hacerla cantar sin aparentar estar deseando escucharla.

—¡Mamá! Te lo estoy diciendo en serio. —Puso los ojos en blanco y cara de poca paciencia, cruce de brazos incluido. Me encantaba buscarla. Se estaba desesperando.

—Hija, será un amigo con el que se siente cómoda y estarán en un momento muy especial, pero eso no significa que sean novios. —Le quise restar importancia.

—¡Mamá! Que lo que quiero es que me preguntes con quién está —resopló poniendo de nuevo los ojos en blanco y soltando el aire de forma continuada, tratando de gestionar sus ganas de chismorrear y poniéndose cada vez más nerviosa.

—Imagino que con un chico de vuestro instituto. —Puse cara de indiferencia para buscarla más.

—Obvio, no hay que ser muy listos para saber que es al único sitio al que vamos sin ti, controladora, que eres una controladora. —Me siguió buscando porque era algo con lo que disfrutaba.

—Deja de poner los ojos en blanco y, además os permito ir a casa de amiguitas y al cine, no seas mala —me reí haciéndole un gesto de que fuese colocando lo necesario para el desayuno sobre la mesa.

—Pues como no preguntas, te lo digo yo… —Obvió todo lo demás, ella quería hacer el chisme completo.

—Al menos no pecaré de entrometida. —Apreté los dientes mientras le señalaba a todo lo que tenía que colocar.

—Está con el hijo del cantante Mario Castalla… —Se puso la mano en la boca y comenzó a carcajearse mirando mi cara de asombro.

—¿¡De Mario!? ¿¡Mi cantante favorito de salsa!? ¿¡En serio!? ¿¡Van en serio!? ¿!Son novios!?

—No, solo están en un momento muy especial. —Me devolvió con ironía lo que yo le había dicho antes y es que, para eso, Martina tenía mucha gracia, era demasiado cómica.

—Os he estado escuchando —murmuró Olivia entrando en la cocina mientras resoplaba indignada, negando, y se iba directa a la silla para que se lo pusieran todo por delante.

—Hija, ¿con el hijo de Mario? —pregunté sentándome de lo más impactada y hasta con la mano en mi pecho. Me iba a dar, de esta me daba, nada en el mundo me podría haber pillado tan de sorpresa.

—Sí, mamá, con su hijo, el único que tiene, por cierto, le conocí anoche.

—¿A tu novio?

—¡No! —dijeron las dos al unísono riendo—. A su padre —contestó Martina mientras volteaba los ojos, algo muy típico en ellas.

—¿Y?

—Pues nada, que mañana es el cumpleaños de Ian —se refirió a su amiguito, el hijo de este—, y su papá me ofreció una invitación para nosotras dos —señaló a su hermana— y familiares, o sea que hasta la tita se puede venir.

—Ella no querrá, pero nosotras ahora mismo vamos a ir de compras. —Aplaudí emocionada, eso de tener la oportunidad de ir a su casa y conocerle personalmente como que era el premio de una lotería, y no iba a perder la oportunidad por nada del mundo.

—Será porque no tenéis trapitos divinos —bromeó Mar entrando por la cocina— ¿Y Guadalupe?

—Fue al mercado a comprar marisco y pescado para cocinarnos su guiso estrella —contestó Martina de lo más feliz ya que era uno de sus platos favoritos.

—Qué rico por favor. —A Olivia se le hizo la boca agua.

—Entonces ¿nos vamos de *shopping*?

—Claro, Martina.

Por supuesto que tenía vestidos por doquier, pero necesitaba uno diferente, quería algo elegante, llamativo, pero a la vez nada ostentoso y lo tenía que encontrar.

Las niñas desayunaron a la velocidad de la luz, no había cosa que las pusiera más contentas que ir de compras y más para una fiesta de semejante envergadura y trascendencia social.

Llegamos a una tienda muy exclusiva en la que en la misma puerta se encargó el chico de estacionar el coche. Una vez dentro, me recibieron con champán del más selecto, y a las gemelas con unos zumos de frutas.

La verdad es que éramos muy bien recibidas por todas las firmas que, para mayor regocijo, se negaban a cobrarnos, a cambio de que yo les correspondiese con una colaboración en mis redes.

A primera vista, me enamoré de ese vestido de corte asimétrico que dejaba uno de mis hombros totalmente al descubierto, un diseño que me sentaba como un guante. De él destacaría la agradable y elegante caída de su tela de satén. Contaba con una abertura lateral que le otorgaba un aire realmente sexy, además de que incorporaba una discreta, pero llamativa, colita, cual si de un vestido de novia se tratase. El color rojo era de lo más vivo y me favorecía tanto que, pese a no ser el caso, parecía estar diseñado expresamente para mí.

—Mamá, mira. —Escuché la voz de Martina mientras me miraba al espejo y al girarme me la encontré preciosa con un vestido muy similar al mío en color rosa claro.

—Ay Dios, estás preciosa. —La miraba emocionada, ¿en qué momento mis bebés se habían convertido en aquellas adorables mujercitas?

—¿Y yo? —preguntó Olivia apareciendo con uno en color blanco ajustado a su cuerpo, de corte sirena y con cola incluida. Ella sí que parecía una novia, dado el color que eligió.

Falsa modestia aparte, mis niñas habían heredado mi gusto a la hora de vestir y les encantaba eso de quemar tarjeta para estrenar trapitos nuevos. Y si encima era para asistir a una fiesta como a la que habíamos sido invitadas, ya no os digo nada.

—Estáis preciosas —murmuré ante la cara emocionada de la dependienta, que afirmaba dándome la razón. Eran dos muñequitas, con una cara angelical y un porte que indicaba que eran dignas hijas de una modelo como había sido yo.

—Siempre es un acierto con vosotras, lo lucís todo de una forma que potencia los valores de la firma.

—Gracias, también tiene que ver que seáis mi firma favorita —le dije a la chica que estaba feliz de habernos encajado a la perfección los vestidos y a la primera.

Obviamente había hecho una llamada mientras nos los probábamos, porque no tardó en decir que eran unos regalos del modisto para nosotras. En cuanto él se enteró de nuestra presencia, le faltó el tiempo para tener tan bonito detalle conmigo y, por ende, con mis hijas.

Salimos de allí directas al coche que ya nos lo habían vuelto a poner en la puerta y metido las bolsas en el maletero, además, hasta las sandalias nos regalaron. No podían ser más detallistas, y eso era algo que me fascinaba de mi trabajo: lo bien que nos trataban por allí por donde pasábamos.

Luego hicimos una parada para comprarle un regalo a Ian. Como era lógico, no pensábamos acudir con las manos vacías, solo hubiese faltado. Y más después del detalle que tuvieron de invitarnos. Olivia propuso que nos decantásemos por una saga de películas de las que habían lanzado al mercado una edición limitada, de lo más elegante y completa, además de una camisa de su firma favorita.

Felices y cantando a ritmo de Miley Cyrus y su icónico *Flowers*, esa canción tan pegadiza, regresamos a casa para degustar la sopa de pescado y marisco que ya debía estar preparada y que, conociendo a Guadalupe, nos tendría sobre la mesa.

Las gemelas saltaron del coche nada más llegar a casa para correr hacia la tía Sol, que estaba en el porche sentada tomando un vino. Era evidente que le iban a contar todos los detalles del modelito que habían adquirido para el cumpleaños de Ian.

—¿Ya te han puesto la cabeza loca? —pregunté agachándome para darle un beso en la sien.

—Sí, al parecer van a parecer dos estrellas de Hollywood… —Me hizo un guiño.

—Y yo la estrella de las estrellas. —Me tiré sobre la silla y cogí la copa que ella misma me había servido.

—Mamá, tú siempre tienes que ser la más — soltó Olivia volteando los ojos mientras resoplaba.

—Y tú la seca, no aguantas ni una broma —le advertí para que no siguiera.

—Ya me debería haber parecido a mi hermana, dilo —me retó.

—No te doy una hostia porque me voy a quebrar una uña —le saqué una sonrisilla —. Sabes que adoro hasta el último grado de tu antipatía —me reí.

—No le das una hostia porque antes te cortas tu propia mano —dijo mi tía aguantando la risa.

—Tiene razón —confirmó Martina.

Guadalupe apareció con la sopa en la cacerola de porcelana y comenzó a servir cada plato, también el de Michael. Mar y ella, siempre solíamos comer todos juntos. En nuestra casa no había distinciones, todos formábamos una gran familia.

—No te doy una hostia porque me voy a quebrar una uña —le saqué una sonrisilla —. Sabes que adoro hasta el último grado de tu antipatía —me reí.

—No le das una hostia porque antes te cortas tu propia mano —dijo mi tía aguantando la risa.

—Tiene razón —confirmó Martina.

Guadalupe apareció con la sopa en la cacerola de porcelana y comenzó a servir cada plato, también el de Michael, Mar y ella, siempre solíamos comer todos juntos. En nuestra casa no había distinciones, todos formábamos una gran familia.

Capítulo 3



Y por fin llegó el momento de asistir al cumpleaños. Habían transcurrido veinticuatro horas de nerviosismo que, de una manera u otra, nos afectó a las tres.

Aparcamos en la zona habilitada para ello dentro de los jardines traseros de la casa. Mis niñas se pusieron una a cada lado de mí para llegar a la entrada principal de esa mansión que era donde se congregaban los invitados que iban llegando, y hasta donde un trabajador nos guio.

Fue al doblar la esquina de la aludida casa cuando nuestros ojos se cruzaron como dos imanes. Me sonrojé por completo y sentí que me temblaban las piernas como si mis rodillas, de golpe y porrazo, hubieran adquirido una textura gelatinosa.

Por fin lo tenía ante mí. Se trataba de mi amor platónico y me estaba mirando con mucha intensidad, así como con una sonrisa que no se borraba de la comisura de sus labios, mientras caminaba junto a su hijo hacia nosotras sin apartar la mirada en ningún momento. Impresionaba muchísimo más de lo que imaginaba.

—Hola, imagino que eres la joven mamá de Olivia y Martina —pronunció con voz sexy y grave.

—Sí, me llamo Danna. —Estiré mi mano. En un caballeroso gesto, la tomó y tiró de ella hacia él para darme un beso en la mejilla. Todo un cumplido.

—Un placer, yo soy Mario.

—Bonito nombre —sonreí apretando los dientes (y hasta las muelas) como si no supiera quién era.

—El tuyo también, Danna. —Se apartó hacia un lado mientras hacía el gesto con sus brazos de que las señoritas primero, tras lo cual nos siguió.

Nos sentamos en unos sofás con una mesita, de los muchos que había repartidos por el césped. Por suerte, él

también se sentó con nosotras, cosa que se me representó como el mejor regalo de los que pudiesen provenir del universo.

Tengo que confesar algo que sabían todos menos las gemelas y es que, de vez en cuando me fumaba un cigarrillo de hierba, costumbre que tenía desde que llegué a Miami. Adelanto que jamás pasé de eso, simplemente me hacía bien y me relajaba, pero, a veces, como ese día que me había fumado uno antes de acudir a la fiesta, en vez de relajarme potenció mi ironía sacando mi lado espiritual y cómico al mismo tiempo, un verdadero cóctel.

—Entonces tienes dos preciosidades por el precio de una. —Se nos acercó el camarero con una botella de vino que sirvió de forma inmediata, tras probarlo Mario y dar su aprobación.

—Yo diría que cuatro en forma de dos —sonreí chocando mi copa con la suya.

Las niñas que estaban en frente junto a Ian me miraron lanzando cuchillos.

—Eso lo dice de boquita hacia afuera —murmuró Mario mirándolas sonriente.

—Pero lo suelta —murmuró indignada Olivia, nada raro en ella.

Mario me hizo un gesto indicándome que ese tipo de comentarios eran propios de la edad, ignorando que en esos momentos me la traía al pairo la cara de mi hija. Yo solo prestaba atención a que cesara el temblor de mis piernas, ese que, a pesar de estar sentada, me hacía sentir como si estuviera montada en un tiovivo.

Una mujer sabe cuándo impresiona a un hombre y os puedo garantizar que, por su gesto, estaba rendido a mis pies…lo tenía más que claro, tales ademanes solo podían indicar eso.

El problema era que debido a mi mala ocurrencia de fumarme uno de esos cigarrillos aliñados antes de acudir, apenas me salían las palabras y sabía que, cuanto más hablase, más gangosa parecería, pero las miradas reitero que hablaban por sí solas.

—Tengo la sensación de conocerte desde siempre —me confesó.

—¿Sí?

—Sí, es como si conectara contigo de alguna manera.

—¿Tú has fumado algo raro? —pregunté viendo que estaba muy espiritual también.

—Sí, uno de hierba —me murmuró en bajito y a los dos nos dio un ataque de risa.

—Bienvenido al club.

—¿Tú también? —preguntó boquiabierto y señalándome con el dedo.

—Por eso prefiero ni hablar —nos reímos aún más.

—Creo que tú y yo nos vamos a llevar muy bien. —Acarició mi mano que estaba por encima de la mesa y ese contacto me erizó por completo.

Cuando nos dimos cuenta, los chicos ya estaban en otra mesa a su aire. Además, a ellos se habían unido algunos amigos más que estaban invitados por Ian y que las gemelas conocían del instituto.

Mario y yo estábamos muertos de risa en todo momento y lo mejor de todo, es que no se levantaba a hablar con nadie. Lo tenía para mí solita y, como él decía, era el cumple de su hijo, así que el papel de anfitrión le tocaba a Ian.

No recuerdo haberme sentido mejor en mi vida con un hombre como en esa velada, en la que yo estaba con los pies recogidos en ese sofá exterior y las sandalias quitadas. Hasta allí nos iban llegando los platos de comida
, elaborada en forma de entrantes. Todo era idílico, su forma de tratarme tan galante, simpática, con esa sonrisa de tener a su lado algo que le atraía, porque así me lo hacía sentir. Me tenía en el limbo, para qué iba a mentir si era así, ciertamente así…

Nos estábamos comiendo vivos con la mirada, entre palabras que encerraban un montón de indirectas que nos íbamos lanzando como una pelota que iba de un lado hacia el otro del sofá. De ese divertido modo aprovechábamos para verbalizar todo lo que deseábamos, pero de una manera limpia, con hechos, esos que las
e miradas se encargaban de transmitir.

Podía escuchar el tintineo de las bebidas, la música, a las personas, pero, como si fuera de lejos, no iba con nosotros. Se trataba de dos mundos diferentes, todo lo que ocurría entre Mario y yo por un lado y, por el otro, el resto de los asistentes.

Solo al final se acercaron los invitados a despedirse de él, y así poco a poco nos quedamos los cinco: nosotros, las gemelas y su hijo.

—Papá, estamos cansados, nos vamos a ir a mi habitación.

—Claro, hijo.

Las gemelas me dieron un beso y se marcharon con Ian al interior de la casa, ya que tenía un cuarto gigante donde podían dormir cinco personas, así que ellas encantadas de marcharse con él.

—Las dejo porque van juntas —murmuré ante esa mirada que cada vez era más intensa.

—Lo mismo terminan en trío.

—¡No, por favor! —me reí— No me las quiero imaginar aún en esa tesitura.

—Y a ti ¿cómo te imaginas?

—¿Me vas a ofrecer un trío? —pregunté bromeando y ladeando el rostro, tras su ingeniosa indirecta.

—No, por nada del mundo, hay regalos que no merecen la pena ser compartidos. —Fue en ese momento cuando se acercó y no le dio tiempo a llegar a mis labios, porque ya estaba encima de los suyos.

Terminé a horcajadas encima de él. Vaya, que no me dio lugar a pensarlo porque deseaba ese contacto en tales momentos, y por encima de todo.

Y él estaba deseoso de mis besos, esos que no dejaba ni un solo instante de regalarme con esa sonrisilla y brillo en los ojos, solo le faltó cantarme alguna de sus bachatas o salsas que entonaba como nadie.

Metió sus manos por debajo de mi vestido y agarró mis nalgas con fuerza sin perder la sonrisilla y esos mordiscos que me regalaban la vida.

Me moví sutilmente causando que sus ojos se pusieran en órbita por completo.

—Esto es poner en peligro tu integridad…

—No me das miedo, Mario. —Le mordisqueé esa vez yo el labio.

—Si las niñas duermen con Ian, tú puedes hacerlo conmigo.

—Sí, después de lo que bebí, no creo conveniente coger el coche. —Excusa perfecta para pasar la noche con él.

Entramos en la casa y fuimos al dormitorio de Ian, allí estaban las niñas con dos camisetas y unos pantalones cortos que les había dejado el niño. Eso sí, les quedaban tan grandes que parecía que iban a jugar al baloncesto.

Veían una peli, pero medios dormidos, así que nos despedimos y fuimos al cuarto de Mario, bueno al cuarto…

Aquello era una pasada, no que mi dormitorio no lo fuese, pero ese…

—Acabo de caer rendida a tu suite —murmuré asomándome al balcón, que tenía unas vistas preciosas a un lateral de la casa desde donde se divisaba el jardín y la piscina.

—Esta camiseta es para ti…

—Gracias. —La cogí y entré en el baño a cambiarme y ponerme cómoda. Eso sí, los tacones no me los quité, porque me hacían más sexy y quise demostrárselo al verme aparecer.

—Preparé uno para los dos —sonrió guiñándome un ojo con aquel cigarrito de la alegría.

—Y dos copas —señalé a las que había dejado sobre la mesa.

—Para ti, de todo, lo mejor. —Colocó un plato con fresas y delicias sobre una cuca bandeja.

—*¡Oh, my God!* —exclamé mientras la boca se me hacía agua.

Nos sentamos en su balcón con las manos entrelazadas y fumando de aquel cigarrillo, acompañado de las fresas y copas mientras nos desvivíamos en miradas y caricias.

—¿Dónde has estado todo este tiempo que nunca te encontré?

—Pues no será porque no soy conocida. —Le saqué la lengua provocándole una sonrisilla.

—Claro, de los medios te conozco, pero nunca hemos coincidido en ningún evento por Miami.

—Y si nos hubiéramos cruzado, ¿te habrías fijado en mí?

—No te quepa la menor duda, eres tal cual siempre imaginé a la mujer de mi vida.

—Mario, has bebido mucho —solté una carcajada.

—Te lo digo en serio, eres preciosa y tienes un carisma que me encanta: tu ironía, sonrisa, humor, cercanía…

—Pero no me has cantado.

—¿Esperabas que lo hiciera? —Arqueó la ceja.

—No, pero no hubiera estado mal. Ahora no vale que lo hagas —le advertí por si se le ocurría.

—No lo pensaba hacer ¿sabes por qué?

—No…

—Porque estoy seguro de que vamos a vivir un momento más especial que este, y ahí será cuando lo culmine con la canción que esté dedicada a ti y que ya empecé a componer aquí. —Se tocó a la sien.

—Mañana se te habrá olvidado hasta mi nombre.

—Mañana será más bonito.

—Me recuerda a un tema… —murmuré apretando los dientes.

—Este será más bonito aún. —Besó mi mano.

Y con él todo era bonito, hasta el más mínimo detalle. Mario representaba todo lo que había soñado siempre cuando lo hacía despierta y pensando en él precisamente. Para eso era mi artista favorito, ese que me hacía sonreír y llorar con las letras de sus canciones.

Nos comimos a besos durante un buen rato y nos reímos un montón cuando se dedicaba a dirigirme miradas que me dejaban de lo más intimidada y nerviosa, algo que le encantaba.

Tenía la sensación de que estaba demasiado cómodo conmigo, no menos que yo con él, pues flotaba en aquel balcón con la sensación de estar a su lado a mucha más altura; en las mismísimas nubes.

Permanecimos un buen rato así antes de marcharnos a la cama y abrazarnos. Me respetó y luego nos quedamos dormidos, mientras me decía que yo no era una más…

—Pero no me has cantado.

—¿Esperabas que lo hiciera? —Arqueó la ceja.

—No, pero no hubiera estado mal. Ahora no vale que lo hagas —le advertí por si se le ocurría.

—No lo pensaba hacer ¿sabes por qué?

—No…

—Porque estoy seguro de que vamos a vivir un momento más especial que este, y ahí será cuando lo culmine con la canción que esté dedicada a ti y que ya empecé a componer aquí. —Se tocó a la sien.

—Mañana se te habrá olvidado hasta mi nombre.

—Mañana será más bonito.

—Me recuerda a un tema… —murmuré apretando los dientes.

—Este será más bonito aún. —Besó mi mano.

Y con él todo era bonito, hasta el más mínimo detalle. Mario representaba todo lo que había soñado siempre cuando lo hacía despierta y pensando en él precisamente. Para eso era mi artista favorito, ese que me hacía sonreír y llorar con las letras de sus canciones.

Nos comimos a besos durante un buen rato y nos reímos un montón cuando se dedicaba a dirigirme miradas que me dejaban de lo más intimidada y nerviosa, algo que le encantaba.

Tenía la sensación de que estaba demasiado cómodo conmigo, no menos que yo con él, pues flotaba en aquel balcón con la sensación de estar a su lado a mucha más altura; en las mismísimas nubes.

Permanecimos un buen rato así antes de marcharnos a la cama y abrazarnos. Me respetó y luego nos quedamos dormidos, mientras me decía que yo no era una más…

Capítulo 4



Me desperté y vi la luz entrando a raudales desde la ventana de su dormitorio. Verdaderamente, se trataba de una maravilla de estancia. Quien la hubiese diseñado contaba con un gusto exquisito, aparte de que sus dimensiones eran extraordinarias.

Al fin y al cabo, se trataba de una verdadera celebridad, de un cantante famosísimo por el que las chicas babeaban por lo que no era de extrañar que su casa contase con un lujo desmesurado, aparte de que la noche anterior me había contado que no era la única que tenía, porque había ido comprando varias por distintos sitios del mundo.

Mario no solo contaba con una voz privilegiada y con una cadera de esas que, al moverla, hacía que la temperatura del planeta se elevase varios grados, sino que encima tenía una cabeza muy bien amueblada que le llevaba a invertir su impresionante fortuna de una forma inteligente.

Lo mirara por donde lo mirase, yo no le encontraba ni un fallo. Es curioso porque cuando piensas en alguien así, con un éxito arrollador, te imaginas a un tipo que pueda ser muy prepotente y que crea estar por encima de los demás.

En el caso de Mario no era así. Él se mostraba como un hombre sencillo que, además, se desvivía porque estuviésemos a gusto en su casa.

—Buenos días, veo que has dormido muy bien y eso me alegra —me dijo mientras me daba un beso de buenos días que me alegró el alma.

—Buenos días por la mañana, he dormido como un lirón, ¿se puede saber qué hora es? —le pregunté arqueando una ceja.

—Pues lo cierto es que no tengo ni la menor idea, puesto que cuando no tengo que dar conciertos le doy dos patadas al reloj y no quiero saber nada de horas. Tampoco tú tendrás que trabajar, ¿no? Es fin de semana.

—Es cierto, la verdad es que he dormido tan bien que no recuerdo ni qué día es.

—Pues es sábado, así que estáis oficialmente secuestradas hasta el lunes, ¿alguna objeción?

—¿Secuestradas? No sé, no sé si me gusta la idea —bromeé pensando en que era un sueño hecho realidad, el mismo sueño que suponía que me estuviese mirando de la manera en la que lo estaba haciendo.

—Sí, igual luego te doy una idea que te guste, pero eso será después de desayunar, que con el estómago lleno se piensa mejor.

—No sé yo, ¿eh? A saber lo que estará pasando por esa cabecita tuya.
—¿Sabes lo que pasa por ella?

—Ni idea, pero me vas a decir la típica cantinela, la misma que le sueltas a todas las demás, ¿es o no es?

—Ya te dije anoche que tú no eras una más —me confesó mientras volvía a mirarme con esa intensidad tan suya, con esa que me ponía hasta nerviosa con solo ver un atisbo de ella.

—Bueno, bueno, los andares se demuestran andando, ¿no se desayuna en esta casa?

—¿Tantas ganas tienes de salir de mi cama? —me preguntó mientras me hacía una carantoña en la cara y repasab mis labios con sus dedos.

—No tengo ninguna gana, si te digo la verdad, pero es que no quiero que los niños sospechen.

—¿Los niños? Para mí que el cigarrito ese especial que compartimos anoche te ha dejado un tanto trastornada. Los nuestros no son ya niños, son muchachos y saben de sobra que hemos dormido juntos.

—¿Tú lo crees? —le pregunté apretando los dientes—. Verás es que yo siempre he mirado mucho esas cosas, nunca he hecho partícipes a mis hijas de mi vida de adulta. Cuando he tenido algo, las he dejado con Sol y Mar…

—Sol y Mar, qué gracioso, solo te faltaba dejarlas también con Montaña, menudo dúo…

—Es el mejor. Son mi tía y su cuidadora desde que llegamos a Miami. Las aman con todo su corazón.

—Entiendo. Bueno, ellas sabrán, igual que Ian, que esta no es una aventura cualquiera, y que por eso les hacemos partícipes.

—Ay, mi madre. Yo me estoy poniendo de lo más nerviosa. Es que lo dices como si fuera verdad.

—Y es verdad, ¿tú quieres que yo traiga un polígrafo y me haces una prueba?

—No, yo prefiero que nos levantemos ya, que me estoy apurando un poco. Y, con respecto a lo que dices, mejor creerlo que averiguarlo, no sea que me lleve el gran chasco de mi vida.

—¿Y por qué habrías de llevártelo?
—Porque tú eres el gran Mario Castalla.

—Y tú una reputada modelo y ahora *influencer* de esas que no hay ceros para indicar los seguidores que tienes…

—Oye, ¿y tú cómo lo sabes? ¿Me has estado investigando esta noche?

—Yo ya sabía quién eras antes de que llegaras. Y, si quieres saber un secreto, ya me gustabas.

a

—Y es verdad, ¿tú quieres que yo traiga un polígrafo y me haces una prueba?

—No, yo prefiero que nos levantemos ya, que me estoy apurando un poco. Y, con respecto a lo que dices, mejor creerlo que averiguarlo, no sea que me lleve el gran chasco de mi vida.

—¿Y por qué habrías de llevártelo?
—Porque tú eres el gran Mario Castalla.

—Y tú una reputada modelo y ahora *influencer* de esas que no hay ceros para indicar los seguidores que tienes…

—Oye, ¿y tú cómo lo sabes? ¿Me has estado investigando esta noche?

—Yo ya sabía quién eras antes de que llegaras. Y, si quieres saber un secreto, ya me gustabas.

Capítulo 5



Bajamos a desayunar y él le pidió Beth, su cocinera, que nos lo sirviera todo en el jardín.

En ese momento aparecieron los chicos. Los tres venían sonrientes. Pese a que el amor adolescente parecía estar surgiendo entre Olivia e Ian, Martina también se mostraba muy cómplice con «la parejita». Ella era súper extrovertida y no le hacía ninguna compañía especial para pasárselo genial. Al menos de momento, aunque yo estaba segura de que pronto me contaría que también estaba enamorada de algún chico. ¿Quién no ha tenido esa edad?

—Pero si ya están despiertos los tortolitos —nos soltó Olivia en cuanto llegó al jardín y nos vio juntos y sonrientes.

Estoy segura de que el color de mis mejillas compitió con el de la mermelada de fresa, puesto que no esperaba un comentario de ese tipo por parte de una de mis hijas.

Ciertamente, yo las había mantenido muy aparte de mi vida privada durante toda su niñez y adolescencia, aparte de que en aquellos años no tuve más que amigos especiales nada reseñables a los que no les presenté.

—Hija, por Dios, ¿qué tontería estás diciendo? —le contesté mientras que Mario reía. A él le encantaba el carácte de Olivia, eso de que lo soltara todo sin filtros y a lo loco.

—Déjala, mujer, que es para partirse —me decía.

—No, más que nada es para partirla y darle a probar un bocado a cualquiera —reí yo.

—Mamá, ya sabes cómo es Olivia. Sabías que, si nos quedábamos a dormir aquí, le escucharías el piquito al día siguiente. Tú lo has querido —observó Martina, mientras echaba mano a una tostada y la mordisqueaba.

—Hija, que no te conozco, espera al menos a sentarte —la reprendí un tanto asombrada, porque mis hijas no

podían ser más educadas y allí actuaban con tal libertad y frescura que parecían estar en nuestra propia casa.

—¿Qué ha hecho? Solo ha tomado una tostada —intervino en su favor Mario, guiñándole un ojo.

Yo lo veía venir, ese se metería a las gemelas en el bolsillo en un santiamén, porque disfrutaba dándoles la razón.

—Claro, mamá, ya lo has oído. Y, además, que es el amor el que me lleva a sentir ansiedad por la comida.

—¿El amor? Pero hija, si tú no estás enamorada, ¿o es que tienes algo que contarme?

—No, no, mamá. Yo no. Es… tú sabes, lo del resto, que aquí «*love is in the air*» —me soltó entre risas.

—Desde luego, hija mía, que tienes una imaginación…

—Sí, sí, claro… una imaginación. Mamá, yo sé muy bien lo que me digo, que lo que tengo es muy buena vista.

Se habían convertido en dos muchachitas y yo ya no controlaba lo que salía por sus bocas. Cada una tenía su propia personalidad y, aunque Olivia tiraba más con bala, también Martina, a lo tonto, a veces me dejaba de piedra.

Lo que el resto se pudo reír fue poco, y yo volteé los ojos, un gesto que le resultó de lo más cómico a Mario.

—¿Se puede saber por qué me miras así? —le decía yo abrumada, porque no que me quitaba ojo de encima.

—Porque no sé cómo no has probado nunca suerte como actriz —me soltó de lo más convencido.

—Porque no me da la vida para más. Imagínate, con tanto trabajo y estas dos personitas en el mundo. Pero no te creas, que también me hubiese gustado.

—Mamá es que dice que ella vale igual para un roto que para un descosido, que es muy versátil. Ella solita se lo dice todo, como ya no tiene abuela —resopló Olivia mientras le hincaba también el diente al suculento desayuno.

—Pues yo estoy de acuerdo con ella, porque es una mujer muy polifacética —añadió Mario.

—Papá, que se te ve el plumero —añadió su hijo Izan, digno heredero de la belleza de su padre, y también con una preciosa sonrisa de esas blancas y perfectas que brillan con solo mostrarlas.

—A mí no me importa que se me vea, hijo. Sabes que no soy de esconder lo que siento.

—No, tú eres más bien de cantarlo, y entonces se entera el mundo entero, papá —rio.

—Le podrías componer una canción a nuestra madre —le propuso Martina.

—¿Tú eres adivina, pequeña? —le respondió él.

—No, ella es más bien descarada —intervino Olivia, poniendo la puntilla.

—Pues no creáis que no lo tengo en mente. Lo que sucede es que a mí me gusta mucho componer en el mar…

—¿En el mar? ¿Y no te vale la piscina? —le señalé yo.

—No me vale ni de broma, yo necesito el mar, soy muy sentido para esas cosas.

—Ya, las cosas más importantes de la vida son las que no se pueden comprar, ¿verdad? —suspiré pensando en que estábamos viviendo un momento único.

—No te creas, mi padre no es de los que se va a la playa con una toallita y vuelve con una canción en la cabeza. Cuando habla del mar, se está refiriendo a su yate, que es una pasada —nos aclaró Ian.

—¿Tienes un yate? ¿Y podríamos navegar en él? —le preguntaron mis hijas al unísono, a las que la idea le entusiasmó.

Más de una sesión de fotos había yo realizado en alta mar y me las había llevado, disfrutando luego del resto del día chapuzón tras chapuzón. Pero contar con un yate solito para nosotros ya era algo impresionante.

—Pues claro que podríamos, en un par de horas me lo tendrían listo y estaríamos navegando todo el finde, ¿qué os parece? —les preguntó.

—A mí me parece una idea sensacional —contestaron las dos al mismo tiempo porque estaban sincronizadas. Ian las miró entre risas y afirmó también con la cabeza.

—Papá, lo mejor será que nos vayamos a navegar cuanto antes —según me contó su padre, Ian era otro apasionado del mar—. Nunca nos veremos con tantas bellezas juntas en un barco.

—¡¡Sí!! —chillaron mis niñas— ¡Mamá, di que sí! —Volvieron a la carga.

—Vale, vale, amores. —Me hice la tonta como si hiciera falta que me convencieran—. Pero tendremos que pasar por casa para recoger nuestras cosas.

Las niñas seguían con camisetas de Ian y yo me había puesto una camisa de Mario, remangada. Una que, por cierto, cogí de su amplísimo vestidor por la mañana, despojándome de la camiseta que me dejó la noche anterior. Con esa camisa me vi de lo más sexy, y él también, porque así me lo indicaron sus ojos.

s

—Vale, vale, amores. —Me hice la tonta como si hiciera falta que me convencieran—. Pero tendremos que pasar por casa para recoger nuestras cosas.

Las niñas seguían con camisetas de Ian y yo me había puesto una camisa de Mario, remangada. Una que, por cierto, cogí de su amplísimo vestidor por la mañana, despojándome de la camiseta que me dejó la noche anterior. Con esa camisa me vi de lo más sexy, y él también, porque así me lo indicaron sus ojos.

Capítulo 6



Llegamos a nuestra casa y Sol nos miraba.

—¿Sin volver en toda la noche? Algo muy bueno ha tenido que pasar allí para eso —me preguntó con la más pícara de las sonrisas.

—Mamá es que se ha enamorado —le soltó Martina, tan dicharachera como era.

—Tía, no le hagas ni caso. Parece que a estas niñas les echaron algo en los zumos anoche, vienen desatadas. Tan solo se nos hizo tarde, ellas fueron al dormitorio de Ian y se quedaron dormidas.

—Y ella se quedó dormida con su padre, que eso no lo dice —añadió Olivia con su típico sarcasmo.

—¿Con Mario Castalla? Tú, mi sobrina, ¿has dormido con Mario Castalla? Pero ¿cómo que has dormido? —me preguntó activando el plan cotilla, y diciéndolo tan alto que hizo que apareciera Mar.

—¿Qué han escuchado mis oídos? ¿Te lo has…? —Hizo un gesto inequívoco sobre si me lo había tirado, dado que las niñas miraban el móvil en ese momento porque Ian les estaba enviando fotografías de la noche anterior.

—Que no, que solo hemos dormido juntos, aunque una serie de besos sí que me dio —les confesé por lo bajini.

—¿Besos en la boca? —me preguntó Sol—, pero ¿de qué intensidad?

—Tía, bien se nota que eras abogada. Si te parece, llamo a un perito para que determine la intensidad de los besos —reí porque eran la monda lironda las dos.

—En eso tiene razón Danna, ¿qué tipo de besos van a ser? Pues besos de tornillo, Sol, eso está más claro que el agua. Y por la cara que trae, han debido formar una ferretería completa. —Se desternilló Mar.

—Mira que os gusta imaginar. Solo ocurrió que estábamos a gustito, y como encima nos fumamos uno de esos cigarritos…

—Ya, de la alegría. Y anda que no te has puesto alegre ni nada, solo hay que verte la cara. Es que vaya carambola con la de años que hace que sigues a Mario, que llevo toda la vida escuchándote cantar sus canciones, y ahora resulta que es el padre de ese chavalín, y que te quedas a dormir una noche con él. ¡Esto es de película! —Especuló mi tía.

—Y también resulta que nos vamos en yate con él —le contaron las niñas, que volvían a meterse en la conversación.

—¿En yate? Yo he visto las fotos de ese yate cuando se lo compró, salió en la prensa. Es uno de esos que ni los de los jeques árabes. Ay, Danna, qué flipe, no te lo puedes perder, yo de ti me quedaba allí a vivir con él —me propuso Mar, quien no podía tener más gracia.

—A vivir no, pero pensamos quedarnos todo el fin de semana —les contaron las niñas, que eran dos bocachanclas impresionantes, esas eran como para mantener un secreto.

—¿Todo el fin de semana? —Sol estaba flipando porque me conocía a la perfección. Ella sabía que yo no me llevaría a mis hijas de fin de semana con un tío que ni fu ni fa.

—Eso parece. Resulta que Mario me lo ha propuesto esta mañana y estas dos patitos, que ya sabéis lo que les gusta el agua, han estado encantadas.

—Y la madre con un disgusto —añadió Sol, que no podía parar de sonreír de una forma que me reconfortaba, porque yo sabía muy bien cuándo estaba de acuerdo con algo y cuándo no.

Hasta Michael, que pasaba por allí con el cortacésped, puso la oreja, ya que nos vio de lo más entretenidas.

—¿De qué chaval estáis hablando? Parece que fuera como de Elvis en su día, vaya…

—La cadera la mueve con el mismo ritmo, Michael —le contó Sol, que era precisamente súper fan de Elvis—. Y eso que yo creí que en este mundo no nacería otro con ese movimiento de cadera, pero, chico, sorpresas que da la vida.

—Vamos a dejarnos ya de tanta cháchara, que debemos preparar nuestras cosas porque nos vendrán a buscar en un rato —les advertí.

—¿Va a venir a esta casa? ¿Mario Castalla va a llamar a la puerta? —me preguntó Mar como si fuese de otro

mundo.

—Eso parece, sí —le dije entre dientes.

Las gemelas estaban radiantes. Olivia podía tener más motivos por pasar tiempo con Ian, pero no era así. A Martina le daba igual, ella compartía la absoluta felicidad de su hermana.

—Mamá, ¿qué cogemos? —me preguntaron porque siempre se apoyaban en mí para ese tipo de cosas.

—Tampoco mucho: varios trajes de baño y poco más, serán un par de días —les señalé.

Yo vi la sonrisilla maliciosa en su cara, y ellas la vieron en la mía. Nos entendíamos genial y sin necesidad de palabras, así que cada cual se fue a recoger sus cosas.

De tal palo, tal astilla, y mis niñas eran igual de presumidas y coquetas que yo.

Solo hizo falta escuchar el sonido de las ruedas de las maletas, para comprender que todas habíamos llegado a la misma conclusión: nos llevábamos todo lo que nos cupiese en las de tamaño XL.

Las gemelas, todo hay que decirlo, no eran excesivamente altas, sino algo más menudas que yo, por lo que las maletas parecían más grandes que ellas.

—Antes muertas que sencillas —pronunció Sol, alegre, al vernos.

—¿Tú no te vienes, tía? —le pregunté porque a Mario no le habría importado en absoluto.

Ella no era mucho de esos saraos, razón por la que no acudió a la fiesta el día anterior. Sin embargo, se mostraba súper feliz de que viviéramos una experiencia tan bonita.

mundo.

—Eso parece, sí —le dije entre dientes.

Las gemelas estaban radiantes. Olivia podía tener más motivos por pasar tiempo con Ian, pero no era así. A Martina le daba igual, ella compartía la absoluta felicidad de su hermana.

—Mamá, ¿qué cogemos? —me preguntaron porque siempre se apoyaban en mí para ese tipo de cosas.

—Tampoco mucho: varios trajes de baño y poco más, serán un par de días —les señalé.

Yo vi la sonrisilla maliciosa en su cara, y ellas la vieron en la mía. Nos entendíamos genial y sin necesidad de palabras, así que cada cual se fue a recoger sus cosas.

De tal palo, tal astilla, y mis niñas eran igual de presumidas y coquetas que yo.

Solo hizo falta escuchar el sonido de las ruedas de las maletas, para comprender que todas habíamos llegado a la misma conclusión: nos llevábamos todo lo que nos cupiese en las de tamaño XL.

Las gemelas, todo hay que decirlo, no eran excesivamente altas, sino algo más menudas que yo, por lo que las maletas parecían más grandes que ellas.

—Antes muertas que sencillas —pronunció Sol, alegre, al vernos.

—¿Tú no te vienes, tía? —le pregunté porque a Mario no le habría importado en absoluto.

Ella no era mucho de esos saraos, razón por la que no acudió a la fiesta el día anterior. Sin embargo, se mostraba súper feliz de que viviéramos una experiencia tan bonita.

Capítulo 7



Mario se rio cuando llamó a la puerta y nos vio con las enormes maletas. No era para menos, porque daba la impresión de que nos íbamos para un mes.

—¿Y eso? ¿Nos quedamos a vivir en el yate? —me preguntó causando mi risa, porque eso mismo les había escuchado decir a Sol y a Mar.

—No, hombre, este es nuestro equipaje de emergencia. Ya sabes, una cosita de aquí y otra de allá.

—Ya, ya. Por mí no hay problema, además de que contamos con camarotes de sobra. Por cierto, ¿ellos son…?

Yo le había hablado de todos esos miembros de la familia que creé durante aquellos años, así que tenía referencias de ellos.

—Sí son Sol, Mar y Michael. Si no te importa saludarlos, creo que les haría ilusión. Más que nada a ellas, también te digo, él está un poco despistado.

—Claro, claro, cómo no…

Ni que decir tiene que a ellas les emocionó. Mar le pidió un autógrafo y mi tía le dio un abrazo y le pidió que nos cuidara, que cuidara a «sus tres joyitas», tal cual ella nos definía siempre.

En cuanto a Michael, que había soltado el cortacésped, se ponía al lado de él, tras saludarlo, y muy divertido me venía a preguntar con la mirada sobre qué tenía Mario que no tuviese él.

Nos despedimos de todos ellos y nos fuimos hacia el puerto. Las niñas hacían cábalas sobre qué yate sería el suyo algo que enseguida Ian les aclaró señalándoselo.

—Es aquel, el más grande…

—La reconcha de mi madre —me salió al más puro estilo argentino, porque formaba parte de mi esencia y porque reservaba ese tipo de frases para aquellos momentos en los que algo me asombraba mucho.

—Suerte que es ese, porque si no, no cabrían vuestras maletas —me decía él con gracia.

—Ya, ya, será por eso. Será porque lo compraste pensando en mí, ni que me hubieras conocido entonces —le reproché entre bromas, mientras le sacaba la lengua.

—En cierto modo sí, porque llevo esperando una mujer como tú toda la vida —me dijo mientras los chicos salían corriendo hacia arriba, entre gritos de júbilo.

Subimos a bordo y era para flipar. Y lo digo que yo, que estaba acostumbrada a los ambientes más selectos, pero lo de ese barco era cuestión aparte. Hans, el capitán, nos dio la bienvenida a bordo, como si fuéramos a dar la vuelta al mundo o algo, todo era como muy surrealista, con su uniforme.

Conforme entrábamos, Mario me fue presentando al resto de la tripulación, porque un yate así no se mantenía solo y hacían falta muchas personas para que todo estuviera perfecto, como era el caso.

Aparte de varios salones, uno enorme con mesa de billar incluida, la cantidad de camarotes era realmente asombrosa, todos provistos de sus cuartos de baño y con todo lujo de comodidades.

s

Pese a todo, lo más increíble era la cubierta, con una piscina espectacular, barra de bar y tal cantidad de pijadas que te hacían parecer que estabas en el mismísimo paraíso.

ı

Dimos una vuelta completa por el yate y llegué a la conclusión de que no debería haber un lugar en el mundo mejor para hacer un viaje, aunque lo nuestro no fuese más que una escapadita de fin de semana. Y hablando de escapada, cuando volvimos abajo a colocar nuestras pertenencias, él me tomó de la mano y me aclaró: «de mi camarote no te escapas esta noche».

Solo la forma en la que lo dijo me sobrecogió. Y encima la coronó con un largo beso que únicamente terminó en el momento en el que notamos, por la algarabía, que los chicos estaban cerca.

—Mamá, nos pueden preparar cócteles sin alcohol en la barra de la piscina, ya hemos pedido —me anunció Olivia mientras corría a ponerse su traje de baño.

,

—Sí, mamá, tienen hasta una carta, ¿te lo puedes creer? Todo esto debería ir para tus redes —me indicó Martina, que conocía muy bien mi gusto por compartir ciertos ambientes en los que me movía.

—No, cariño, este yate es como una prolongación de la casa de Mario y yo no estoy autorizada a hacer eso. Se trata de su privacidad, además de que yo estoy segura de que a él no le interesa que le cacen con compañía femenina, eso no sería bueno para su imagen. Seguro que muchas fans se cabrearían.

—Un momento, a mí eso me da igual, ¿eh? Tú puedes subir lo que te dé la gana, bella —me dijo dirigiéndose a m de esa forma tan cariñosa—. Yo me debo a mi público a la hora de cantar, y ahí doy todo lo mejor de mí, pero el resto de mi vida es mía, y en eso no puede interferir nadie.

Me gustaron sus palabras porque no pretendía ni mucho menos esconderme. Yo tampoco a él, ya que si Mario era famoso yo no me quedaba atrás, pero al haber sido como una especie de amor platónico para mí toda la vida, andaba como con más pies de plomo que él.

Me gustaba saber que se enorgullecía de ir a mi lado, como me sucedía también a mí, y eso comencé a disfrutarlo mucho. Los dos hablábamos el mismo idioma, sabíamos cuál era el peso de la fama, y hasta lo que significaba tener que ir con seguridad siempre, si bien la nuestra era muy discreta y no interfería para nada en nuestra vida privada.

Al poco de subir al yate nos obsequió con una increíble mariscada, que disfrutamos en conjunto. Los críos se lo pasaban de fábula juntos y a nosotros tampoco nos faltaba tema de conversación. No en vano, nuestras vidas fueron muy intensas y ambos teníamos anécdotas para dar y regalar.

El vino corrió al mismo tiempo que el marisco y, cuanto más achispada me encontraba, más atractivo le veía.

—No, cariño, este yate es como una prolongación de la casa de Mario y yo no estoy autorizada a hacer eso. Se trata de su privacidad, además de que yo estoy segura de que a él no le interesa que le cacen con compañía femenina, eso no sería bueno para su imagen. Seguro que muchas fans se cabrearían.

—Un momento, a mí eso me da igual, ¿eh? Tú puedes subir lo que te dé la gana, bella —me dijo dirigiéndose a mí de esa forma tan cariñosa—. Yo me debo a mi público a la hora de cantar, y ahí doy todo lo mejor de mí, pero el resto de mi vida es mía, y en eso no puede interferir nadie.

Me gustaron sus palabras porque no pretendía ni mucho menos esconderme. Yo tampoco a él, ya que si Mario era famoso yo no me quedaba atrás, pero al haber sido como una especie de amor platónico para mí toda la vida, andaba como con más pies de plomo que él.

Me gustaba saber que se enorgullecía de ir a mi lado, como me sucedía también a mí, y eso comencé a disfrutarlo mucho. Los dos hablábamos el mismo idioma, sabíamos cuál era el peso de la fama, y hasta lo que significaba tener que ir con seguridad siempre, si bien la nuestra era muy discreta y no interfería para nada en nuestra vida privada.

Al poco de subir al yate nos obsequió con una increíble mariscada, que disfrutamos en conjunto. Los críos se lo pasaban de fábula juntos y a nosotros tampoco nos faltaba tema de conversación. No en vano, nuestras vidas fueron muy intensas y ambos teníamos anécdotas para dar y regalar.

El vino corrió al mismo tiempo que el marisco y, cuanto más achispada me encontraba, más atractivo le veía.

Capítulo 8



Los entendidos piensan que Miami es la capital mundial de la navegación. Y si ellos lo entienden así, ¿quiénes somos el resto para desmentirlo?

A Miami, igualmente, la llaman la joya tropical de Estados Unidos, y esa fama la ha adquirido por algo. Los parajes que se divisan desde alta mar son increíbles.

Hans, el capitán, no podía ser más amable con los chicos. A otro le hubiesen traído frito, pero él demostraba tremenda paciencia con ellos, con los tres, y trataba a mis hijas como si se tratase también de las hijas de Mario. Con Ian derrochaba complicidad, como no podría ser de otra manera.

Más de una vez los puso al mando del yate, a cualquiera de ellos, siempre bajo su supervisión, algo que a mis hija les pareció una experiencia increíble.

—¡Mamá! ¡Mira lo que estamos haciendo! ¡Somos las capitanas del barco! —decían mientras que le quitaban a Hans la gorra y ambas posaban.

Hasta en eso eran distintas. Mientras que Olivia solía posar más seriecita, en plan *influencer* como yo, Martina era mucho más cómica y adoptaba unas poses que nos hacían reír a todos. Y cariñosas lo eran las dos, que enseguida cogieron mucha confianza con Mario, lo mismo que Ian conmigo. También era un niño encantador, educadísimo y que no podía estar más pendiente de mis hijas. Por supuesto de Olivia, pero también de Martina, que para eso parecía haber heredado los rasgos caballerosos de su padre.

Mario parecía encantado con todo. Nos estábamos riendo mucho con las ocurrencias de los tres, porque lo que no pensaba uno lo pensaba el otro.

En un momento dado, estábamos tomando el sol al borde de la piscina y nos quedamos adormilados, abrazados tiernamente. No teníamos mucho que disimular porque la noche anterior ya nos habían pillado con el carrito de lo helados, como se suele decir, por lo que Mario no dudó en agarrarme.

No los oímos avanzar hacia nosotros, porque de otra manera habríamos reaccionado, pero la forma en la que nos salpicaron con agua fría mientras dormíamos una apacible siestecita hizo que yo saltara como si más que una mujer fuese un gato, de modo que me quedé encima de él.

Los chicos reían y nos apuntaban con los dedos. En particular, Martina, que era la cabecilla del grupo, mientras que Ian y Olivia se abrazaban también mientras reían a mandíbula batiente.

Lo mejor fueron los ojos de Mario cuando me vio, divina con mi bikini estampado, ese que contaba con unas tiras en el pecho que realzaba mi escote, sobre él. No me equivoco si digo que noté su virilidad latir entre su bañador y mi bikini, mientras que en esa ocasión fui él quien puso los ojos en blanco. También otra parte de su cuerpo reaccionó, como estoy contando, para delicia mía, por cierto.

Yo, empapada de agua fría, con los pelos como una rata, y con esa estaca entre las piernas, no sabía si comérmelo a él crudo u ordenar que nos cocinaran a los tres chicos y nos los sirvieran de cena. Era lo uno o lo otro.

Con Mario me pasaba eso de que crees conocer a una persona cuando en realidad no es así. Bastó con que él me lanzara una mirada para que yo lo entendiese. Sin más, nos levantamos a la par y empujamos a los tres hacia la piscina, haciéndoles resbalar a traición.

Quien más, quien menos tampoco era un crío, así que todos tuvieron la suficiente fuerza para tirar de nosotros, haciéndonos caer al agua. En un periquete, ya estábamos todos metidos en la piscina y haciendo una guerra de sagua.

Los gritos, la algarabía, las risas, los manotazos… Nos lo estábamos pasando genial. Yo desde luego que hacía mucho que no disfrutaba con tanta intensidad, pero es que a él parecía sucederle lo mismo.

Cuando por fin salimos de la piscina, estábamos exhaustos, y yo caí sobre la tumbona como si no hubiese un mañana.

—Esto es más cansado que trabajar —le confesé porque me pesaban hasta las pestañas y quería volver a cerrar un poquito los ojos.

—Pero también mucho más divertido y gratificante.

—Es que me muero de sueño y no me atrevo a volver a cerrar los ojos, te lo prometo —reía yo—. Vaya paliza que nos hemos dado.

—Chicos, venid —los llamó él—. Una cosita: ahora vamos a dormir. Al primero que la vuelva a liar, le advierto que le cojo y le tiro por la borda —les amenazó en un tono tan serio que ni uno de ellos articuló palabra.

Me puso chorreando con su forma de hablar tan solemne, y no lo digo porque estuviese como una sopa por fuera, sino por cómo me puso por dentro. El condenado es que tenía un aire masculino que me atraía una barbaridad.

Si es que era normal. De siempre le había visto en el escenario y me tenía que tomar una pastillita para la taquicardia. Y ahora lo tenía allí, con unas ganas incontrolables de besarme, pero además respetándome, porque n mucho menos iba a saco.

Era como un sueño marítimo, un sueño en alta mar que me producía un torbellino de sensaciones por el que me dejaba llevar. Ni idea de hacia dónde nos conduciría esa locura, solo sabía que deseaba vivirla con él, que deseaba que se desatase en alta mar.

La tarde transcurrió, tras la siesta (que los chicos respetaron), de lo más divertida y entretenida. Tras la cena, pusimos música y ahí fue cuando le rogué encarecidamente que me cantase algunas de sus canciones más icónicas.

Las niñas, de tanto escuchármelas, conocían sus letras de principio a fin, con lo cual nos lo pasamos pipa tarareándolas mientras él se desgañitaba en alta mar, en el más romántico de todos los posibles escenarios. Y yo… Yo me deshacía por dentro y lo manifestaba por fuera.

Me puso chorreando con su forma de hablar tan solemne, y no lo digo porque estuviese como una sopa por fuera, sino por cómo me puso por dentro. El condenado es que tenía un aire masculino que me atraía una barbaridad.

Si es que era normal. De siempre le había visto en el escenario y me tenía que tomar una pastillita para la taquicardia. Y ahora lo tenía allí, con unas ganas incontrolables de besarme, pero además respetándome, porque ni mucho menos iba a saco.

Era como un sueño marítimo, un sueño en alta mar que me producía un torbellino de sensaciones por el que me dejaba llevar. Ni idea de hacia dónde nos conduciría esa locura, solo sabía que deseaba vivirla con él, que deseaba que se desatase en alta mar.

La tarde transcurrió, tras la siesta (que los chicos respetaron), de lo más divertida y entretenida. Tras la cena, pusimos música y ahí fue cuando le rogué encarecidamente que me cantase algunas de sus canciones más icónicas.

Las niñas, de tanto escuchármelas, conocían sus letras de principio a fin, con lo cual nos lo pasamos pipa tarareándolas mientras él se desgañitaba en alta mar, en el más romántico de todos los posibles escenarios. Y yo… Yo me deshacía por dentro y lo manifestaba por fuera.

Capítulo 9



Ese día no hubo hora para irnos a dormir. Estábamos de vacaciones y lo normal era que las disfrutásemos hasta la saciedad.

No obstante, los chicos cayeron como moscas antes que nosotros, allí en la cubierta. Mis hijas eran como dos tronquitos difíciles de despertar cuando cogían el sueño, en eso les sucedía como en el físico, que se parecían como dos gotas de agua.

Muy galante, Mario despertó a su hijo y, entre los dos, las llevaron a sus camarotes. Después él volvió, ya solo, y la diversión continuó.

—Te he preparado uno de esos cigarrillos —me confesó entre risas, porque, aunque los llamábamos «de la alegría», alegres ya estábamos nosotros incluso antes de fumárnoslo. Y no poco.

Todo con Mario fluía de una manera preciosa, y yo estaba súper contenta de que fuese así. En pocas horas habíamos compartido mucho, y lo mejor era que teníamos ganas de compartir más.

Calada a calada, él me iba cantando algunas de sus piezas más románticas, pero también eróticas. Era curioso, tan curioso… Yo le seguía desde hacía años y en más de una ocasión me planteé cómo se sentiría una mujer a la que Mario le cantase directamente, en vivo y en directo. Y yo me había convertido en esa mujer…

De él no sabía demasiado porque, a pesar de su enorme fama, siempre fue bastante celoso de su vida privada. Lo que sí sabía es que le importaba un mismo bledo que lo nuestro trascendiera, y que eso me gustaba.

Por lo demás, no sabía el tipo de hombre que era al bajarse del escenario, porque la prensa hablaba mucho y se le atribuían romances por doquier, pero es que a mí me había sucedido lo mismo y no era cierto, por lo que tenía mis dudas.

Yo bromeaba, eso sí, constantemente, con que no sería capaz de escribirme esa canción y él, copa a copa, y mirándome tan fijamente que parecía sobrepasarme, me aseguraba que sí, que era un hecho y que estaba en

camino.

Pasara lo que pasase, que él contara en su repertorio con una canción que me hubiese dedicado a mí sería todo un lujo, así que me ahuequé en su pecho y dejé que tarareara sus primeras letras.

La sonrisa que se me dibujaba en esos momentos era amplísima, de esas que casi no te caben en la cara, y él me correspondía con una igual o mayor.

Las letras que dejó caer eran muy románticas, hablaban de amor y eso me ponía nerviosa. Todo en él me lo ponía, a pesar de que yo era una mujer que había vivido siete vidas como los gatos.

—Eso no me lo puedes estar dedicando a mí —le decía yo mientras notaba que el rubor, ese que viene envuelto en color rosado, se iba apoderando de mis mejillas a marchas forzadas.

Mario era un mago de las letras y encima contaba con un prodigio de voz. Ese y solo ese era el secreto del éxito de un hombre al que también, todo hay que decirlo, le acompañaba un físico portentoso, una sonrisa de escándalo y un saber estar en el escenario innato que hacía valer a golpe de cadera… Una cadera que, en más de una ocasión, y esto es literal, provocaba desmayos.

Por más que yo trataba de controlar los nervios que me provocaba, el contenido de la copa se calentaba en mi garganta, la cual ya ardía al mismo tiempo que lo hacía el resto de mi cuerpo.

Mario se acercaba cada vez más y más a mí, colocando sus manos en puntos estratégicos de mi anatomía mientras que las caladas que le dábamos a aquel cigarrillo nos iban poniendo cada vez más en órbita.

En concreto, a mí me desinhibía por completo, y encima es que me soltaba la lengua una barbaridad, haciendo que dijera mogollón de tonterías. Él no podía reírse más y no era para menos, porque a mí me daba por darle al coco y soltar la lengua.

—¡Peligro! ¡Todos al agua! —chillé en un momento dado y él se partía, no entendiendo nada.

—¿Al agua? ¿Quieres que nos metamos en la piscina? Si te digo la verdad, yo lo veo una idea espléndida, porque estamos ardiendo y necesitamos un buen chapuzón.

—A la piscina no, que el barco se va a pique. Llama a los chicos y que preparen los botes salvavidas. Eso sí, mis niñas y yo primero, como en el Titanic —me dio por decirle y él se partía, es que no podía más y se partía.

—Aquí no hay ningún peligro, Danna, puedes estar tranquila, te lo aseguro…

—No, tú no eres el capitán del barco y no puedes saberlo. Yo acabo de ver un iceberg con una punta muy grande y ese es el que va a acabar con nosotros. Prepara los botes salvavidas o mañana abriremos todos los noticieros.

—Cariño, si es por eso, yo preparo lo que haga falta. Pero aquí no hay icebergs ni peligro alguno, aquí todo está muy calentito —me dijo mientras me dio una nalgada que me puso en órbita.

—Me has puesto el cachete ardiendo, pero esa solo es una prueba de tu ignorancia. Te garantizo que moriremos todos entre terribles sufrimientos, y yo todavía tengo una carrera que desarrollar. A mí me ha costado mucho llegar hasta donde lo he hecho para ahora morir en trágicas circunstancias.

—Nadie va a morir en trágicas circunstancias, bonita, y mucho menos nosotros y aquí. Eso te lo aseguro yo…

—Lo mismo pensó el capitán del Titanic y mira. Hasta la banda sonora estuvo tocando como si no pasara nada, y luego no quedó ni la varita del director. Pues aquí lo mismo, tú dando un recital previo a nuestros últimos momentos.

Mario reía y yo me cabreaba como un mico. No entendía por qué no me hacía caso cuando yo veía icebergs por todas partes, pero es que yo era así, me fumaba un aliñadito y veía dragones, unicornios y hasta a mi difunta madre, que Dios la tuviese en su gloria, preparándome unos huevos con beicon en la cocina. Y ese día me había puesto trágica.

—Tú lo que necesitas es que nos vayamos a la cama, eso es lo que necesitas —me repetía él.

—Tú eres de lo más inconsciente. Yo no sé tu Ian, pero mis gemelas se están preparando para ser un par de fenómenos buenos. Menudas calificaciones que obtienen mis niñas. Astronautas pueden ser si les da la gana. La única pena será que entonces no se verá lo bonitas que son, por el casco ese que les ponen. Igual con ellas podrían hacer una excepción para que posen ahí dentro de un cohete —le decía yo entre risas, porque el cigarrillo ese debía ir bien cargado e igual me daba por ponerme súper trágica que por morirme de la risa.

—Claro que sí, y si no se lo pides tú, que nadie podrá decirte que no con esa cara que tienes y con…

—Sí, sí, y ahora me vendrás con el cuento de que tú me estás mirando la cara —le decía yo sin poder parar de reír que parecía el típico saquito ese de la risa.

La noche estaba espléndida y, aun así, yo insistía lo más grande, viendo supuestos icebergs por todas partes. Tanto es así que, en el colmo de la locura, me dio por llamar a gritos a Hans, quien debía estar dormido ya a esa hora.

—Que lo vas a despertar —me decía él, poniéndome los dedos sobre los labios mientras yo, con la mente ida, trataba de convencerle.

y

—¿Está dormido? Pues entonces nosotros estamos perdidos. El capitán del Titanic estaba despierto y mira cómo acabaron, la mayoría criando malvas. Pues figúrate con este, que está planchando la oreja. ¿Tú a qué nos has traído? ¿A una muerte segura?

—Ya sabes tú que no. Jamás podría hacer eso con vosotras. Tú vas a ser mi locura, y lo sabes, Danna. Hay miembros de la tripulación controlando el yate.

—Yo solo sé que al final no habrá botes salvavidas para todos, que es lo que suele pasar en estos casos, y acabaremos en lo alto de una tabla, como Rose y Jack, aunque te advierto que yo no comparto —le decía carcajeándome.

—Pues anda que ella compartió mucho. Menos mal que en estas aguas no hay peligro de congelación. De hecho, ¿quieres que nos demos un bañito?

—¿De noche? Deja, deja, ni se te ocurra, vamos… Yo no me bajo del yate ni amarrada, y eso que se me ha metido en la cabeza que es una trampa mortal. Cuando escuches el golpe y compruebes que el agua entra como si se tratase de un tsunami, comprenderás que yo tengo un viejo en la barriga que me avisa de todas estas cosas —reía yo.

—¿Un viejo en la barriga? Ahí no puedes tener ni una oliva—me decía porque yo la llevaba al aire y mostraba mi vientre firme y perfectamente tonificado.

—Mi buen trabajo que me cuesta, que estoy ahí todo el día, dale que te pego con mis sesiones de entrenamiento. Aunque no soy la única, porque tú tienes ahí una cosa más dura —reí.

—Mujer, no imaginaba que fueras tan directa —me respondió con una sonrisa tan socarrona que daban ganas de comérselo.

—Hablaba de tus abdominales, obviamente, de lo otro no tengo referencias. —Le piqué porque a mí esos cigarrillos me soltaban mucho, y a él también, por lo que yo iba viendo.

No haría falta que dijéramos nada más para que saltaran chispas, y eso que yo seguía tan en mis trece que, grito a grito, logré que bajase Hans.

Ese hombre, que siempre iba impecable con su uniforme, apareció de tal guisa que me dio la risa, con la gorra al revés y el uniforme desabotonado.

—Señora, ¿se puede saber lo que sucede? —me preguntó.

—Que solo a usted se le ocurre irse a dormir, conociendo el riesgo que corremos en estas aguas tan peligrosas —le reproché dando un trago a mi copa y con Mario haciéndole gestos para que no le diera importancia a mis palabras.

—¿Riesgo? Pero si estamos en la Bahía de Miami, ¿a qué riesgo se refiere?

—Al inminente riesgo de icebergs, a ese, que es una auténtica locura. En pocas horas, mis hijas y yo podemos yacer en el fondo del mar, y mañana todo el mundo hablará de nosotras.

Tales habían sido mis gritos que las gemelas vinieron también hacia cubierta, seguidas de Ian, todos frotándose lo ojos, que los traían muy colorados.

—Tú mucho querer besarme y muy poco acudir a los niños. Mira cómo traen los ojos, como tomates. Seguro que se han fumado algo —disimulé yo.

—Mamá, ¿qué nos vamos a fumar? —me preguntó Olivia—. Lo único es que estábamos sobadísimos y nos has despertado a gritos, ¿no serás tú la que te has fumado algo? —prosiguió.

—¿Qué estás diciendo, niña? A que te llevas el primer sopapo de tu vida… Tu madre no fumaría nada raro en su vida, que siempre os digo que eso afecta a la cordura y yo soy la mujer más cuerda del mundo, ¿es o no es, Mario'

—Es, es. —Me siguió él la corriente antes de que se liase más.

—Muy bien, pues entonces ya sabes, explícales a los niños que estamos en peligro de muerte y que ni Hans ni tú pensáis hacer nada, que no os importa lo que suceda con sus jóvenes vidas.

—Señora, por el amor de Dios, en mis treinta años de servicio en yates de este tipo —comenzó él a decir—, yo jamás…

—Tú jamás has tenido una tostada tan gorda encima como ahora, porque resulta que nos vamos a pique y no te enteras de nada, lo mismo que este, que ya ha dado en su vida todos los conciertos que debía dar —le indiqué a Mario.

—Mamá, ¿nos vamos a pique? ¿Y para eso hemos sacado tantos dieces en el instituto? —Se agarraron a mí las gemelas como si no hubiese un mañana. Y es que, de hecho, para mí que no lo había.

—Por eso yo no me he aplicado tanto —añadió Ian, quien no es que hablase mucho, pero cuando lo hacía contaba con toda la gracia del mundo—. A mí con algo menos de nota me basta.

—Y a mí me basta con que os vayáis todos a la cama. —Su padre no daba crédito a consecuencia de la que yo había liado.

—¿Mis hijas a la cama hasta que el agua entre y las deje hinchadas como dos peces globo? Eso no te lo has creído ni tú. Prepara el bote que vamos a ir remando de vuelta.

—¿Remando de vuelta? ¿Y quién va a remar? —Me miraron con horror las gemelas porque teníamos faena por delante.

—Mario e Ian, ellos remarán. Y Hans si se porta bien, y si no, si no atina a ponerse bien la gorra, lo tiramos por la borda y que los tiburones se entretengan con él como aperitivo, que algo tendrán que comer las criaturitas.

Los dientes de las gemelas comenzaron a castañear mientras que Mario las calmaba.

—Nadie tiene que bajar del yate, aparte de que en esta zona en concreto jamás se ha documentado el ataque de ningún tiburón —nos explicó.

—¿Y tú no has escuchado eso de que siempre tiene que haber una primera vez para todo? Pues será hoy. Venga, todo el mundo a hacer guardia, que los icebergs no perdonan y, cuando nos queramos dar cuenta, tendremos agua hasta en el interior de las muelas.

Las crías entendieron que todo era una fantasía por mi parte, sobre todo, al ver las risas de Mario, Hans e Ian, por lo que cogieron al chico y se lo llevaron a dormir.

—Así que ni caso. Esta noche no se va a librar ni el apuntador. Yo solo digo que se está mascando la tragedia.

—Y a mí me basta con que os vayáis todos a la cama. —Su padre no daba crédito a consecuencia de la que yo había liado.

—¿Mis hijas a la cama hasta que el agua entre y las deje hinchadas como dos peces globo? Eso no te lo has creído ni tú. Prepara el bote que vamos a ir remando de vuelta.

—¿Remando de vuelta? ¿Y quién va a remar? —Me miraron con horror las gemelas porque teníamos faena por delante.

—Mario e Ian, ellos remarán. Y Hans si se porta bien, y si no, si no atina a ponerse bien la gorra, lo tiramos por la borda y que los tiburones se entretengan con él como aperitivo, que algo tendrán que comer las criaturitas.

Los dientes de las gemelas comenzaron a castañear mientras que Mario las calmaba.

—Nadie tiene que bajar del yate, aparte de que en esta zona en concreto jamás se ha documentado el ataque de ningún tiburón —nos explicó.

—¿Y tú no has escuchado eso de que siempre tiene que haber una primera vez para todo? Pues será hoy. Venga, todo el mundo a hacer guardia, que los icebergs no perdonan y, cuando nos queramos dar cuenta, tendremos agua hasta en el interior de las muelas.

Las crías entendieron que todo era una fantasía por mi parte, sobre todo, al ver las risas de Mario, Hans e Ian, por lo que cogieron al chico y se lo llevaron a dormir.

—Así que ni caso. Esta noche no se va a librar ni el apuntador. Yo solo digo que se está mascando la tragedia.

Capítulo 10



Llegamos a nuestro camarote un rato después, cuando Mario logró convencerme de que no existía ni el más mínimo de los peligros para nuestra vida.

Yo no las tenía todas conmigo, aunque lo que sí llevaba era una serie de copitas de más, razón por la cual no es que estuviese por la labor de esperar mucho para saborear junto a él las mieles del sexo.

Sus miradas de deseo eran también incontroladas ya a esas alturas de la noche, debido a que, a pesar de mi ida de pinza, vivimos momentos increíblemente románticos durante toda la velada y en los que él me comió con los ojos y yo a él… Yo a él es que me lo hubiera comido sin aliñar y sin nada, al natural, para disfrutarlo mejor.

Hasta el camarote, todo hay que decirlo, me llevó en brazos. A mí se me había antojado y creí que bien lo valía. Mario se deshacía en atenciones conmigo y todo le parecía poco para que estuviese contenta.

—Así es, en brazos, y cuidadito con tirarme, que yo no me puedo permitir partirme una pierna, que tengo firmada sesiones a cascoporro. Mi vida es un continuo ir y venir —le comentaba como si él no supiese de qué le hablaba.

—Lo entiendo muy bien, pequeña, la mía también lo es. Venga, y ahora tienes que descansar —me decía.

No es que Mario hubiese bebido menos que yo, es que él era bastante más corpulento y por eso lo aguantaba mucho mejor. En cualquier caso, me miraba con los mismos ojos de deseo que yo le miraba a él… Un deseo irrefrenable que nos llevó a ir besándonos hasta el camarote, y a no poder apenas separar los labios cuando por fin caímos en la cama.

Se notaba que era un hombre muy pasional, y entre ambos surgía fuego. Lo de descansar, por ese motivo, es que no entraba en mis esquemas, de manera que comencé a desvestirme con rapidez y me quedé desnuda sobre la cama.

Él se quedó parado durante unos segundos, tras los cuales comenzó a mover su cabecita de un lado a otro, como indicando que no era posible.

—No me mires así y no seas hipócrita, que estarás acostumbrando a llevarte a cada bombón a la cama que no sea normal. Con un cazamoscas deberás apartarlas, de eso estoy segura —le decía yo, mientras él lo que no apartaba era la mirada de mi cuerpo.

—No me hagas hablar, no me hagas hablar, que después dices que suelto mucho la lengua y demasiado rápido, pero es que yo no puedo evitar decirle que es especial a una mujer que realmente lo es —me indicó.

—Eso es muy bonito y realmente embaucador, aunque no sé si te has dado cuenta de que yo ya estoy desnuda y presta para el sexo, no me hace falta que trates de cortejarme ni nada parecido.

—Y no lo trato. Solo trato de decirte que eres lo más especial, Danna, lo más especial que ha pasado por mi vida en mucho tiempo. Tú es que me inspiras… no sé si me explico.

—Como un librito abierto. Y otra cosa te digo: si te inspiro tendremos que repartir beneficios que yo, ante todo, soy empresaria —le dije entre bromas.

—No, no creo que seas empresaria, ante todo. Tú eres mujer y madre, y ya luego todo lo demás.

—Sí, sí, pero ya sabes lo que dice Shakira de que «*las mujeres ya no lloran, las mujeres facturan».*

—Sí, sí que lo sé.

s—Pues si lo sabes, ¡al lío! —le indiqué.

Él todavía estaba vestido y yo tiré hacia arriba de su camiseta mientras él mismo tiraba del cinturón de sus bermudas. A mí el chasquido de este al salir de las trabillas me puso, porque todo lo que viniese de Mario me ponía muchísimo.

Yo ya le había visto en traje de baño, lo que provocó que intuyera esa virilidad que se estaba poniendo más de manifiesto todavía en esos momentos. Después de tanto beber, me entraron ganas de comer, y de no ser porque sus planes iban por otros derroteros, habría comenzado por comerme aquello que ya asomaba por arriba de su bóxer y que de pronto apareció ante mí, ya libre de prenda alguna.

Si sed tenía yo hasta ese momento, no digamos ya en ese otro en el que tuve que tragar saliva y pedir a gritos otra copa. Con la más pícara de las sonrisas, no me la sirvió, pero sí me trajo una botella de agua helada que calmase la aludida sed.

En cualquier caso, él tenía sus propios planes y no solo sirvió el agua para eso, sino que cogió la botella y, con

pulso firme pese a las copas, vertió unas gotas en mis pezones, a los que hizo sobresalir y endurecerse hasta el punto de que con ellos podríamos haber rayado cristales.

Di un bote increíble. Igual el resto tenía razón, de modo que no hubiese icebergs, pero del bote que di pude hundir el yate, tras lo cual él me sujetó de la forma más sugerente del mundo de las muñecas. Así fue cómo noté que, hasta esos pezones, fríos y duros, se me derretían al contacto de sus manos con mis muñecas. Y no digamos ya en ese instante en el que comenzó a lamerlos con su lengua, una lengua que no podía estar más húmeda.

Yo me deshacía en mi interior, con una humedad rezumante que no hizo sino potenciarse al máximo en el momento en el que su erecto miembro hizo fricción sobre mi vulva, tan rasurada y suave como estaba, provocando tal calentamiento que llegué a pensar en que deberíamos tirar de la manguera de incendios para que el yate no ardiese en llamas.

Tras eso, y todavía con mis muñecas aprisionadas, bajó hacia ese sexo mío y comenzó a lamerlo, primero por dentro y luego por fuera. Con anterioridad ya lo había hecho en mis pezones, quiero decir que les había dedicado una serie de caricias linguales espectaculares, unas caricias que me dieron a entender que su lengua sería de esas que, ella solita, tuviera el poder de llevarme al más extremo de los delirios.

Sobre mi sexo y dentro de él, como digo, me proporcionó un placer extremo, y más cuando buscó mi clítoris y no paró hasta que, de tanto inflamármelo, me recorrió un tremendo escalofrío de arriba abajo mientras que mi entrepierna temblaba como aviso de eso que, inequívocamente venía, y que no era otra cosa que un orgasmo que sofoqué contra la almohada, con tal de que los chicos no lo oyeran.

Picante, me apartó la almohada e hizo que lo reprimiese con gestos… Unos gestos que él también se comió con sus bonitos ojos, esos que me dedicaban las más intensas de las miradas y que me hacían ver que estaba disfrutando tanto como yo.

En un giro maestro, me di la vuelta y me quedé en la dirección opuesta a la suya. Sabía que Mario no se había saciado de mi sexo, y eso que contaba con mi esencia en su lengua, pero yo deseaba probar su pene y, en la postura del 69, me lo introduje en la boca mientras él lanzaba un poderoso gemido y comenzaba a dar nueva cuenta de mi vagina.

Nuestros jadeos se acompasaron a partir de ese momento. Yo engullía su pene hacia dentro y hacia fuera, deteniéndome en el grosor de sus venas, degustándolo con ansia, notando su extremo calor y llevándomelo hasta lo más hondo que mi garganta podía soportar.

Él disfrutaba de cada uno de mis movimientos y me regalaba otros muchos, algunos de los cuales se desarrollaban sobre mi inflamado clítoris, el cual me demostraba que, más que nunca, sus terminaciones nerviosas estaban siendo estimuladas hasta hacer que tuviera que tragarme cada uno de esos gritos que deseaba liberar.

Sobre la cama de aquel camarote, rodeado adrede de espejos, nos vimos más seductores que nunca y comprendimos que éramos una de esas parejas que, con solo unirse, creaban fuego.

Fuego fue también el que se prendió en mis entrañas cuando Mario se decidió a entrar en mí, ya con su pene. Posesivo en la cama, algo que me ponía hasta límites insospechados, me cogía de las muñecas mientras mi humedecida vagina recibía a su erecto miembro. Mario estaba duro, tan duro que nada en el mundo podría darme tanto placer como ese pene suyo que yo aprisionaba a cada milímetro que avanzaba, causando el máximo de los goces en su rostro.

Si que entrase en mí constituía ya de por sí un espectáculo, no digamos ya cuando por fin comenzó a mover su cadera. Mario era un verdadero genio a la hora de hacerlo y su golpe de cadera, ya lo he mencionado en alguna ocasión, hacía que a más de una se la tuvieran que llevar en camilla.

Aquella noche la movió para mí, y la movió con tal sugerencia que yo abrí muchos los ojos para que no se me escapara ninguno de los detalles de lo que estaba sucediendo en aquella cama.

No voy a negar que, a lo largo de mi vida, más de una vez me había tocado pensando en Mario. Y de pronto lo tenía sobre mí, loco por hacerme vibrar, por hacerme sentir, por hacer que quisiera mirarle a los ojos de un modo tal que no pudiera cerrarlos, que no quisiera perderme ni uno solo de sus movimientos, de sus miradas, de esa forma en la que me refrescaba echándome aire sobre la cara.

Sus manos sobre mi cintura, y la mía con un contoneo que no parecía humano, que parecía trascender lo que un cuerpo pudiera llegar a mostrar…

Me estaba colgando del contoneo de su cadera, pero es que a él parecía ocurrirle exactamente igual con todo lo que proviniese de mí… Con la forma en la que le acariciaba, con la ligera inclinación de senos para acercárselos a su boca, con la manera en la que estrechaba mi canal vaginal para que me sintiera hasta no más no poder…

Sobre la cama de aquel camarote, rodeado adrede de espejos, nos vimos más seductores que nunca y comprendimos que éramos una de esas parejas que, con solo unirse, creaban fuego.

Fuego fue también el que se prendió en mis entrañas cuando Mario se decidió a entrar en mí, ya con su pene. Posesivo en la cama, algo que me ponía hasta límites insospechados, me cogía de las muñecas mientras mi humedecida vagina recibía a su erecto miembro. Mario estaba duro, tan duro que nada en el mundo podría darme tanto placer como ese pene suyo que yo aprisionaba a cada milímetro que avanzaba, causando el máximo de los goces en su rostro.

Si que entrase en mí constituía ya de por sí un espectáculo, no digamos ya cuando por fin comenzó a mover su cadera. Mario era un verdadero genio a la hora de hacerlo y su golpe de cadera, ya lo he mencionado en alguna ocasión, hacía que a más de una se la tuvieran que llevar en camilla.

Aquella noche la movió para mí, y la movió con tal sugerencia que yo abrí muchos los ojos para que no se me escapara ninguno de los detalles de lo que estaba sucediendo en aquella cama.

No voy a negar que, a lo largo de mi vida, más de una vez me había tocado pensando en Mario. Y de pronto lo tenía sobre mí, loco por hacerme vibrar, por hacerme sentir, por hacer que quisiera mirarle a los ojos de un modo tal que no pudiera cerrarlos, que no quisiera perderme ni uno solo de sus movimientos, de sus miradas, de esa forma en la que me refrescaba echándome aire sobre la cara.

Sus manos sobre mi cintura, y la mía con un contoneo que no parecía humano, que parecía trascender lo que un cuerpo pudiera llegar a mostrar…

Me estaba colgando del contoneo de su cadera, pero es que a él parecía ocurrirle exactamente igual con todo lo que proviniese de mí… Con la forma en la que le acariciaba, con la ligera inclinación de senos para acercárselos a su boca, con la manera en la que estrechaba mi canal vaginal para que me sintiera hasta no más no poder…

Capítulo 11



Los chicos chillaban por la mañana mientras se bañaban en la piscina de la cubierta y salíamos a saludarles.

—Por el amor del cielo, ¿ya es de día? Es que no me lo puedo ni creer. Y las ganas que tienen de gritar esos, ¿qué?

—Normal, anoche les diste a entender que no les quedaba ni un día de vida. Habrán pensado que es mejor disfrutar cada minuto, por si las moscas.

—¿Qué dices? Si yo soy la mujer más positiva del mundo, ¿cómo podría haberles dicho eso a los chicos?

—Yo no digo nada, solo pregúntales a ellos. Por lo visto, estábamos rodeados de icebergs y nos quedaba un suspiro de vida… Hasta despertarte a Hans para llamarle inconsciente.

—¿No bromeas? Inconsciente debí quedarme yo antes de decir tantas boludeces, no me lo puedo ni creer…

—Estabas muy divertida, no te preocupes…

—Cielo santo, cómo he podido llegar a un punto así, ¿tanto bebí? ¿Y qué más dije?

—Creo que dijiste algo de que tus hijas tenían libertad para publicar lo que quisieran en sus redes sociales —se inventó, suerte que se lo noté en los ojos.

—¿Luz verde a las niñas en las redes? ¡Ni muerta! Eso no sucederá hasta que no sean mayores de edad —le advertí sacando el dedo y todo.

—Ya me extrañaba a mí —le dijo Olivia a Martina—. Qué ganas tengo de ser mayor de edad —resopló.

—Olivia, hija, que lo dices como si te tuviese atada a la pata de la cama. Si tenéis una vida social impresionante.

—Pero siempre protegidas, mami, metidas en una burbujita, no digas que no —se quejó porque a ella le encantaba tirar de la cuerda, de esa misma cuerda que yo no pensaba soltar.

Las gemelas pretendían estudiar un par de carreras cada una de ellas, que para eso contaban con dos cabecitas privilegiadas, además de que hablaban varios idiomas. Pese a ello, también manifestaban inquietud por hacer sus pinitos en las redes sociales, y a menudo estaban como locas porque yo las sacase en las mías, cosa que hacía en ocasiones contadísimas.

—¿En una burbujita? Anda que no os lo pasáis bien, si siempre estáis de allá para acá, me lleváis por todo el mundo a conciertos y a todo tipo de eventos que os gustan. No paramos, hijas. Entre mi trabajo y lo mucho que me pedís que nos movamos, el culo no lo siento en el sofá de casa ni de broma —les decía yo.

Mario no apartaba la vista de la conversación, y mucho menos el oído. Él era la típica persona que no daba puntada sin hilo y yo leía en su cabecita que estaba urdiendo un plan.

—¿Y acudir a uno de mis conciertos os gustaría? —les propuso, como si yo no estuviera allí y no tuviese la última palabra.

—¿Dónde? —le preguntaron ellas al unísono, que ya estaban viendo la próxima oportunidad de pasarlo genial.

—En Nueva York dentro de unos días, será un concierto multitudinario, pero os garantizo que ocuparéis un lugar de honor. —Les guiñó el ojo.

—Tenéis que venir, yo acompañaré a mi padre —les indicó Ian.

—Pues entonces, no se diga más —contestó Olivia mientras que Martina asentía con la cabeza.

—Un momento, yo todavía no os he dado permiso —les dije porque me parecía un total descaro que dijeran de salir andando y se quedaran tan campantes, a su edad.

—Es que tú vendrás con ellas, obvio —me soltó Mario, que no podía estar más contento.

—¿Cómo va a ser eso? Yo tengo compromisos esta semana, tengo que mirar mi agenda, no podéis planear por mí —me quejé, aunque en el fondo estaba encantada.

La verdad, aunque yo no fuese a decirla así, delante de todos, es que yo podía hacer muchos cambios en mi agenda sin dar mayores explicaciones. Después de llevar tantos años trabajando en el sector, me lo había merecido.

No obstante, estaba abrumada por el ofrecimiento de Mario porque parecía querer prolongar lo que en principio no era más que un fin de semana.

Si me lo llegan a decir en otro momento de mi vida, igual caigo muerta, pero en aquel me dispuse a disfrutar de la ocasión y a no hacerme más preguntas, porque todo estaba resultando tan increíble que no sabía ni cómo digerirlo

En la otra cara de la moneda, él debía estar igual. Mario hacía ofrecimientos, deseoso de que yo aceptase, sin tene la menor idea de si me daría por poner pie en pared en algún momento.

Estábamos viviendo una dulce y divertida aventura veraniega, en el más idílico de los marcos y en la mejor de las compañías. Nuestros hijos se lo estaban pasando en grande y para ellos aquello no suponía más que una magnífica oportunidad de disfrutar todos juntos.

Las miradas de los cuatro se posaron en mí, y eso significaba que la pelota estaba en mi tejado. La carita de súplica de las gemelas era total y, por muchos años que pasaran, yo era incapaz de negarles algo cuando me miraban así.

Aquellas dos pequeñas chantajistas emocionales sabían muy bien cómo jugar sus cartas. Y lo peor era que a ellas se les unía Ian, también con carita de puchero, y su padre, ese hombre que me derretía solo con mirarme.

Pensar en prolongar la estancia con él, aparte de con nuestros hijos, suponía todo un regalo, por lo cual me dispuse a hacerme un poco de rogar, aunque la decisión ya estaba tomada.

Además, poder asistir a un concierto de él en Nueva York era todo un acontecimiento que, con independencia de hacia dónde nos llevase el viento, no debía perderme. Siempre quise asistir a uno de sus conciertos y ahora le tení delante, rogando porque le acompañase y porque ocupase un lugar de honor en esa velada. El honor, sin duda, era mío… Y yo ya comenzaba a disfrutarlo.

No obstante, estaba abrumada por el ofrecimiento de Mario porque parecía querer prolongar lo que en principio no era más que un fin de semana.

Si me lo llegan a decir en otro momento de mi vida, igual caigo muerta, pero en aquel me dispuse a disfrutar de la ocasión y a no hacerme más preguntas, porque todo estaba resultando tan increíble que no sabía ni cómo digerirlo.

En la otra cara de la moneda, él debía estar igual. Mario hacía ofrecimientos, deseoso de que yo aceptase, sin tener la menor idea de si me daría por poner pie en pared en algún momento.

Estábamos viviendo una dulce y divertida aventura veraniega, en el más idílico de los marcos y en la mejor de las compañías. Nuestros hijos se lo estaban pasando en grande y para ellos aquello no suponía más que una magnífica oportunidad de disfrutar todos juntos.

Las miradas de los cuatro se posaron en mí, y eso significaba que la pelota estaba en mi tejado. La carita de súplica de las gemelas era total y, por muchos años que pasaran, yo era incapaz de negarles algo cuando me miraban así.

Aquellas dos pequeñas chantajistas emocionales sabían muy bien cómo jugar sus cartas. Y lo peor era que a ellas se les unía Ian, también con carita de puchero, y su padre, ese hombre que me derretía solo con mirarme.

Pensar en prolongar la estancia con él, aparte de con nuestros hijos, suponía todo un regalo, por lo cual me dispuse a hacerme un poco de rogar, aunque la decisión ya estaba tomada.

Además, poder asistir a un concierto de él en Nueva York era todo un acontecimiento que, con independencia de hacia dónde nos llevase el viento, no debía perderme. Siempre quise asistir a uno de sus conciertos y ahora le tenía delante, rogando porque le acompañase y porque ocupase un lugar de honor en esa velada. El honor, sin duda, era mío… Y yo ya comenzaba a disfrutarlo.

Capítulo 12



Los chicos se lo estaban pasando de fábula, y yo no digamos nada. Mario aprovechaba cualquier momento en el que nos quedábamos a solas para darme nalgadas, besos y hacerme todo tipo de carantoñas, algunas de las más osadas.

La química entre ambos era evidente, y en un momento dado, me estaba dando un beso cuando aparecieron los tres de pronto. Era evidente que nos estaban espiando.

—Y después dicen que no son tortolitos —apuntó Olivia, que se las sabía todas.

—Bueno, ¿y qué? ¿Acaso no haces tú lo mismo con Ian y dices que solo sois amigos con derecho a algo más? —Martina, a la chita callando, era especialista en hacer rabiar a su hermana.

—De eso nada, ya somos oficialmente novios —le contestó Ian, quien estaba deseando ponerle nombre a lo suyo con Olivia.

—Es verdad, me lo pidió anoche —añadió ella orgullosa.

—¿Anoche? Pero si yo no me enteré de nada —porfió Martina, que estaba en todo.

—Porque duermes como una marmota, y eso es porque no estás enamorada. Si lo estuvieras, sabrías que hay unas mariposas que no te dejan dormir ni apenas comer, se te meten en el estómago y…

—Y tu madre es capaz de sacártelas con una pinza. Si te parece no comas —le dije yo porque, por mi trabajo, había conocido a muchas chicas con trastornos alimenticios y siempre estaba súper pendiente de que mis hijas se alimentasen correctamente. Ellas lo hacían, aunque todo hay que decirlo, eran un poco delicadillas a la hora de comer. Eso, al fin y al cabo, era lo de menos, y tenía mucho que ver con que Mar y Sol las hubieran consentido tela marinera.

Hans los llamó en ese momento y ellos acudieron corriendo. Toda la tripulación estaba muy pendiente de que los chicos se lo pasaran genial y ya sabíamos que se trataría de algo que les gustase.

—¡Mamá, vas a flipar! —me chilló Martina cuando vio los delfines que Hans le estaba indicando. En aquella zona se dejaban ver y constituían un verdadero espectáculo. Mis hijas eran súper amantes de los animales y se les cayó la baba con aquellas monadas que, desde cubierta, podíamos ver a la perfección.

Mario me cogió por la cintura. Ya no teníamos demasiado que disimular. Lo nuestro había sido amor a primera vista, Cupido se empleó a fondo con ambos. Yo, desde la muerte del padre de mis niñas, me había centrado en ellas y en mi carrera, y me olvidé bastante de mi faceta de mujer.

Mario no solo era atractivo hasta decir basta, sino que se trataba de un hombre atento y romántico que me estaba ganando por momentos. La atracción sexual entre ambos era bestial, y logró despertar en mí sensaciones que creía dormidas.

Me refiero a que, aunque lógicamente tuve sexo con otros hombres durante aquellos años, ninguno logró tocarme la misma tecla que Mario, esa que me puso el corazón a mil y que me hizo disfrutar a tope de cada uno de los momentos a su lado.

En un momento dado de la mañana, vimos un pequeño barco que se acercaba bastante al yate. A mí me llamó la atención, aunque él ni se inmutó.

—¿Estás preparada para lo que se te viene encima? —me preguntó.

—¿A qué te refieres? ¿Acaso se nos va a caer encima un meteorito? —le contesté yo entre bromas.

—Son paparazis, hablarán y hablarán hasta que no encuentren otro tema mejor. Nos la van a dar por todos los lados.

—Mientras solo sea eso… Que hablen, ya sabes que nunca nos viene mal, más fama nos dan.

—¿En serio? Espero que no llegues a hartarte lo suficiente de ellos como para querer dejarlo, yo quiero que esto siga para delante —me confesó mientras los chicos seguían embelesados mirando los delfines, aunque la presencia del otro barco terminó por asustarles y se fueron.

A mí no me dio tiempo a responderle nada. Mis niñas me miraron y luego se miraron entre ellas.

—Se ha enamorado, ahora igual se vuelve boba como tú —le comentó Martina a Olivia, porque ella podía ser tan divertida como mordaz.

—Yo no me he vuelto boba, ¡tú es que me tienes envidia cochina!

—De eso nada, yo también le tengo echado el ojo a un chico, pero es *top secret.* —Le guiñó el ojo.

—Eso no vale, entre nosotras nunca ha habido secretos —le reprochó Olivia.

—Vale, vale, si te vas a poner así, te lo diré. Que eres muy pesada —le comentó en el oído el nombre del chico en cuestión y a Olivia se le pusieron los ojos en blanco.

—¿En serio? ¡Qué guay! Vamos a ser las gemelas más monas con los chicos más molones del insti —le dijo en plan pava, que era de lo que tenían edad.

—Y las más humildes también, hijas, vaya par de boludas que estáis hechas —me reía yo porque con todos ellos no nos aburríamos.

—Vaya cuadro, ahora resulta que tú y yo ¡Somos cinco! —exclamó Mario, y así era. Aquello había empezado por la relación entre nuestros niños, y tenía visos de ir a más cada día.

Yo me lo estaba pasando genial y él no paraba de hacer planes para ese día. Todavía nos quedaban un buen puñado de horas para volver por la noche e hicimos una parada en *Marco Island* a cuyas arenas blancas llegamos en bote. Tanto Mario como Ian se encargaron de remar mientras nos llevaban como reinas. Las gemelas hicieron varios intentos también, y lo cierto es que no se les dio nada mal. Yo, las cosas como son, no intenté nada, porque soy un poco comodona y porque lo último que me interesaba en el mundo era que me salieran callos en mis delicadas manos.

Me dediqué a disfrutar del sol, en cuanto llegamos a la orilla, en sus blancas arenas. Aquella excursión estaba resultando maravillosa. Yo me conocía muy bien cada una de las playas de la zona, puesto que era rara una isla en la que no me hubiese hecho un reportaje fotográfico… o un montón de ellos, pero estar allí con ellos se encontraba a otro nivel.

—Yo no me he vuelto boba, ¡tú es que me tienes envidia cochina!

—De eso nada, yo también le tengo echado el ojo a un chico, pero es *top secret.* —Le guiñó el ojo.

—Eso no vale, entre nosotras nunca ha habido secretos —le reprochó Olivia.

—Vale, vale, si te vas a poner así, te lo diré. Que eres muy pesada —le comentó en el oído el nombre del chico en cuestión y a Olivia se le pusieron los ojos en blanco.

—¿En serio? ¡Qué guay! Vamos a ser las gemelas más monas con los chicos más molones del insti —le dijo en plan pava, que era de lo que tenían edad.

—Y las más humildes también, hijas, vaya par de boludas que estáis hechas —me reía yo porque con todos ellos no nos aburríamos.

—Vaya cuadro, ahora resulta que tú y yo ¡Somos cinco! —exclamó Mario, y así era. Aquello había empezado por la relación entre nuestros niños, y tenía visos de ir a más cada día.

Yo me lo estaba pasando genial y él no paraba de hacer planes para ese día. Todavía nos quedaban un buen puñado de horas para volver por la noche e hicimos una parada en *Marco Island* a cuyas arenas blancas llegamos en bote. Tanto Mario como Ian se encargaron de remar mientras nos llevaban como reinas. Las gemelas hicieron varios intentos también, y lo cierto es que no se les dio nada mal. Yo, las cosas como son, no intenté nada, porque soy un poco comodona y porque lo último que me interesaba en el mundo era que me salieran callos en mis delicadas manos.

Me dediqué a disfrutar del sol, en cuanto llegamos a la orilla, en sus blancas arenas. Aquella excursión estaba resultando maravillosa. Yo me conocía muy bien cada una de las playas de la zona, puesto que era rara una isla en la que no me hubiese hecho un reportaje fotográfico… o un montón de ellos, pero estar allí con ellos se encontraba a otro nivel.

Capítulo 13



Todavía estábamos disfrutando de la playa de *Marco Island* a la que llegamos, y en la que apenas había turistas porque se trataba de la zona más alejada, cuando vi que ya habían publicado sobre nosotros.

Con sus potentes objetivos, nos habían captado en actitud cariñosa en la cubierta del barco, y lo hicieron público al momento. Era previsible, pero ocurrió de un modo increíblemente rápido.

—¿Te has disgustado? —me preguntó él mientras yo miraba mi móvil, estupefacta.

—No, de veras que no, si ya te he dicho que no me importa. Lo que me asombra es que esto vaya tan rápido…

—¿Qué va tan rápido mamá? —Me quitó Olivia el móvil de la mano, porque estaba intrigada y porque para ella, igual que para su hermana, todo era novedoso y divertido.

—¡Toma ya! —chilló Martina, que también lo estaba viendo.

—Mamá, mientras que no digan que lo mío con Ian es incesto, porque él no es mi hermano —me dijo con carilla de terror.

—Claro que no lo es, cariño. Tú tranquila por eso…

—Ah, vale, pues entonces está todo bien. —Salió corriendo con esa frescura e inocencia que caracterizaba a los tres.

—¿Tú te has dado cuenta de que todo encaja a la perfección? Mi vida era muy bonita, pero llevo muchos años sabiendo que faltaba una pieza, desde que… —se calló Mario.

Lo cierto es que él llevaba como diez años en la cima del éxito, y apenas se sabía nada de quién era la madre de su hijo. Al contrario que yo, que hablé con la prensa y les dije que el padre de mis niñas falleció, él jamás quiso hace

comentario alguno sobre su vida privada.

—¿Desde cuándo?

—Desde que perdí a la madre de mi hijo —me comentó con voz grave.

—¿También murió? Pues sí que somos almas gemelas tú y yo. Sé perfectamente lo que es pasar por eso, Mario. Supongo que tuvimos que sufrir una pérdida así de horrible para poder disfrutar hoy de esto. En los muchos años que han pasado, yo no llegué a interesarme verdaderamente por nadie —le confesé.

—¿Y por mí sí? —me preguntó mientras hundía sus dedos en mi cadera y me llevaba hacia sí con la intención de besarme.

No era descartable que, camuflados, hubiera paparazis en la playa que, como nosotros, alcanzaran la orilla, pero e que le daba igual. Y lo mejor es que a mí también me lo daba. Lo nuestro era demasiado bonito para ser escondido, así que estábamos dispuestos a vivirlo con toda la naturalidad.

Resulta increíble que, tras años de parón, el corazón pueda ponerse en marcha de golpe y de una manera tan impresionantemente intensa, porque yo me derretía en sus brazos y él en los míos… Y no hablo del calor.

De pronto, miré hacia los chicos y se me activó el modo madre, ese que te alerta de que algo está sucediendo, y de que no es precisamente bueno.

—Nos la están jugando —le dije poniéndome de pie.

—¿Qué pasa?

—Que yo tengo un radar que no me falla, y que me dice que esos tres se han pedido un cóctel con alcohol. —Los miré.

No me iba a rasgar las vestiduras por ello. Todos hemos sido jóvenes y querido burlar las normas impuestas por nuestros padres. Y aquellos tres no iban a ser menos.

Sin más, le hice un gesto al chico de la barra y me metí debajo de ella, mientras que los tres charlaban.

—¿Qué te han pedido? —le pregunté y él me señaló a tres cócteles, distintos, y todos ellos con alcohol.

—Pues prepáraselos, por favor —le pedí.

El chaval, que parecía empanado y que ni cuenta debió darse de que eran menores, los preparó, no sin cierto susto En ese momento, me levanté y se los puse en la barra.

Lo último, pero lo último que podían esperar era que yo se los sirviera, así que la cara de los tres fue de estar viviendo una pesadilla.

—Os van a encantar, os prometo que os van a encantar, porque están la mar de fresquitos…

Uno a uno, se los eché por encima de la cabeza. Las gemelas, que eran de lo más coquetas y presumidas, y que habían bajado con su pelo perfecto, chillaban y juraban en arameo.

—Y la próxima vez, os prometo que os quedáis sin asignación seis meses, ¡ni para manicura tendréis! —las s amenacé.

—Y lo mismo te digo, hijo, no vas a coger ni el patinete eléctrico, ¿estamos? —le amenazó Mario.

—Pero si ese no va con combustible, papá…

—Ni el patinete, y a mí no me rechistes…

—Mamá, ha sido un error de juventud, tienes que entenderlo, no nos castigues —me pedía Olivia—. Es el amor, que me ha cegado. — Más zalamera no la había.

—Pues te quitas la puñetera venda o te cegará la luz del sol cuando vuelvas a salir, porque te meto en una torre igual que a Rapunzel. Y a tu hermana también. —Apreté los dientes.

—Es que eres infalible. Das miedo, no hay quien te engañe —farfullaban las dos mientras se marchaban hacia la orilla seguidas por Ian.

—Eso es lo que hay. Y que no me entere yo de que bebéis una gota de alcohol u os caeréis con todo el equipo — las amenacé.

—¿Y eso hasta cuándo?

—Eso hasta que cumpláis… ¡los cuarenta! —les solté, causando las risas de Mario.

—Mamá, ¿se puede ser más exagerada? —se quejaron ambas.

.—Se puede ser mucho más, así que no tentéis a la suerte, os lo advierto.

—¿Y ahora con qué nos quitamos esta pringue del pelo?

—Con agua salada, que os quedará de lo más natural.

—Naturalmente, tú nos coartas toda la libertad. —Volvieron a la carga.

—Una salida de tono más y no vamos al concierto de Nueva York —las amenacé pensando en que no irían ellas, porque yo no me lo perdería por nada del mundo.

—Se puede ser mucho más, así que no tentéis a la suerte, os lo advierto.

—¿Y ahora con qué nos quitamos esta pringue del pelo?

—Con agua salada, que os quedará de lo más natural.

—Naturalmente, tú nos coartas toda la libertad. —Volvieron a la carga.

—Una salida de tono más y no vamos al concierto de Nueva York —las amenacé pensando en que no irían ellas, porque yo no me lo perdería por nada del mundo.

Capítulo 14



Esa misma noche volvimos a su casa. El caso es que no nos apetecía para nada volver a la nuestra, pero yo tenía compromisos profesionales a la mañana siguiente.

—Mamá, pues nos quedamos nosotras —me decían las gemelas.

—Vosotras calladitas, que estáis mucho más monas. Yo no le pienso dejar esa responsabilidad a Mario, es que no

—No es ninguna responsabilidad, pero ¿no podrías quedarte tú también a dormir? —me pidió él con cara de puchero.

—Es que no puedo, me vais a volver loca entre todos. Mañana, cuando me levante, no sabré dónde acudir y…

—Y yo te llevaré a la hora que me pidas a tu casa, te lo prometo —insistió.

Yo no podía, es que no podía con esa carita suplicante que me ponía. Mario era un verdadero amor y es que se le veía con tantas ganas de que me quedara… Además, mientras me lo decía, y sin que los niños se percataran de ello, me dio un pellizco tan insinuante en el trasero que hasta me secó la garganta, de lo hirviendo que me puso.

—Pero tendrías que llevarme a casa a las seis. Tengo sesión de peluquería, de maquillaje y de…

—A la hora que tú me digas, bella, justo a esa hora —me indicó él.

—Está bien, está bien…

El día había resultado de lo más completito y los chicos estaban reventados. Todos ellos se fueron a dormir pronto, y nosotros también nos acostamos. Y digo bien, nos acostamos, porque dormir, dormimos bien poco.

Bastó con que nos quedásemos a solas en su enorme dormitorio para que, al salir de la ducha, me quitase la toalla.

Yo todavía no estaba seca del todo y él, con mimo, se dedicó a secar cada uno de los pliegues de mi piel, algo que me encantó y me puso tan chorreando que apenas le sirvió de nada el secarme.

Después, mientras yo esperaba encima de la cama, se duchó él. Salió bastante mojado también, refrescándome al poner su cuerpo sobre el mío. Sus dedos comenzaron a recorrerme y yo a erizarme por completo, hasta que me colocó a cuatro patas y entonces empezó a jugar con su lengua y con sus dedos, alternativamente, en ambos orificios.

Conforme entraba con varios de sus dedos en mi trasero, me producía enorme placer, sobre todo porque estimulaba mi clítoris a la vez y yo explotaba, gimiendo de un modo tan sugestivo que él se endurecía más por momento que pasaba.

Mis senos, que miraban hacia abajo, eran también objeto de sus caricias en diversos momentos, e incluso llegó a colocarse debajo de mí para succionarlos mientras que seguía dirigiendo esas caricias a mi clítoris, que terminó por proporcionarme un estallido de placer que me hizo caer sobre él.

En ese momento, conmigo encima, y con toda mi esencia desparramada sobre sus piernas, aprovechó para abrir mis labios vaginales y entrar en mí. Yo sentía todo su grosor y la forma en la que ardía mientras que, poco a poco, fue atravesando mi canal para llegar hasta el fondo de mí.

Fue entonces cuando se recreó, dibujando círculos en mi interior, y yo besaba su torso, lo lamía, lo saboreaba… Me fascinaba tener su cuerpo sobre mí al mismo tiempo que me atravesaba con su miembro, me acariciaba y murmuraba frases de esas de alto voltaje que me hacían arder en llamas.

Sus fuertes embestidas hacían que tuviera que cogerme al cabecero de la cama, pero es que, cuanto más fuerte me daba, más fuerte le pedía yo que lo hiciera.

Con Mario se alternaban momentos de máxima ternura en la cama con otros de verdadera locura en la que todo nos parecía poco a la hora de derrochar pasión. Hacía mucho que no lograba orgasmos tan largos e intensos y, cada vez que sentía uno, él paraba y, mientras me acariciaba, me hacía ver con su preciosa sonrisa lo especial que resultaba para él.

Cuando estuve exhausta, orgasmo tras orgasmo, me tumbó, y entonces comenzó a saborear esa esencia que se había desparramado para él y cuyo sabor parecía volverle loco.

Mario ardía de pasión y yo quería volver también a degustar su sabor, para lo que, una vez que me volví a correr, tomé su miembro y lo llevé a lo más hondo de mi garganta, a esa parte en la que se lo calenté tanto que él temió que ardiera, como ardían nuestros ojos sin perder en ningún momento ese contacto visual que tanto nos fascinaba.

Le llevé al límite, tanto que no creí que fuera capaz de parar antes de que la naturaleza siguiera su curso. Sin

embargo, sí lo hizo, y volvió a entrar en mí, en esa ocasión levantándome mientras yo me aferraba con mis pierna a su cuerpo, ese cuerpo atlético que me embestía una y otra vez mientras que su boca me besaba sin cesar.

Sus gruesos labios, esos labios aterciopelados cuyo sabor tanto me gustaba, tampoco cesaban de besarme en ningún momento. Con Mario todo me estaba resultando extraordinariamente impactante, porque yo no podía imaginar que un hombre fuese capaz de regalar tanto y en tan poco tiempo como lo hizo él.

Me podía enamorar de él, yo notaba que me podía enamorar de él y hasta tenía mis dudas de si eso no estaría sucediendo ya. Nos dio casi el amanecer amándonos, y apenas pude dormir una hora antes de que el despertador sonase.

—Yo no sé cómo lo vas a hacer, y todo ha sido por mi culpa —se excusó en cuanto abrí los ojos y me desperecé.

—Ojalá todas las noches de mi vida en que no pueda dormir sean tan apasionadas como esta —le contesté.

—Tú sí que eres apasionada. No sé lo que me das, solo sé que es extraordinario y que no tiene nada que ver con lo que me hayan dado nunca.

—Y mira que te dan cositas, que hasta bragas te tiran al escenario. Yo lo he visto con estos ojitos —le comenté riendo porque era cierto que él levantaba pasiones por allí por donde pasaba.

embargo, sí lo hizo, y volvió a entrar en mí, en esa ocasión levantándome mientras yo me aferraba con mis piernas a su cuerpo, ese cuerpo atlético que me embestía una y otra vez mientras que su boca me besaba sin cesar.

Sus gruesos labios, esos labios aterciopelados cuyo sabor tanto me gustaba, tampoco cesaban de besarme en ningún momento. Con Mario todo me estaba resultando extraordinariamente impactante, porque yo no podía imaginar que un hombre fuese capaz de regalar tanto y en tan poco tiempo como lo hizo él.

Me podía enamorar de él, yo notaba que me podía enamorar de él y hasta tenía mis dudas de si eso no estaría sucediendo ya. Nos dio casi el amanecer amándonos, y apenas pude dormir una hora antes de que el despertador sonase.

—Yo no sé cómo lo vas a hacer, y todo ha sido por mi culpa —se excusó en cuanto abrí los ojos y me desperecé.

—Ojalá todas las noches de mi vida en que no pueda dormir sean tan apasionadas como esta —le contesté.

—Tú sí que eres apasionada. No sé lo que me das, solo sé que es extraordinario y que no tiene nada que ver con lo que me hayan dado nunca.

—Y mira que te dan cositas, que hasta bragas te tiran al escenario. Yo lo he visto con estos ojitos —le comenté riendo porque era cierto que él levantaba pasiones por allí por donde pasaba.

Capítulo 15



Llegué a primerísima hora de la mañana a mi casa y me despedí de él, bajando del coche. No permitió que lo hiciera sola, también se bajó para besarme en los labios.

—Te veo luego —afirmó. En ningún momento lo preguntó, directamente lo afirmó, y eso me hizo muchísima gracia.

—En realidad, tienes razón, porque te has quedado a las gemelas de rehenes y resulta que, por alguna extraña razón que no acierto del todo a comprender, les he pillado un cierto cariño —reí.

—Son adorables, sabes que son adorables, pero es que tienen a quien salir.

No se me fue por alto el hecho de que me cogiese de la mano y le costase la misma vida soltármela. Ese hombre tenía algo, algo que me gustaba mucho y que provocaba que no pudiese sacármelo de la mente.

Entré en casa y escuché que Sol bajaba las escaleras.

—No me lo puedo creer, tía, ¿tan de buena mañana despierta? ¿Tengo que recordarte que estás jubilada? Si yo fuera tú, no me sacarían de la cama hasta…

—Es que tenía que ver la carita de mi sobrina, y ya me lo estás diciendo todo, no me hace falta ni que me lo cuentes —me indicó mientras que me miraba arqueando una ceja y comenzando a esbozar una sonrisa a la vez, que ella gesticulaba mucho.

—Pero a mí sí —me dijo Mar abrochándose su batín mientras bajaba las escaleras también—. Se trata de Mario Castalla y no puedo esperar ni un minuto más para saber qué ha pasado.

—¿Y tú lo dudas viéndole la carita? ¿Es que acaso lo dudas? —le preguntaba Sol, porque me conocían demasiado bien.

—Tú vienes de una noche tórrida de sexo, ¿cómo es en la cama? Ay, por Dios, yo esto necesito escucharlo cafecito en mano. Voy a prepararlo —se ofreció Mar.

—Si es que no me va a dar tiempo, vengo con el justo…

—Para un café siempre hay tiempo. Además, que Mar tiene razón, ella no puede esperar para conocer los detalles… Y es que yo tampoco —me confesó mi tía.

—Sois un par de cotillas, pero además es que sabéis que los de la prensa ya nos han cazado —añadí.

—Y os han «casado» —rio Mar—, porque ya se habla del romance del año.

—Qué les gusta un chisme, nos estamos conociendo, ya está.

—¿Y qué esperabas del romance entre Mario Castalla y Danna, la modelo e *influencer* del momento? Si es que no podéis hacer una pareja mejor —me decía ella y yo entendía que lo nuestro suscitara comentarios, solo que temía que se les fuera de las manos y no nos dejasen vivirlo con naturalidad.

En cualquier caso, Mario era un hombre de recursos y ya se las apañaría para darles a los periodistas una de cal y otra de arena, porque él tenía fama de contar con una mano izquierda espectacular.

Me senté con las chicas en la cocina y era para morirse de la risa, las dos con su cara puesta en la mía, como si me fueran a someter a un tercer grado. Lo de chicas es un decir, porque Sol contaba ya con un buen puñado de años, pero también con un espíritu joven que ya me gustaría a mí heredar.

—Vale, vale, nos hemos acostado. Y sí, es un tío maravilloso…

—Acostándoos, pero ¿cómo? —me preguntó Mar y sacó mi risa.

—Pues como todo el mundo, ¿no querrás que te lo explique con pelos y señales? —negué con la cabeza.

Por mucho que siguiera siendo mi empleada, ya que continuaba cuidando de mis hijas, Mar hacía muchos años que se había convertido en una de mis mejores amigas, y en familia prácticamente, como ya he indicado más veces. Y lo de Mario es que la traía loquita.

—No, no, Mario Castalla no puede hacer el amor como el resto de los hombres, eso no puede ser verdad —conjeturaba y casi que se ponía bizca, mientras hacía sus propias cábalas.

—Mujer, que un marciano tampoco es, aunque yo sé por dónde vas —intervenía Sol, quien también estaba muy intrigada, pero ella ya no solo por lo que concernía al terreno sexual.

—A ver, es un amante de primera. No, yo no sé cómo explicarlo, porque me mira y yo… Yo es que me deshago —les explicaba.

—Y eso que tú estás acostumbrada a que los hombres te miren como el monumento que eres, Danna. Imagínate si Mario me mira a mí así, es que me tienen que ingresar con taquicardia —me decía Mar.

—Si casi me sucede a mí. Yo no sé qué tiene, pero es que me mira…

—Te está enamorando, hija, eso es lo que te está sucediendo —me indicó Sol, después de hacerme una radiografía con los ojos.

Es lo que tenía esa mujer, que me miraba y veía hasta el último de mis pensamientos.

—Yo no sé si será amor, tía, pero me acaba de dejar en casa y ya le estoy echando de menos.

—Eso no te sucedía desde…

—Desde que conocí al padre de mis niñas. Con la diferencia de que entonces era una cría que no sabía dónde estaba de pie y ahora…

—Y ahora te ha vuelto a llegar el amor. A mí no me extraña, porque yo llevo mucho tiempo rezando para que así sea, Danna.

—¿Tú has rezado para que yo me enamorase? —le pregunté entre risas.

—Cada una de las noches de mi vida, hija.

—Ay, Sol, pues sí que surten efecto tus plegarias. Reza ahora para que a mí me caiga uno que al menos sea la cuarta parte de guapo que Mario Castalla, ya con eso me conformo —le pidió Mar.

—Vale, pues me pondré a ello…

—¿Y por qué la cuarta parte de guapo? Tú te mereces uno igual —le reproché.

—Porque igual no lo hay, cuando a ese lo hicieron, partieron el molde. Aparte de que uno así a quien te pega es a ti, que no podéis hacer una pareja más bonita.

—Como que tú eres fea, por las narices lo eres, vaya. Ya te llegará el tuyo, eso te lo aseguro. En el fondo, has estado tan pendiente de la crianza de mis niñas que no te has ocupado de ti. Me siento en deuda contigo…

—Bueno, vale, pues si me quieres subir un poquillo el sueldo no seré yo quien te diga que no —bromeó.

—Hecho…

—Oye, que era broma, que tú eres muy generosa.

—Pero te mereces más. Y otra cosa, las niñas y yo nos vamos en unos días con él a Nueva York, a un concierto que da.

—¿A Nueva York de concierto con él? Por mi madre que las hay que nacen con estrella y otras que nacen estrelladas —rio.

—Pues tú vas a ser de las primeras, porque te vienes con nosotras.

—¿Qué dices, Danna? Pero ¿qué se me ha perdido a mí allí? Si derrocháis glamur y yo…

—Y tú te mereces unas vacaciones por todo lo alto. Y ya de paso, le echas un ojito a las gemelas, que si me despisto el otro día se pillan la primera cogorza de su vida.

—Ay, Danna, que se nos están haciendo mayores y me veo en el paro. Al final, me tendrás que buscar un novio rico, sí —rio.

—Porque igual no lo hay, cuando a ese lo hicieron, partieron el molde. Aparte de que uno así a quien te pega es a ti, que no podéis hacer una pareja más bonita.

—Como que tú eres fea, por las narices lo eres, vaya. Ya te llegará el tuyo, eso te lo aseguro. En el fondo, has estado tan pendiente de la crianza de mis niñas que no te has ocupado de ti. Me siento en deuda contigo…

—Bueno, vale, pues si me quieres subir un poquillo el sueldo no seré yo quien te diga que no —bromeó.

—Hecho…

—Oye, que era broma, que tú eres muy generosa.

—Pero te mereces más. Y otra cosa, las niñas y yo nos vamos en unos días con él a Nueva York, a un concierto que da.

—¿A Nueva York de concierto con él? Por mi madre que las hay que nacen con estrella y otras que nacen estrelladas —rio.

—Pues tú vas a ser de las primeras, porque te vienes con nosotras.

—¿Qué dices, Danna? Pero ¿qué se me ha perdido a mí allí? Si derrocháis glamur y yo…

—Y tú te mereces unas vacaciones por todo lo alto. Y ya de paso, le echas un ojito a las gemelas, que si me despisto el otro día se pillan la primera cogorza de su vida.

—Ay, Danna, que se nos están haciendo mayores y me veo en el paro. Al final, me tendrás que buscar un novio rico, sí —rio.

Capítulo 16



La sesión fotográfica se estaba desarrollando en una de las panorámicas playeras más espectaculares de Miami.

Como siempre ocurría, el equipo estaba formado por multitud de profesionales de primera, que se ocupaban de que todo quedase genial y de que, hasta el último de los detalles, saliese a la perfección.

Yo posaba con Mark, uno de los modelos más afamados también del momento, uno que parecía haber salido directamente del taller de un escultor que trabajase para un dios griego o algo semejante.

Mark era lo que se dice una cara bonita, pero bonita, la perfección hecha hombre. Sin embargo, a la hora de la verdad no contaba con el encanto de Mario, además de que tenía un punto engreído que a mí no me hacía ni pizca de gracia.

Con todo y con eso, en la sesión se suponía que teníamos que derrochar complicidad, y los gestos picantes, así como las caricias, se sucedían.

Yo estaba más que acostumbrada a ese tipo de cosas y lo tomaba como lo que era: como trabajo. Mark, eso sí, era muy intenso y se metía tan en el papel que una no sabía cuándo estaba representando y cuándo no.

Esa mañana no me sentía del todo cómoda con él, y eso que habíamos trabajado en muchísimas ocasiones. El fotógrafo que coordinaba la sesión lo notó, y pidió un poco de tiempo para que me relajase.

Justo iba hacia él cuando vi avanzar a Mario con nuestros tres vástagos, y entonces es que una fina capa de sudor, apenas perceptible para el resto, pero sí para mí, perló mi cuerpo.

—Fantástica, maravillosa, soberbia —me comentó mientras me daba un beso que a nadie se le escapó, puesto que nos estábamos convirtiendo en esa pareja en la que todos tenían los ojos puestos.

Todo se sucedía a una velocidad de vértigo, porque apenas llevábamos unos días juntos y ya parecíamos una

pareja consolidada. Tanto fue así que hasta me sentí un tanto cortada por el papel que había de representar con Mark aquella mañana.

—Si no estás a gusto, me voy —me indicó porque se dio cuenta.

—No, ¿qué dices? Si ha sido una sorpresa bárbara, la más bonita de todas. Si te digo la verdad, es que no la esperaba.

Las gemelas le enseñaban el entorno a Ian. Ellas me habían acompañado muchas veces y conocían a todo el equipo.

—No me lo puedo creer —le decía yo porque ya estaban posando. Eso solía ocurrir, que cuando ellas iban por allí los fotógrafos terminaban por tomarles varias instantáneas, en las que quedaban monísimas, como eran, y no es pasión de madre.

—Si hasta Ian está posando, y eso que él es más cortado para estas cosas…

—Es que lo que no consigan esas dos —le dije porque nadie las conocía mejor que yo.

—Y sobre todo Olivia, que saca todo lo que quiere de él, le tiene enamoradito. No me extraña, tiene a quien salir…

—Ah, pues ni idea de lo que me dices —le dije mirándome las uñas como si la cosa no fuese conmigo, en el colmo de la diversión.

—Sí que tienes idea, tus hijas han heredado tus innegables encantos. Y tus dotes de hechicera también…

—¿De hechicera? ¿Tú te has fumado uno de esos cigarritos antes de venir?

—Ninguno, no me hacen falta para decirte que a mí me has hechizado, guapísima, que eres guapísima. Oye, y ese Mark, ¿tengo que preocuparme por él? —me preguntó entre bromas.

—¿Por ese arrogante? Si fuese el último hombre del mundo, me cambiaba de acera.

—No te cambies ni de broma, que yo te necesito en esta —me dijo mientras me besaba delante de todos. Nos estábamos poniendo en el ojo del huracán, y no nos importaba en absoluto. Lo nuestro era muy bonito y ambos teníamos ganas de gritarlo a los cuatro vientos.

Cuando las gemelas terminaron de entretener al personal, que eran únicas para eso, comenzamos de nuevo con la sesión. Por un lado, me ruborizaba que Mario estuviese delante, pero por otro, me imaginaba que Mark era él y todo quedó bordado a la primera.

—Mark te comía con los ojos y no es para menos —me decía mientras me abría la puerta del coche para invitarm a almorzar, lo mismo que a los chicos.

Yo me tomaría el resto de la semana libre porque podía permitírmelo y porque me merecía ese viaje que haría con él y en el que nos lo pasaríamos de miedo acudiendo a su concierto.

Cuando las gemelas terminaron de entretener al personal, que eran únicas para eso, comenzamos de nuevo con la sesión. Por un lado, me ruborizaba que Mario estuviese delante, pero por otro, me imaginaba que Mark era él y todo quedó bordado a la primera.

—Mark te comía con los ojos y no es para menos —me decía mientras me abría la puerta del coche para invitarme a almorzar, lo mismo que a los chicos.

Yo me tomaría el resto de la semana libre porque podía permitírmelo y porque me merecía ese viaje que haría con él y en el que nos lo pasaríamos de miedo acudiendo a su concierto.

Capítulo 17



En los dos días que tardamos en embarcar para Nueva York apenas nos separamos. Ni siquiera por las noches me dejó marcharme y los chicos estaban encantados, ya que compartir tantas horas juntos y en vacaciones suponía para ellos un magnífico regalo.

La que iba como un flan era Mar. Ella había viajado muchas veces conmigo y con las gemelas, pero el caso era distinto. También era súper fan de Mario y el viaje suponía un sueño hecho realidad para aquella muchacha a quien yo le debía tanto.

—¿En serio? ¿En *jet* privado? —me preguntó mientras nos dirigíamos hacia aquella parte del aeropuerto en la que Mario tenía el suyo.

—¿No te lo había comentado?

—No, supongo que para evitar que me cayera muerta. Y eso que traigo mis mejores vestidos y hasta una pamela —me decía, poniéndosela en ese momento.

—Mar, estás ideal con ella, tú también sirves para *influencer* —le decían mis niñas, posando, poniendo morritos e incitándola a hacer lo mismo.

—Lo que me faltaba a mí, como no tengo bastante con vosotras… Me ha dicho un pajarito que el otro día quisisteis beber. Como yo os coja dándonos la vuelta para ingerir alcohol se os acabará todo el cachondeo. El verano entero os lo vais a pasar estudiando —las amenazó.

Yo me moría de la risa porque Mar las entendía que era un gusto, a veces hasta mejor que yo. Y les hablaba con la misma confianza que si fuera su madre.

—Pero si nosotras ya nos lo sabemos todo. Hemos terminado el curso con una ristra de sobresalientes —le dijeron las muy sabiondas mientras que Ian sonreía tímidamente, no podía ser más mono también.

—Pues os ponéis a estudiar lo del año que viene, ¿qué pasa? —Puso ella los brazos en jarra.

—Si eso no sabemos lo que es, ¿por dónde vamos a empezar? —A ellas les encantaba quemarle la sangre.

—Pues os ponéis a estudiar idiomas…

—Si ya dominamos cinco —argumentaron porque trataban de ganar siempre.

—¿Cinco nada más? Pues anda que no hay idiomas en el mundo.

—Cielos, qué carácter, le encantará a John —me indicó Mario.

—¿A John tu guardaespaldas? —Miré a aquel mastodonte de dos metros de anchura (sí, sí, de anchura) que siempre nos seguía de la manera más discreta del mundo.

—Al mismo, se acaba de separar y está depre. A él le encantaba su mujer porque era de armas tomar. Ahí donde lo ves, aunque tiene una fuerza descomunal y está preparado hasta para una guerra, con las mujeres es un osito de peluche y le gusta que le den caña —me explicó.

—¿Un osito de peluche? Madre mía, pues cualquiera lo diría.

—Es que la vida da muchas sorpresas, ¿o es que acaso tú todavía no te has enterado?

En realidad, lo comprobé en ese viaje, porque John tenía un rictus muy serio, pero los niños hicieron con él lo que les dio la gana.

Nada más llegar a Nueva York, nos recogieron en una flamante furgoneta y nos llevaron a una impresionante mansión en pleno centro neurálgico de la isla de Manhattan.

Allí nos instalamos y Mario me comentó que aquella maravillosa vivienda también era suya, como tantas otras que en su día me dijo que tenía.

Con piscina y todo lujo de detalles, una vez más, era el lugar ideal para que los chicos se lo pasaran bomba.

Mario me ofreció salir de compras para adquirir un vestido con el que acudir al concierto. Más que adquirirlo, yo ya había quedado en acudir al estudio de una de las principales firmas con las que trabajaba, por lo que solo tendría que ir, elegir y llevármelo. Era lo que tenía ser una de las más grandes del sector de la moda, que todos los

diseñadores se daban tortas porque luciera sus diseños.

—Nos vamos con Peter —le indiqué a Mar en relación con mi guardaespaldas. Y te dejamos aquí con los niños y con John. —Le guiñé el ojo.

—¿Se te ha metido algo en el ojo? Ábrelo, anda, que yo tengo muy buena vista y seguro que lo veo —me indicó y yo me tiraba al suelo de la risa.

—Que no, mujer, que te dejo con John. Parece más sieso que hecho de encargo y, sin embargo, es todo fachada. Por lo visto está falto de cariño —le indiqué.

—¿Y quiere que se lo dé yo? Como me coja a la fuerza estoy perdida. Qué tío, si es que da miedo verlo, un brazo suyo es como mis dos piernas —me indicó ella.

—Que no, mujer, que él no busca sexo y menos a la fuerza. Que el hombre está hecho polvo porque le ha dejado su mujer, y que por lo visto es un cachito de pan, se cae de bueno.

—¿Estamos hablando del mismo tío? Si yo le escucho hablar y me tiemblan hasta las pestañas…

—Del mismo, ¿no le has visto jugar con los críos en el avión? Si se ha dejado hacer de todo.

—No, no, que a mí me da yuyu volar y me tomé mi pastillita. Y conmigo que no se haga ilusiones, que yo no le pienso hacer nada.

—Tú te lo pierdes. Te digo que es un tío que merece la pena. Mario me lo ha dicho y él no me miente en nada, eso es lo mejor que tiene.

—Pues si tanto le gusta, que se lo quede él.

—Mujer, que a él le gusto yo, no jodas…

—No me jodas tú, Danna, que me has puesto un mal cuerpo… A mí ese hombre me habla y me pongo a llorar, con eso te lo digo todo.

—¿Qué dices? Pero si eres tú quien le impondrías a él por tu manera de ser, que eres chiquita, pero matona…

—Mira, mira, que me estás contando un cuento chino. Vete ya a por el vestido, que de aquí la única que sale con novio eres tú.

Capítulo 18



Esa noche Mario quiso invitarme a cenar. Lo nuestro estaba siendo de lo más intenso, aunque en honor a la verda hay que decir que apenas teníamos tiempo libre para pasar a solas.

Para la ocasión, también me llevé otro vestido del estudio que visité aquella mañana, pues se empeñaron en que me quedase más de uno.

Nada más llegar al restaurante, donde nos tenían reservado un rincón espectacular en la terraza con vistas a toda l isla, la gente nos miró y comenzó a murmullar.

En lugar de sentirse incómodo o tratar de esconderse, Mario actuó como era, de la forma más natural, y lo que hizo fue saludar a todos los presentes. Su gesto me pareció de lo más simpático y lo emulé, con lo cual todo se apaciguó.

Estábamos destinados a no poder pasar desapercibidos y eran varias las maneras en las que podíamos tomarlo, optando por no darle mayor importancia y por dejar que las aguas se fuesen calmando.

No tardamos en comprobar que alguien debió dar el chivatazo y que en la puerta del restaurante se congregaron numerosos periodistas con la intención de captar el momento de nuestra salida, tratando sin duda de sacarnos nuestras primeras palabras en común.

No pensábamos darles carnaza, pero tampoco esquinazo, y él hizo porque me tranquilizase.

—Todo pasará. En principio será como un vendaval, pero luego quedará en una brisa.

—Qué poético —le sonreí.

—No lo creo, pero, si lo fuese, serías tú quien lo provocaría. Sacas lo mejor de mí…

—¿Yo saco lo mejor de ti? Oye, y a colación de eso, ¿cómo va mi canción? Me dijiste que el mar te inspira y a lo mejor fue un rollo y ni te inspira ni nada.

—No es ningún rollo. Me inspira muchísimo… ya casi la tengo. Solo me faltan unos cuantos matices y…

—Más te vale, porque yo quiero mi canción. Me la prometiste y tienes que hacer que confíe en ti —le advertí.

—¿Y por qué no habías de confiar en mí? —se extrañó.

—Es una larga historia. Y no estoy segura de que te apetezca escucharla…

—¿Estás de broma? Todo lo que venga de ti quiero saberlo, adelante…

—Para eso necesito un buen vino, ¿te parece?

—Me parece. Para mi chica, el mejor —me indicó mientras me acariciaba la mano por encima del mantel, provocando mi total estremecimiento.

En muchos momentos todavía no podía apenas creerme que estuviera viviendo algo así de bonito con él. Mario parecía loco por escucharme, le importaba mucho y yo le abrí mi corazón.

Nunca lo había hecho así con nadie. Ningún hombre había merecido así mi confianza desde que el padre de mis hijas murió. Y lo cierto es que llegué a pensar que ninguno volvería a merecerla.

Así se lo conté a Mario, desgranando uno a uno mis sentimientos, abriéndome en canal y, hasta en ciertos momentos, teniendo que secarme las lagrimillas que comenzaban a salir de mis ojos.

—Tuvo que ser muy duro vivir ya el embarazo sola, es algo que no puedo ni imaginarme.

—Imagínate el susto, ¡y por partida doble! Pero él habría querido que yo fuese fuerte… Y tuve que serlo por las tres. Ya sabes lo que es eso: hacer de padre y de madre no es fácil. En ciertos momentos creí que me fallarían las fuerzas, pero no estuve sola. Con el tiempo construí una preciosa familia de la que estoy muy orgullosa, todos me han ayudado mucho…

—Ya, pero en esa familia no entró ningún hombre. Quiero decir, como tu pareja, ¿no?

—No, el padre de mis hijas dejó el listón muy alto. Cuando has tenido a alguien así en tu vida y lo pierdes de golpe, todo se complica mucho. No se trataba de sustituirle, porque cada uno es cada uno, y eso yo lo tenía muy

claro, pero se trataba de tener a alguien a mi lado que me complementase como mujer.

—¿Y no lo encontraste?

—No, y no ha sido por falta de pretendientes en estos años. Lo que sucede es que ninguno de ellos me llenaba, ninguno me gustaba lo suficiente como para darle tan siquiera una oportunidad. No es que en la comparación salieran perdiendo, no es eso. Es que no eran la persona. Yo creo que esas cosas se saben a la primera. El amor no puede forzarse. Siempre he sabido que, si ese hombre aparecía, yo lo sabría, no albergaría dudas… Y no me equivocaba —le confesé con la más bonita de mis sonrisas en la boca.

—¿Y entonces? ¿Entonces me estás diciendo que ahora sí crees haberlo encontrado? —me preguntó emocionado.

—Es que no sé cómo decir esto sin que me tomes por loca. Soy consciente de que hace unos días no nos conocíamos en persona, pero después de haber compartido lo que estoy compartiendo contigo, puedo decirte que yo creí que esto no volvería a sentirlo en la vida. Y encima es que lo estoy sintiendo y con más fuerza —le confesé emocionada—. ¿Y tú? ¿Qué me cuentas de ti? —le pregunté porque tras vivir ese momento tan sentimental necesitaba saber qué pensaba él, cómo veía lo nuestro, cuál era la percepción que tenía de mí.

—Yo, yo solo puedo decirte que… Perdona, cielo, que me está llamando John —me dijo antes de descolgar.

Di un sorbo de mi copa de vino porque necesitaba aclararme la garganta y entonces fue cuando comprobé que algo estaba sucediendo, y que no era bueno.

—Ahora mismo vamos, John. Busca por cielo y tierra, tiene que aparecer, la niña tiene que aparecer —le pidió con toda la gravedad que la situación requería, antes de colgar la llamada.

—¿Qué niña tiene que aparecer? ¿Qué ha pasado? Te pido por favor que no me asustes.

—Olivia se ha escapado. Al parecer ha discutido con Ian y no está en su dormitorio ni en el resto de la casa. Te prometo que enseguida daremos con ella —me dijo mientras a mí el alma se me caía a los pies.

claro, pero se trataba de tener a alguien a mi lado que me complementase como mujer.

—¿Y no lo encontraste?

—No, y no ha sido por falta de pretendientes en estos años. Lo que sucede es que ninguno de ellos me llenaba, ninguno me gustaba lo suficiente como para darle tan siquiera una oportunidad. No es que en la comparación salieran perdiendo, no es eso. Es que no eran la persona. Yo creo que esas cosas se saben a la primera. El amor no puede forzarse. Siempre he sabido que, si ese hombre aparecía, yo lo sabría, no albergaría dudas… Y no me equivocaba —le confesé con la más bonita de mis sonrisas en la boca.

—¿Y entonces? ¿Entonces me estás diciendo que ahora sí crees haberlo encontrado? —me preguntó emocionado.

—Es que no sé cómo decir esto sin que me tomes por loca. Soy consciente de que hace unos días no nos conocíamos en persona, pero después de haber compartido lo que estoy compartiendo contigo, puedo decirte que yo creí que esto no volvería a sentirlo en la vida. Y encima es que lo estoy sintiendo y con más fuerza —le confesé emocionada—. ¿Y tú? ¿Qué me cuentas de ti? —le pregunté porque tras vivir ese momento tan sentimental necesitaba saber qué pensaba él, cómo veía lo nuestro, cuál era la percepción que tenía de mí.

—Yo, yo solo puedo decirte que… Perdona, cielo, que me está llamando John —me dijo antes de descolgar.

Di un sorbo de mi copa de vino porque necesitaba aclararme la garganta y entonces fue cuando comprobé que algo estaba sucediendo, y que no era bueno.

—Ahora mismo vamos, John. Busca por cielo y tierra, tiene que aparecer, la niña tiene que aparecer —le pidió con toda la gravedad que la situación requería, antes de colgar la llamada.

—¿Qué niña tiene que aparecer? ¿Qué ha pasado? Te pido por favor que no me asustes.

—Olivia se ha escapado. Al parecer ha discutido con Ian y no está en su dormitorio ni en el resto de la casa. Te prometo que enseguida daremos con ella —me dijo mientras a mí el alma se me caía a los pies.

Capítulo 19



Los periodistas alucinaron cuando nos vieron pasar delante de ellos a semejante velocidad.

No nos paramos a responder a ninguna de las preguntas, y era normal que no lo hiciéramos, solo que ellos no lo sabían.

Cuando llegamos a la casa, John, Mar, Martina e Ian nos esperaban. El chico tenía lágrimas en los ojos porque se sentía culpable.

—Hijo, ¿qué ha pasado? ¿Le has hecho algo a Olivia que motivase su marcha? —le preguntó Mario mientras yo no podía parar de llorar.

Manhattan, no nos engañemos, no es el lugar ideal para que una niña pulule sola por sus calles y de noche. Además, Olivia, igual que Martina, era una monería de cría y cualquier desalmado podría pensar en hacerle daño. Solo de imaginarlo, yo sudaba a chorros y la voz se me quebraba, contagiándome de las lágrimas del chaval.

—Papá, es que me escribió Halle, la chica con la que salí antes que con Olivia, ¿la recuerdas?

—Sí, la morenita, aquella chiquita que tenía problemas con la autoestima y con las relaciones. Y eso que era mayor que tú…

—Pues eso, papá, que me escribió antes para decirme que ha estado yendo a terapia y que ahora se encuentra mucho mejor, que ya ha superado lo nuestro y que guarda un bonito recuerdo de los meses que salimos.

»Al finalizar, me dijo que me quería y yo le contesté que también a ella, papá, pero te prometo que en plan cariñoso, porque ella ya no me gusta, lo pasé fatal por culpa de sus problemas y además… que yo quiero a Olivia, estoy loquito por ella.

»Pero es que Olivia me quitó el teléfono y solo leyó el final, pensando que le estaba siendo infiel. No quiso escucharme y se metió en su dormitorio, chillándome. Y al poco ya no estaba, no sabemos por dónde ha podido salir.

Mar se deshacía en lágrimas al escucharlo, lo mismo que yo. Lo peor que puede haber en la vida es un malentendido, y yo me imaginaba a mi niña en cualquier lado, pensando que su noviete no la quería y que la engañaba con otra. Olivia era muy sentida y eso debió desgarrarle el corazón, lo mismo que a mí su huida.

—Mario, me he vuelto loco mirando por todos los lados. En la casa no puede estar, esa niña no puede estar. Te prometo que, si le llega a suceder algo, yo no sé lo que hago —le decía John y yo corroboraba las palabras de Mario, porque el tipo parecía tener una condición muy bonita y fiel.

También Mar lo miraba conmovida. Todos estábamos de lo más preocupados y Mario no tardó en telefonear a la policía.

Por tandas, salimos a la calle a buscarla. Ian se vino con Mario y conmigo, mientras que Mar, Martina y John se fueron por otro lado. Peter se quedó en la casa por si la niña volvía.

Conforme los minutos iban pasando, a mí me iba a dar algo. Recordé que, cuando las gemelas eran pequeñas, yo tenía el sueño recurrente de que una de ellas se me perdía, y me despertaba a grito pelado.

Por suerte, nunca me sucedió, jamás las perdí de vista… Hasta ese día en el que me sentí tremendamente culpable Las madres no podíamos evitar ser así, ¿y si hubiera estado en la casa? ¿Habría impedido que mi niña se marchase? Igual yo habría podido hacer algo al respecto, aunque no era más que una mera especulación, porque cuando un adolescente quiere engañar a sus padres lo hace e igualmente se habría marchado.

Había pasado como una hora y yo estaba al borde del colapso cuando fue Ian quien la vio.

—¡Está allí ¡En aquella reunión de chicos!

Varios se habían reunido en la entrada de un parque y allí nos encontramos a mi niña. Tan pronto como nos vio, s cogió de la cintura del chico que tenía al lado, y miró a Ian con descaro.

—¿Qué haces tú aquí? Ya no eres mi novio ni eres nada —le soltó con total desparpajo.

—Por favor, Olivia, me tienes que escuchar —le pidió él.

—Yo no tengo que escucharte porque eres un mentiroso. Vi lo que le ponías, ¿te gusta? Pues toda para ti, yo no te voy a estorbar. A mí me sobra dignidad. Díselo tú, mamá, díselo, que tú no nos has criado ni a Martina ni a mí para que nos arrastremos delante de ningún hombre.

No pude evitar sonreír y por muchos motivos. Mi niña tenía carácter, igual que su hermana. Por fin la habíamos

encontrado y eso me tranquilizó al máximo y, además, tendría carácter, pero no razón, porque Ian no era del tipo de chico que juegan a dos bandas y me encantó hacérselo ver.

—Claro que no, cariño, pero a veces las cosas no son como parecen. Tienes que leer la conversación entera y tomar conciencia de que Ian solo te quiere a ti —le aclaré.

—Si le estaba diciendo que la quiere a ella, mamá…

—Pero de otra manera, mi niña. La quiere como a una amiguita del pasado porque él es buen niño, solo por eso. Tú no sabes lo que ha sufrido Ian en este rato. Y yo no te digo nada…

—Y el resto también —intervino Mario—. Un poco más y me quedo hasta sin voz —rio.

—Sin voz no, que aquí hemos venido a un concierto y lo veremos, así deje de ser novia de tu hijo —le advirtió Olivia.

¿Qué más se podía pedir con quince añitos que tenían? Cuando mi niña vio la conversación completa y comprendió que no había ninguna maldad en ella, se echó en los brazos de Ian.

—¡Me la lías otro día y te quedas sin mí! —le advirtió— ¿Te has enterado? Tú no le vuelves a decir a ninguna persona que la quieres, a excepción de mí, que luego llegan los malentendidos.

Mar, a la que avisamos, la miraba embelesada y John, quien se había dado patadas en el culo por encontrar a mi niña, también parecía de lo más contento, y la miraba a ella.

Yo le hice un gestito a Mar para que se diera cuenta y a ella solo le faltó hacerme a mí una peineta, entre risas.

encontrado y eso me tranquilizó al máximo y, además, tendría carácter, pero no razón, porque Ian no era del tipo de chico que juegan a dos bandas y me encantó hacérselo ver.

—Claro que no, cariño, pero a veces las cosas no son como parecen. Tienes que leer la conversación entera y tomar conciencia de que Ian solo te quiere a ti —le aclaré.

—Si le estaba diciendo que la quiere a ella, mamá…

—Pero de otra manera, mi niña. La quiere como a una amiguita del pasado porque él es buen niño, solo por eso. Tú no sabes lo que ha sufrido Ian en este rato. Y yo no te digo nada…

—Y el resto también —intervino Mario—. Un poco más y me quedo hasta sin voz —rio.

—Sin voz no, que aquí hemos venido a un concierto y lo veremos, así deje de ser novia de tu hijo —le advirtió Olivia.

¿Qué más se podía pedir con quince añitos que tenían? Cuando mi niña vio la conversación completa y comprendió que no había ninguna maldad en ella, se echó en los brazos de Ian.

—¡Me la lías otro día y te quedas sin mí! —le advirtió— ¿Te has enterado? Tú no le vuelves a decir a ninguna persona que la quieres, a excepción de mí, que luego llegan los malentendidos.

Mar, a la que avisamos, la miraba embelesada y John, quien se había dado patadas en el culo por encontrar a mi niña, también parecía de lo más contento, y la miraba a ella.

Yo le hice un gestito a Mar para que se diera cuenta y a ella solo le faltó hacerme a mí una peineta, entre risas.

Capítulo 20



El día del concierto todos estábamos de los más nerviosos. Sobre todo, nosotras, que no nos habíamos visto en otra en toda la vida.

Llamaba la atención que Mario, que iba a congregar a miles y miles de personas, fuera el que pareciese más tranquilo.

—El público impone, pero también arropa —nos contaba a la hora del almuerzo.

—¿Cómo que arropa? —le preguntaron las gemelas, que eran muy farandureras y que, pese a lo que les gustaban los estudios, no podían evitar pensar que igual algún día se subían a algún escenario también como modelos, actrices o lo que terciase.

A mí en realidad me daba lo mismo. Yo lo único que deseaba es que fueran felices, aunque sí que les insistía muchísimo en la importancia de que estudiasen y siempre tuviesen un plan B.

—Pues arropa porque es algo muy grande. Pensar que toda esa gente te sigue, se aprende tus canciones, las canta contigo, las siente, las hace suyas… Hay mucha pasión en todo eso, y yo me considero un hombre muy pasional.

—Por la cuenta que te trae, porque con nuestra madre tendrás que desarrollar grandes dosis de pasión —le soltó Martina, y todos los demás lo que derrochamos fue una buena serie de carcajadas.

Él nos preguntó por el lugar que queríamos ocupar, dándonos a elegir entre estar en la misma salida del escenario (donde no se nos viera), o en una sala VIP desde donde contaríamos con todas las comodidades y podríamos disfrutar todos juntos y a nuestro aire.

Hubo división de opiniones, pero finalmente nos decidimos por esto último. A media tarde, Mario se fue para comenzar a preparar el concierto y el resto nos quedamos en casa, arreglándonos.

Mi vestido, negro y con plumas, cortito y sexy, era una verdadera virguería. Mar me lo vio puesto y abrió tanto lo ojos que parecía un búho.

—Se morirá cuando te vea, será su último concierto —me decía entre risas.

—Y John cuando te vea a ti con este otro —le señalé a uno en lima que había preparado para ella, era midi y con escote corazón, que le haría un cuerpazo de escándalo.

—¿Cómo me voy a poner yo ese vestido? —me preguntó.

—Es muy fácil, primero le bajas la cremallera y luego se la subes, que te ayuden las niñas, que ellas lo harán con sutileza, no sea que se parta —le indiqué sin hacerle ningún caso.

—Tú me has entendido…

—Te he entendido y no pienso hacerte ni el más mínimo caso, esa es la realidad. Ya te lo puedes poner o llegaremos tarde.

Mar se merecía todo lo bueno que pudiera ocurrirle y que estuviese en mi mano hacer por ella. Las gemelas la ayudaron y lo cierto es que el resultado fue de dulce. En mi caso, ya estaban más acostumbradas a verme así para acudir a fiestas, aunque también movieron sus cabecitas impactadas.

—Mamá, suerte que no has optado por subir al escenario, porque se le habría quebrado la voz, estás increíble —me dijo Martina.

—Yo quiero heredar ese vestido, mami. Siempre vas fantástica, pero últimamente estás que te sales, es lo que tiene el amor —prosiguió Olivia.

—Ese mismo amor también te sienta genial a ti, hija —le indiqué porque mi niña era una muñequita enfundada er su vestido lencero blanco.

—¿Y a mí no me dices nada? —acudió enseguida Martina, porque eso sí que lo tenían, que no podía decirle nada a la una si no se lo decía a la otra.

—Tú eres un caramelito de fresa, mi niña. Vaya combinación, cómo voy a fardar de hijas guapas —le aseguré porque su vestido también era lencero, aunque, en su caso, rosa palo.

Muy caballeroso, Ian, que iba de traje, las cogió a cada una por un brazo. Mar se partía de la risa.

s—Anda que no va bien acompañado el crío. Bueno, y el padre lo estará también luego. De veras que estás radiante, Danna.

—Y tú no lo estás menos —le escuchamos decir por detrás a John, que nos indicaba que debíamos salir ya y ella se quedó muda. Tan solo optó por sonreírle y yo también lo hice, pero para mis adentros, que no quería enfadarla.

Una maravillosa limusina nos esperaba en la puerta. Mario lo había preparado todo para que se tratase de una noche de lujo, una noche en la que triunfaría, como tantas otras, si bien con el aliciente de que todos nosotros nos encontraríamos entre el público.

John nos sirvió una copa de champán a Mar y a mí por el camino. Ian hizo ademán de coger otra, y entonces Mar, sin pensárselo demasiado, le arreó un manotazo. Cielos lo que nos pudimos reír todos. Para ellos unos zumos serían suficientes, ni que decir tiene.

Eso sí, cuando Mar le dio el manotazo, el contenido de su copa se derramó en parte, y fue a caer justo en los pantalones de John. Ella, muy apurada, tomó un pañuelo de papel y se los limpió. Suerte que eran oscuros y que no quedó cerco, porque el fortachón también iba de lo más elegante. En el momento en el que fue a retirar la mano, él fue a tomar el pañuelo y ambas manos se rozaron.

Hasta los niños se rieron, porque pareció que les diera calambre. A mí me dio la risa y, mientras que John no sabía muy bien cómo tomarlo, mi querida Mar me miraba queriéndome asesinar. A mí se me había metido en el coco que iba a conseguir emparejarla con John y todo parecía aliarse para lograr mi propósito.

Justo nos reíamos cuando mi tía Sol nos hizo una videollamada y la atendimos con la mejor de las actitudes. A ella le parecía mentira vernos tan inmensamente felices, como si los astros se hubiesen aliado para que todos nosotros pudiéramos mostrarnos así de contentos.

1

—Anda que no va bien acompañado el crío. Bueno, y el padre lo estará también luego. De veras que estás radiante, Danna.

—Y tú no lo estás menos —le escuchamos decir por detrás a John, que nos indicaba que debíamos salir ya y ella se quedó muda. Tan solo optó por sonreírle y yo también lo hice, pero para mis adentros, que no quería enfadarla.

Una maravillosa limusina nos esperaba en la puerta. Mario lo había preparado todo para que se tratase de una noche de lujo, una noche en la que triunfaría, como tantas otras, si bien con el aliciente de que todos nosotros nos encontraríamos entre el público.

John nos sirvió una copa de champán a Mar y a mí por el camino. Ian hizo ademán de coger otra, y entonces Mar, sin pensárselo demasiado, le arreó un manotazo. Cielos lo que nos pudimos reír todos. Para ellos unos zumos serían suficientes, ni que decir tiene.

Eso sí, cuando Mar le dio el manotazo, el contenido de su copa se derramó en parte, y fue a caer justo en los pantalones de John. Ella, muy apurada, tomó un pañuelo de papel y se los limpió. Suerte que eran oscuros y que no quedó cerco, porque el fortachón también iba de lo más elegante. En el momento en el que fue a retirar la mano, él fue a tomar el pañuelo y ambas manos se rozaron.

Hasta los niños se rieron, porque pareció que les diera calambre. A mí me dio la risa y, mientras que John no sabía muy bien cómo tomarlo, mi querida Mar me miraba queriéndome asesinar. A mí se me había metido en el coco que iba a conseguir emparejarla con John y todo parecía aliarse para lograr mi propósito.

Justo nos reíamos cuando mi tía Sol nos hizo una videollamada y la atendimos con la mejor de las actitudes. A ella le parecía mentira vernos tan inmensamente felices, como si los astros se hubiesen aliado para que todos nosotros pudiéramos mostrarnos así de contentos.

Capítulo 21



Llegamos al estadio en el que se celebraría el concierto y el ambiente era verdaderamente de impresión.

Nada más bajarnos de la limusina, el público me reconoció, y John tuvo que echar mano de la gente de seguridad del concierto para que le ayudaran, puesto que Peter se había marchado con Mario horas antes.

Nos llevaron directamente a la sala VIP que tenía vistas directas al escenario. No pudimos escoger mejor, ya que en ningún lugar estaríamos mejor que en aquel. Yo me sentía súper orgullosa del revuelo que él tenía montado.

La gente, enfervorizada, entonaba las canciones de Mario una detrás de otra mientras que nosotros, igualmente, lo hacíamos desde la sala. Y todo ello antes de comenzar el concierto.

Allí no faltaba de nada. Como el gran evento del que se trataba, bandejas y bandejas de bebidas y comida, con las mayores exquisiteces, nos eran ofrecidas, unas tras otras.

Mario acudió un momento antes de que el concierto diese comienzo.

—Cambiaba todo esto por uno de esos cigarrillos —me aseguró con un pícaro guiño de ojo mientras me daba un beso y salía zumbando para el escenario.

Nada más aparecer por allí, la gente comenzó a gritar y a aplaudir como loca, y él esperó varios minutos antes de comenzar a hablar:

— «Buenas noches. Hoy tengo el placer de cantar para todos vosotros en este lugar, uno de mis preferidos y que, por lo que veo, está repleto. Semejante honor ya me alegra cuanto podáis imaginar, pero la cosa no queda ahí, porque en algún lugar de este estadio se encuentran una serie de personas afines a mí, de las más importantes de mi vida, y por las que lo daría todo» —comenzó diciendo.

El público, que no podía estar más entregado, comenzó a corear mi nombre. Yo me quedé asombradísima, porque

una cosa era que lo nuestro hubiese trascendido y otra muy distinta que no parasen de repetir mi nombre.

A él se le dibujó la más bonita de las sonrisas en la cara y les agradeció a todos antes de comenzar a cantar. Cuando por fin lo hizo, comenzó por una de sus bachatas más emblemáticas, una que provocó que la gente comenzase a mover la cadera, lo mismo que hice yo. Las gemelas me siguieron y Mar no se quedó atrás.

Ian se colocó al lado de Olivia y, para mi sorpresa, Mar le indicó al grandullón de John que se pusiese a su lado.

—Es que yo no sé, yo no puedo…

—¿Acaso tú no tienes cadera? Puedes como el que más —le dijo ella.

Daba risa verlo, esa era la verdad. Tan grande, tan ancho y con nulo sentido del ritmo… ¿y qué? Lo importante era que lo intentaba… Y que lo intentaba por Mar, porque estaba claro que a él también se le iban los ojillos hacia ella.

Hablando de ojillos, canción a canción, letra a letra, Mario miraba hacia el lugar donde nosotros estábamos, como dedicándome cada una de ellas. Yo me desgañitaba cantando a la par que él, y me imaginaba esos otros momentos en los que, en la intimidad, cantaba solamente para mí.

Saber que toda aquella gente le idolatraba y que yo podía disfrutar de él a cada minuto me hacía darme cuenta de lo privilegiada que era. Cualquiera de aquellas chicas habría dado más de lo que tenía tan solo por poder darle un beso o recibir una palabra de su parte.

El concierto estaba resultando todo un éxito, el público no podía mostrarse más entregado, y no había una canción que no se supieran, bien fuera de las antiguas o de las novedades que había lanzado ese verano y que se habían colocado en los tops musicales más relevantes.

Su cadera, la cadera de Mario sobre el escenario era para vibrar con ella, y cada vez que yo la veía moverse me acordaba de esos otros momentos que, en la cama, la movía solo para mí, haciéndome sentir la más sexy de todas las mortales.

Un par de horas después, él ya lo había dado casi todo, y entonces llegó la verdadera sorpresa… Una sorpresa con la que yo no contaba y que casi hace que me desmaye.

— «Bueno, amigos —comenzó a decir—. No es una sorpresa para ninguno de vosotros que Danna se encuentra esta noche entre nosotros. Ella, de la noche a la mañana, ha llegado para revolucionar mi mundo.

»No os voy a engañar, yo ya tenía una vida muy bonita antes de conocerla. La música me llenaba y mi hijo era esa personita por la que daba lo mejor de mí cada día. Sin embargo, ella apareció de casualidad, e hizo que mi

corazón, que se hallaba un tanto oxidado, se pusiera a funcionar de nuevo… Y no de cualquier forma… Comprobé que latía más fuerte que nunca y eso solo podía significar una cosa: que Danna es mi musa, mi fuente de inspiración.

»Dicho esto, quiero informaros de que le he preparado una promesa. Hace muy poco que nos conocemos y, a pesar de ello, hoy tengo una canción que le aseguré que escribiría para ella y que va a salir de mis labios en unos momentos. Que esto no os engañe, ya que, en realidad, proviene de mi corazón. Os quiero, y la quiero. Va por vosotros, pero, sobre todo, va por ella. Ah, y otra cosa, que ella no ha llegado sola a mi vida, sino que viene con dos corazoncitos más a los que adoro: sus gemelas».

Aún no había comenzado a sonar y ya me hizo llorar. Las primeras líneas eran tan románticas que las lágrimas rodaron por mis mejillas… Por lo que en ellas se decía me adoraba tanto como yo le adoraba a él. Mario era pura sensibilidad y así me lo demostró en un concierto que, para mí, más que eso, fue una verdadera declaración de amor.

corazón, que se hallaba un tanto oxidado, se pusiera a funcionar de nuevo… Y no de cualquier forma… Comprobé que latía más fuerte que nunca y eso solo podía significar una cosa: que Danna es mi musa, mi fuente de inspiración.

»Dicho esto, quiero informaros de que le he preparado una promesa. Hace muy poco que nos conocemos y, a pesar de ello, hoy tengo una canción que le aseguré que escribiría para ella y que va a salir de mis labios en unos momentos. Que esto no os engañe, ya que, en realidad, proviene de mi corazón. Os quiero, y la quiero. Va por vosotros, pero, sobre todo, va por ella. Ah, y otra cosa, que ella no ha llegado sola a mi vida, sino que viene con dos corazoncitos más a los que adoro: sus gemelas».

Aún no había comenzado a sonar y ya me hizo llorar. Las primeras líneas eran tan románticas que las lágrimas rodaron por mis mejillas… Por lo que en ellas se decía me adoraba tanto como yo le adoraba a él. Mario era pura sensibilidad y así me lo demostró en un concierto que, para mí, más que eso, fue una verdadera declaración de amor.

Capítulo 22



A partir de ese momento, mi ilusión creció por instantes. Esa canción, mi canción, que tituló «Mi más especial casualidad», me hizo vibrar. Recuerdo que todos la bailamos al unísono, entre risas, cogidos por la cintura, mientras que el público se entregaba lo más grande, feliz, entendiendo que Mario estaba viviendo un momento dulce y romántico donde los hubiese.

Fue la última del repertorio y, tras sus notas finales, me hizo bajar al escenario. Yo estaba acostumbrada al éxito por mi profesión y, aun así, no sabría definir lo que sentí en ese momento en el que todos comenzaron a aplaudir cuando me vieron aparecer por él, y en el que nos dimos un beso que me recordó a ese tan mítico de Sara Carbonero e Iker Casillas en el Mundial de Sudáfrica.

Nosotros no estábamos en el Mundial, pero después de que la vida nos hubiese metido un gol por toda la escuadra a ambos, por fin las cosas comenzaban a marchar sobre ruedas. Me refiero a que ambos, años atrás, habíamos perdido a nuestras parejas y, por fin, el amor nos había recompensado.

El público aplaudía enfervorizado y en el escenario acabaron también Ian y las gemelas, quienes nos abrazaron emocionados. Nuestros niños representaban la máxima de nuestras recompensas en la vida, y verlos así de felices constituyó para ambos todo un regalo.

Después de muchos minutos de aplausos y de un montón de besos más, así como del abrazo que nos dimos los cinco, el concierto llegó a su final y nos marchamos a la casa.

Recuerdo que, por el camino, en la limusina, él no paraba de hacerme carantoñas y de tararear esa canción tan maravillosa y romántica que había compuesto para mí.

De todos los obsequios que pudiera haberme hecho en el mundo, ese era, sin lugar a ninguna duda, el más especial. Yo iba increíblemente emocionada y estaba deseando llegar y entregarle a él otro obsequio, que tampoco era material, porque mi cuerpo pedía estar cerca de su cuerpo, mientras que mi boca deseaba beber de la suya.

Las gemelas e Ian se reían, de lo más contentos, aunque había algo detrás de esas risillas cómplices que me hizo

sospechar.

—También se han besado —dijeron en un momento dado y yo no supe a qué se referían.

—¿Quiénes se han besado? —les pregunté muy intrigada.

Martina, con su locuacidad habitual, y con esa gracia que Dios le había dado en sus gestos, miró hacia Mar y John y entonces yo me llevé las manos a la boca, de lo más sorprendida.
—¿Es eso verdad? —les pregunté.

—Bueno, puede que, a lo mejor, nos hayamos besado un poco —me soltó Mar y no un poco, sino un montón, fue lo que yo me reí, porque lo de besarse «un poco» tenía miga.

John guardó silencio, si bien no hizo falta que dijese absolutamente nada. Hay miradas que dicen más que las palabras y eso fue lo que le sucedió a él, a ese hombre que, pese a su fachada dura, debía ser puro amor, igual que mi Mario.

Ya en la casa me quedé a solas con él y apenas podía verbalizar lo que sentía.

—Cuando la has empezado a cantar, cuando ha sonado… Yo no sé lo que he sentido. Es la bachata más sentida que haya escuchado jamás… Y la has cantado tú, y para mí. Y no solo es que la hayas cantado, es que además la has compuesto. No puedo decirte con palabras lo que siento, pero sí que puedo demostrártelo.

Todo estaba ocurriendo deprisa, increíblemente deprisa. Los acontecimientos se iban sucediendo uno tras otro. Yo, a horcajadas sobre él, comencé a besarle con tanta intensidad que la vida parecía que se me iba en ello.

Le adoraba, adoraba al hombre que hizo posible todo aquello. Mario me provocaba un deseo que le demostré besando cada uno de los recodos de su piel. Esa noche fui yo quien quise obsequiarle, quien quiso hacerle el amor y para ello comencé por degustarle, primero en conjunto, para después dar rienda suelta a mi gusto por su miembro, el cual lamí a conciencia antes de hacer que entrase en mí.

Me moví para él con énfasis, como si fuese una diosa del sexo más que dispuesta a dárselo todo. Mario era el hombre de mis sueños y yo, movimiento a movimiento, quería demostrárselo.

Jugando con mi pelo, sexy y erótica, acercaba mis senos a su boca con la intención de que los succionase, lo cual era su deseo, y entonces me llevó a un delirio tal que alcancé el orgasmo, mientras sus dedos se hundían en mi cadera, y yo alcanzaba el éxtasis, momento en el que apretaba con mis paredes vaginales, estrechando ese canal que también le llevaba a la cima del placer.

En esos instantes, su corazón latía con tanta fuerza que casi era perceptible desde fuera, con solo colocarle la mano sobre el pecho, como me gustaba hacer.

Sobre él cabalgué hasta que un gemido grave me indicó que había llegado su alivio, puesto que esa noche era yo y solo yo quien estaba dispuesta a hacerle llegar hasta el final, quien estaba loca por proporcionarle un gusto tal que me viese como su musa sexual, y para siempre.

Moría por construir algo con Mario y sentía que lo estábamos haciendo, empezando por aquel escenario en el que no dudó en cantar su amor por mí, y terminando por aquellas sábanas que también fueron las mudas testigos de que algo fuerte y, tremendamente apasionante, había nacido entre ambos.

En Nueva York dimos el paso definitivo…un paso que nos llevaría a construir una relación que nos estaba convirtiendo a nosotros dos en pareja. Y al resto, en familia. Si algo me había faltado en la vida durante aquellos años era él. Pero Mario había llegado para quedarse y yo me sentía más completa que nunca.

En esos instantes, su corazón latía con tanta fuerza que casi era perceptible desde fuera, con solo colocarle la mano sobre el pecho, como me gustaba hacer.

Sobre él cabalgué hasta que un gemido grave me indicó que había llegado su alivio, puesto que esa noche era yo y solo yo quien estaba dispuesta a hacerle llegar hasta el final, quien estaba loca por proporcionarle un gusto tal que me viese como su musa sexual, y para siempre.

Moría por construir algo con Mario y sentía que lo estábamos haciendo, empezando por aquel escenario en el que no dudó en cantar su amor por mí, y terminando por aquellas sábanas que también fueron las mudas testigos de que algo fuerte y, tremendamente apasionante, había nacido entre ambos.

En Nueva York dimos el paso definitivo…un paso que nos llevaría a construir una relación que nos estaba convirtiendo a nosotros dos en pareja. Y al resto, en familia. Si algo me había faltado en la vida durante aquellos años era él. Pero Mario había llegado para quedarse y yo me sentía más completa que nunca.

Capítulo 23



El día amaneció y en la casa todo era alegría.

—Nuestra preciosa familia ya se ha puesto en marcha —le dije—. Al final, harás de mí una cursi, pero es que todo esto es tan romántico —reí.

Bajamos a la cocina y nuestros niños ya nos habían preparado el desayuno. Esa sí que fue una sorpresa porque sus dotes culinarias no las descubrimos hasta aquel día. Incluso las gemelas habían cogido unas flores del jardín que colocaron en un florero encima de la mesa.

Ente bromas, los tres comenzaron a cantar mi canción, esa que se habían aprendido, demostrando que, a ciertas edades, la memoria está intacta y funciona como un reloj suizo.

Desayunamos todos juntos, con Mar incluida. John estaba haciendo su ronda por el jardín junto con Peter si bien, a la par que lo inspeccionaba todo, le lanzaba a ella unas miraditas que eran la bomba.

—Al final tendré que emparejarme yo también con el chico que me gusta, porque si no, seré la única que me quede sola —nos espetó Martina entre bromas.

—También la tía Sol lo está —le recordó Olivia, un tanto mordaz.

—¿Me estás comparando con la tía Sol? Oye, que yo la adoro, pero que es un carcamal a mi lado —se quejó ella.

—¿Un carcamal? ¿A que se me escapa un sopapo y te lo llevas enterito, Martina? —le advertí y todos terminaron por reírse.

Ian abrazaba a Olivia, quien parecía más enamorado por momentos, lo mismo que ella. El amor, a esas jovencísimas edades, es imposible que sea más puro. Nuestros niños vivían un momento precioso gracias al cual nos conocimos Mario y yo, y eso había constituido un regalo del cielo.

Hicimos una miniencuesta sobre qué hacer ese día en Nueva York y las gemelas se salieron con la suya: ellas querían ir de *shopping*, puesto que teníamos un precioso verano por delante y morían por renovar su vestuario.

—Y mejor no digas ni mu, hijo —miró su padre a Ian—. Si quieren ir de compras, eso es sagrado. Lo mejor que puedes hacer es acompañarlas y cargar con las bolsas. Ese es el más valioso consejo que te puedo dar en la vida —reía.

—Vale, vale, papá, ¿y tú mientras qué harás? —le preguntó Ian enarcando una ceja.

—Yo cargaré con las de su madre, que seguro que serán más —se carcajeó.

—¿Más? De eso nada, que para eso nosotras somos dos —le indicó Olivia.

Daba igual, si íbamos de *shopping* les faltarían brazos para cargar con tanta bolsa. Los chicos, en el fondo, estaban encantados porque también ellos aprovecharían para renovar su vestuario.

Era cierto que teníamos por delante un verano en el que nos lo pasaríamos genial, y todos teníamos ganas de estrenar. Y no solo ropa, porque a cada instante estrenábamos nueva sonrisa.

El día fue de compras, aunque también de muchas cosas más, porque vueltas dimos más que un volador. Manhattan nos lo conocíamos muy bien, ya que todos habíamos estado mil veces, pero nos lo pasamos bomba.

Nos estuvimos moviendo por la zona de la Quinta Avenida y de allí nos llevamos lo más grande. Las gemelas estaban súper inspiradas y, tienda a tienda, nos fueron haciendo un pase de modelos. No, si al final seguirían mis pasos porque lo llevaban en la sangre.

Olivia se movía sexy delante de Ian, y es que yo no podía evitar que ya no fueran esas dos niñitas que un día di a luz, sino dos proyectos de preciosas mujercitas que cada día me enorgullecían más.

En cuanto a Martina, le hacía videollamadas al chico que le gustaba, y las risas resonaban también a través de su móvil.

Yo no podía sentirme más contenta y también desfilaba para Mario. En cada una de las tiendas, todo hay que decirlo, nos trataron a cuerpo de reinas, champán y aperitivos incluidos, así como zumos para los chicos.

Luego les llegó el turno a Mario y a Ian, a quienes también les tocó desfilar. Yo no me lo pude pasar mejor. En cuanto a Mar, también estaba de lo más contenta, ya que después del beso que se dio con John, parecía muy ilusionada, y eso que él era hombre de pocas palabras. No hacían falta más, la forma en la que la miraba indicaba

que allí también habría tomate, y del bueno.

Por esa razón, no dudé en hacerle un buen montón de regalos a ella, para la que había llegado el momento de comenzar a disfrutar más de su propia vida cuando las niñas comenzaban a volar solas.

Mi bonita familia crecía, y yo pensaba que no podía caber más dicha dentro de mi corazoncito. Estaban siendo unos días maravillosos, y todo se estaba desarrollando a una velocidad que me daba algo de vértigo, pero que también me ilusionaba una barbaridad.

Dimos más vueltas que una peonza por todo Manhattan en un día en el que multitud de personas nos fueron parando por la calle. Nuestra relación se conocía ya en el mundo entero, y mucho más después de que Mario me hubiese dedicado la famosa canción.

Yo, el peso de la fama, lo había llevado siempre regular, si bien él me enseñó que era mejor hacerlo con una sonrisa. Obviamente, no podíamos pararnos con todo el que nos lo pidiera, puesto que en ese caso habría sido imposible que diésemos ni un paso, pero tratamos de contentar a varias personas en momentos puntuales del día.

—El truco está en, cuando menos, poner siempre una sonrisa —me decía él mientras que yo comprendía que era un hombre del que podía aprender muchas cosas. Estaba enamorada de él, en aquellos momentos ya lo estaba. Y hasta las trancas. Yo siempre pensé que hacía falta más tiempo para que Cupido acertase de pleno en el corazón, pero por lo que iba viendo, este había hecho un cursillo exprés. La felicidad era máxima en mí en un momento de mi vida en el que creía tenerlo todo, porque todo comenzaba a salir a las mil maravillas.

que allí también habría tomate, y del bueno.

Por esa razón, no dudé en hacerle un buen montón de regalos a ella, para la que había llegado el momento de comenzar a disfrutar más de su propia vida cuando las niñas comenzaban a volar solas.

Mi bonita familia crecía, y yo pensaba que no podía caber más dicha dentro de mi corazoncito. Estaban siendo unos días maravillosos, y todo se estaba desarrollando a una velocidad que me daba algo de vértigo, pero que también me ilusionaba una barbaridad.

Dimos más vueltas que una peonza por todo Manhattan en un día en el que multitud de personas nos fueron parando por la calle. Nuestra relación se conocía ya en el mundo entero, y mucho más después de que Mario me hubiese dedicado la famosa canción.

Yo, el peso de la fama, lo había llevado siempre regular, si bien él me enseñó que era mejor hacerlo con una sonrisa. Obviamente, no podíamos pararnos con todo el que nos lo pidiera, puesto que en ese caso habría sido imposible que diésemos ni un paso, pero tratamos de contentar a varias personas en momentos puntuales del día.

—El truco está en, cuando menos, poner siempre una sonrisa —me decía él mientras que yo comprendía que era un hombre del que podía aprender muchas cosas. Estaba enamorada de él, en aquellos momentos ya lo estaba. Y hasta las trancas. Yo siempre pensé que hacía falta más tiempo para que Cupido acertase de pleno en el corazón, pero por lo que iba viendo, este había hecho un cursillo exprés. La felicidad era máxima en mí en un momento de mi vida en el que creía tenerlo todo, porque todo comenzaba a salir a las mil maravillas.

Capítulo 24



La vuelta a casa fue un tanto rocambolesca, en el sentido de que llegábamos y él no sabía hacia dónde dirigirse; si a la suya o a la mía.

Recuerdo que, tras coger el coche en el aeropuerto, paramos en un bar de carretera y allí mismo me lo pidió.

—Nena, sé que puede parecer un poco loco porque acabamos de conocernos, pero yo no concibo este verano viviendo separados. Soy lo que soy, un cantante romántico, y ese romanticismo lo llevo por bandera.

»Todo lo que dije en el concierto es cierto, no puedes ser más especial para mí, y creo que deberíamos pasar el verano juntos. Espera, espera, no digas nada. Podemos hacerlo como si fuese una prueba, ¿qué te parece? Los niños se llevan fenomenal, estarán felices de poder vivir juntos.

»Tú tendrás mil compromisos profesionales y yo otros tantos, pero con paciencia podremos simultanearlos, lo llevaremos genial, estoy segurísimo de lo que digo. Yo quiero que lo intentemos, haré todos los esfuerzos posibles porque podáis acompañarme a mis conciertos, y yo también te acompañaré a ti a todo lo que pueda. Y, cuando tengamos que separarnos por fuerza, lo haremos el mínimo tiempo posible.

»Sé que igual te suena como una condena, porque llevas muchos años viviendo en total libertad, pero que conste que no quiero cortarte tus alas, sino todo lo contrario, yo lo que quiero es que vueles alto… más alto que nunca. Y no hace falta que lo pienses justo ahora, yo te daría tiempo, ¿qué te parece una hora? —bromeó.

—Pues que me sobran cincuenta y nueve minutos, bobo, eso es lo que me parece. Anda que tú no charlas nada, qué pasada, qué manera de cascar. —Me desternillé.

—Es muy cierto, ¿y sabes por qué?

—Pues ni idea, igual es que has comido lengua de vaca o que naciste con incontinencia verbal…

—No, lo único que yo no puedo contener es mi amor por ti. Te amo, en este tiempo me he dado cuenta de que te amo mucho, mi amor, te amo con todo mi corazón. Yo no creí que el amor volviera a tocar a mi puerta y lo ha hecho de una forma arrolladora. Entonces, ¿nos vamos a vivir juntos?

—Querrás decir que nos quedamos viviendo juntos, porque desde la primera noche que te vi es que casi no hemos hecho otra cosa, ¿acaso no te has dado cuenta?

—Pues también tienes razón, amor, también tienes razón…

—Eso sí, solo te pido una cosa…

—Ya me la puedo imaginar, y la respuesta es que sí, ¡y mil veces sí!

—Oye, que yo no te estoy pidiendo matrimonio, ¿eh?

—No, me estás pidiendo que vivamos en tu casa para que podamos estar con Sol y con Mar.

—Y hasta con Michael, sí. El experimento este tan chulo lo deberíamos hacer en la mía, que somos más y tendremos que movernos menos…

—Por mí, como si me dejas un rinconcito debajo de la escalera, como el que tenía el pobre de Harry Potter en casa de sus tíos…

—Bueno, bueno, ya lo veremos. Si te portas bien, y solo si te portas bien, igual te quedas en mi dormitorio —le decía yo.

s

Hablamos con los chicos. Ellos ya lo sospechaban y lo mejor era que lo deseaban. Mi Olivia, con su habitual desparpajo, volvió a la carga, eso sí.

—Mami, por mucho que Mario y tú formalicéis cuando os dé la gana, que ya nos vemos mi hermana y yo de damas de honor, lo mío con Ian sigue sin ser incesto, ¿no? Porque es que además se da la circunstancia de que nosotros estábamos juntos antes —me preguntó entre risas.

—Que sí, cariño mío, que por esa parte no sucederá absolutamente nada. Todo va a seguir igual, solo que ahora ellos vivirán con nosotras, siempre que estéis de acuerdo las dos —les comenté.

—Y tanto que estoy de acuerdo. Vivir con Ian, flipa —decía ella.

—Mamá, ¿y si yo me saco novio también podrá vivir con nosotros? —proseguía Martina.

—Vamos a ver, hija de mi vida, ¿tú te crees que nuestra casa es Sodoma y Gomorra? Ian y Olivia vivirán juntos por lo que vivirán juntos, pero al menor indicio de que traspasen ciertos límites, levantamos su padre y yo un

; muro en la casa y se tendrán que ver por videollamada —les advertí.

—Mamá, que yo ya no soy una niña —se quejó Olivia.

—Tienes quince años, así que chitón. Tiempo tendrás de correr en la vida. Por el momento, ve aprendiendo a caminar…

—Si yo camino muy bien. Y desfilo. Lo quieras tú o no, al final seré modelo, y mi hermana también, ¿es o no es, Martina?

—Es, es, pero espera, que voy a provocar al chico que me gusta para que me pida salir con él.

A mí los ojos me los ponían en blanco entre las dos, aunque eran cosas de la edad y no tenía más remedio que entender que el tiempo iba pasando y que ya no eran dos bebés, sino dos adolescentes con las hormonas subidas en una montaña rusa, lo mismo que Ian.

a Todo aquello abrumaba, pero no era de extrañar, puesto que Mario y yo las teníamos igual, así que no era plan, ni mucho menos lo era, de escandalizarnos.

Solo nos quedaba hablar con Sol, si bien yo sabía que mi tía pretendía mi felicidad y la de las gemelas por encima de la suya propia. Era un sol de mujer, ya he dicho que su nombre le venía de perlas, y uno de los pilares que hizo posible que yo pudiera compatibilizar mi bonita vida familiar con esa otra, la profesional, que me había llevado a lo más alto en mi sector. Y encima me emparejaba con el cantante de moda. Sin duda, la prensa no hablaría de otra cosa durante todo el verano… Un verano que se presentaba no ya calentito, sino ardiente.

muro en la casa y se tendrán que ver por videollamada —les advertí.

—Mamá, que yo ya no soy una niña —se quejó Olivia.

—Tienes quince años, así que chitón. Tiempo tendrás de correr en la vida. Por el momento, ve aprendiendo a caminar…

—Si yo camino muy bien. Y desfilo. Lo quieras tú o no, al final seré modelo, y mi hermana también, ¿es o no es, Martina?

—Es, es, pero espera, que voy a provocar al chico que me gusta para que me pida salir con él.

A mí los ojos me los ponían en blanco entre las dos, aunque eran cosas de la edad y no tenía más remedio que entender que el tiempo iba pasando y que ya no eran dos bebés, sino dos adolescentes con las hormonas subidas en una montaña rusa, lo mismo que Ian.

Todo aquello abrumaba, pero no era de extrañar, puesto que Mario y yo las teníamos igual, así que no era plan, ni mucho menos lo era, de escandalizarnos.

Solo nos quedaba hablar con Sol, si bien yo sabía que mi tía pretendía mi felicidad y la de las gemelas por encima de la suya propia. Era un sol de mujer, ya he dicho que su nombre le venía de perlas, y uno de los pilares que hizo posible que yo pudiera compatibilizar mi bonita vida familiar con esa otra, la profesional, que me había llevado a lo más alto en mi sector. Y encima me emparejaba con el cantante de moda. Sin duda, la prensa no hablaría de otra cosa durante todo el verano… Un verano que se presentaba no ya calentito, sino ardiente.

Capítulo 25



Menos mal que se instalarían solo provisionalmente en mi casa, que si no…

Con el tiempo ya veríamos. Lo lógico es que, si todo salía bien (y yo estaba segura de que así sería), terminásemo en la suya, que era mucho más grande, aunque iríamos por partes.

El asunto fue que el trasiego de aquellos primeros días fue enorme, ya que el ir y venir de cosas lo revolucionó todo en la casa.

Las bromas también se sucedían, incluso en boca de mi tía Sol, que estaba felicísima.

—Por fin un hombre en la casa, ¡y qué hombre! —exclamaba ella mientras volteaba la cabeza, de lo más divertida.

—Gracias por la parte que me toca —añadía Michael.

Yo me sentía un tanto desbordada mientras lo organizábamos todo, porque seguía con mis muchos compromisos profesionales, aunque he de decir que, una vez más, me lo pusieron fácil, muy fácil, y entre todos.

Sol y Mar eran de lo más resueltas, y las gemelas también ayudaron mucho. Tuvimos, además, que habilitar un dormitorio para Ian y otro para John, que también se quedaría en la casa como miembro permanente del servicio de seguridad.

Estábamos en todo ello, cuando Mar me hizo la confesión.

—Como si lo quieres meter en mi dormitorio, Danna —me confesó, y entonces yo hasta me mordí el labio de la satisfacción que me supuso.

—¿Qué me estás contando? Ay, por favor, si esto es cada día más divertido. Yo no me podía esperar que la vida

nos diese semejante vuelco, ¡y a las dos a la vez!

—Es que anoche lo hicimos… Ya sabes.

—Ya me imagino, ya, aunque vaya si te has vuelto parca en palabras, ¿es que te lo ha contagiado él? Cuando yo empecé con Mario tú querías detalles, ahora soy yo quien los quiere —le pedí.

Mario pasó por allí en ese momento con una serie de perchas que no se las saltaba un galgo. Ian iba detrás de él con tal cantidad de cajas que apenas se le veía, puesto que le superaban en altura.

—Papá, ¿tú me puedes contar cuántos zapatos tienes? —le preguntaba con la lengua fuera.

—Ni la mitad que tus pares de zapatillas deportivas, así que, si no quieres perder tu asignación, ya puedes ir espabilando —le decía él.

Todo era genial porque, pese a que nuestra posición económica era más que privilegiada, no consentíamos que nuestros hijos se volvieran los típicos niños de papá que no dan palo al agua ni, aunque se lo recete el médico. A nosotros nos encantaba que ellos supieran valorar el esfuerzo y que tuviesen claro que, por mucho que nosotros tuviésemos de todo, a la gente el dinero no le caía del cielo.

Mario se marchó con Ian y yo seguí hablando con Mar.

—Es que no sé qué quieres que te cuente —me decía ella ruborizada.

—Pues todo, quiero que me lo cuentes todo, ¿cómo es en la intimidad?

—Pues lo que vosotros decíais, que es como un osito de peluche, y que le gusta que le den caña…

—¿Y tú se la diste?

—Ya te digo si se la di, me vine arriba y me salió una fiera de dentro… Y él tan tierno, yo es que me lo comía.

Era como el mundo al revés. Ella con su aspecto frágil y, sin embargo, solo le faltó sacar el látigo, y él, que parecía que llevaba un siglo ciclándose, caía rendido a sus pies.

Ya solo nos faltaba buscarle un novio a la tía Sol, aunque ella sí que decía estar estupendamente como estaba. Poco a poco, se hizo con un grupo de amigos muy diversos, en el cual todos estaban solteros.

Se nos acercó con una taza de té en la mano, y le conté.

—¿Qué te parece? Tenemos nueva parejita en la casa, tía…

—Si es que se veía venir de lejos. El grandullón se derretía cada vez que miraba a nuestra Mar. Qué contenta estoy por vosotras, niñas —nos decía.

—¿Y tú, tía? ¿No hay ninguno en tu grupo de amigos que te haga tilín? —le preguntaba yo.

—Sí, sí que lo hay —me contestó para mi alegría.

—Pero bueno, esa sí que es otra buena noticia, ¿y se puede saber cuándo nos lo pensabas contar?

—Pues nunca, hija, porque me hacen tilín varios, tú ya me entiendes. —Me guiñó un ojo.

—Tía, ¿qué me estás contando?

—Que sí, que sí, que yo ya no me amarro. A mi edad, que me quedan dos telediarios, pienso vivir la vida a tope, hoy con uno y mañana con otro. Y a lavarse los calzoncillos, que se vayan a su casa —se carcajeó.

Era lo último que esperaba. Mi tía se abrió a la posibilidad de tener amigos con derecho a algo más y estaba más feliz que una perdiz. Cada una de nosotras iba encontrando su camino.

En los siguientes días, la vida fue volviendo a la nueva normalidad. En casa éramos muchos, pero más contentos estábamos. Mario me acompañó a varias sesiones de fotos que hicimos no demasiado lejos de casa, de esas de ir y volver al día siguiente, y todos le acompañamos a él al siguiente y multitudinario concierto que dio en Washington, donde el público no dudó en pedirle que cantara nuestra canción a modo de colofón, algo que él ya, de hecho, tenía previsto.

Se había convertido en una especie de himno; un himno de nuestro amor. Cada vez que yo la escuchaba me hacía sentir la mujer más especial sobre la faz del planeta. Yo era feliz, estaba pasando por el mejor momento de mi vida y sentía que no me faltaba nada, absolutamente nada.

Por primera vez, no solo había alcanzado el éxito profesional, sino también el personal y en todas sus vertientes, porque el amor de mis hijas siempre fue mi motor, pero el de un hombre, el de Mario, vino a complementarlo. Y yo irradiaba felicidad.

Capítulo 26



Unas cuantas semanas después, me tuve que despedir de Mario por espacio de tan solo un par de días.

—Te voy a echar de menos —le decía yo, que no podía acompañarle a ese concierto porque me coincidía con un evento irrenunciable.

Eso habría de pasarnos en más de una ocasión, así que era cuestión de acostumbrarme, pero no me resultaría fácil, ya lo estaba viendo.

—Volveré en cuanto termine, esa misma noche, te lo prometo.

—Más te vale. Estás haciendo magia o algo y me tienes atrapada, y lo voy a pasar mal —le decía yo en plan mimosa.

—Y yo también lo voy a pasar fatal. Ten mucho cuidado con el móvil, que como yo te vea en línea y no me contestes, es que te la guardo. Vamos, no te la guardo, paso de tu culo y punto —le decía Olivia a Ian, quien acompañaría a su padre esos días mientras que las gemelas se quedaban conmigo.

—Hija, eso no es así. Ya te he dicho mil veces que el amor se basa en la confianza y que no quiero enterarme de que le vuelves a mirar el teléfono a Ian, que eso está muy feo, ¿estamos o no estamos? Cariño, explícaselo tú. Dile que entre las parejas no hay secretos, díselo —le pedí a Mario, porque a veces necesitábamos el uno la ayuda del otro.

—Claro que sí, cariño—me dijo. Le noté un poco preocupado y lo entendí, porque era cierto que mi Olivia decía esas cosas sin pensar e igual a él le molestó. No dejaba, en ningún caso, de ser cosas de críos, así que tampoco le di mayor importancia.

Ese día me llevé a mis niñas a la sesión de fotos. Nada más llegar, ya tenía un mensaje lindísimo de Mario diciéndome que me echaba muchísimo de menos. Yo es que no podía estar más enamorada, y esos detalles suyos me encantaban.

Olivia y Martina se movían como pez en el agua entre las cámaras. Como siempre, lograron que les tomaran un montón de fotografías. Entre bromas, yo les decía que algún día terminarían por eclipsarme. Y lo mismo era así.

Trabajé más a gusto que un arbusto, soñando con el momento de mi reencuentro de Mario. Ya estábamos planeando unas minivacaciones en familia para comienzos del mes de septiembre, antes de que los chicos reanudasen sus clases y cuando nuestros compromisos profesionales nos lo permitiesen.

Yo tenía muchas ganas de visitar mi querido Buenos Aires con él, ya que, aunque era felicísima en Miami, a mi tierra la llevaba en el corazón. Además, él también estaba deseando recorrer de mi mano el lugar en el que nací y en el que me convertí en la mujer que era. A los dos nos gustaba mucho conocer cosas del otro y, sobre todo, poder compartirlo todo.

Mi relación con el padre de mis hijas fue muy buena en ese sentido, como ya he explicado en algún momento, y por esa razón pensé que me sería muy difícil volver a confiar en un hombre como un día lo hice en él. Mario lo había logrado y sin mayores esfuerzos, solo mostrándose como era.

Mientras posaba para las fotografías, que ese día eran mías únicamente, sin acompañante alguno, sonreía pensando en ese viaje y en los muchos más que haríamos, ya que no solo es que nos gustase viajar y ver mundo, sino que nuestras profesiones así lo requerían. De ese modo, a veces viajaríamos por placer, y otras muchas veces lo haríamos por trabajo.

Al salir de la sesión quise invitar a las chicas a almorzar. Con tanto alboroto amoroso, hacía un tiempo que no compartíamos un almuerzo las tres solas, y me apetecía mucho para así poder charlar con ellas y que me contaran sus cosas.

Nos estábamos montando en el coche cuando me llamó la atención el modo en el que me miraba una mujer que estaba acodada en la pared. Yo estaba acostumbrada a que la gente me reconociese por la calle y se me quedase mirando, por lo que eso no era nada nuevo para mí. Sin embargo, lo de aquella mujer fue distinto, ya que su mirada… Su mirada era extraña, como si me quisiera decir algo.

Si soy sincera, un escalofrío recorrió mi cuerpo. No me dio buena espina… para nada me la dio y aceleré.

Las gemelas se percataron de que algo así estaba ocurriendo, por lo que miraron.

—Mamá, qué mujer más rara, ¿no? —me preguntó Martina.

—Es siniestra, y eso que no va vestida de negro —observó Olivia.

—Sí, lo cierto es que es un poco rara, pero cambiemos de tema, ¿qué os apetece almorzar? —les pregunté porque no quería que una simple sensación diera al traste con lo que prometía ser un bonito almuerzo familiar.

—¡¡Pizza!! —exclamaron las dos al mismo tiempo.

—Pues pizza almorzaremos, no se diga más.

Yo no tenía problemas con el tema de la comida. Mi genética era buena y hacía bastante deporte, de modo que podía pasarme de la raya siempre que la ocasión lo requería, porque el resto del tiempo comía de un modo muy equilibrado y sano.

El almuerzo transcurrió de lo más alegre, porque las niñas estaban encantadas con todas las novedades de ese verano. Martina había comenzado a salir con el chico que le molaba y Olivia seguía coladita por Ian.

—Mamá, tienes toda la razón. Tengo que confiar en él, no hay ningún motivo para que no lo haga, ¿verdad?

—Así es, mi niña. Mira lo que me sucede a mí, que Mario es uno de los hombres más deseados del mundo y, si quiero ser feliz con él, no tengo más remedio que confiar.

—Pero es que a él le sucede lo mismo contigo, mamá, porque Mario dice que partes cuellos a tu paso —reía ella.

—Eso es verdad. Mamá, le tienes en el bote, eres una suertuda —añadía Martina mientras miraba la carta y se preparaba para pedir la pizza en italiano, pues les encantaba practicar sus conocimientos de idiomas.

—Sí, lo cierto es que es un poco rara, pero cambiemos de tema, ¿qué os apetece almorzar? —les pregunté porque no quería que una simple sensación diera al traste con lo que prometía ser un bonito almuerzo familiar.

—¡¡Pizza!! —exclamaron las dos al mismo tiempo.

—Pues pizza almorzaremos, no se diga más.

Yo no tenía problemas con el tema de la comida. Mi genética era buena y hacía bastante deporte, de modo que podía pasarme de la raya siempre que la ocasión lo requería, porque el resto del tiempo comía de un modo muy equilibrado y sano.

El almuerzo transcurrió de lo más alegre, porque las niñas estaban encantadas con todas las novedades de ese verano. Martina había comenzado a salir con el chico que le molaba y Olivia seguía coladita por Ian.

—Mamá, tienes toda la razón. Tengo que confiar en él, no hay ningún motivo para que no lo haga, ¿verdad?

—Así es, mi niña. Mira lo que me sucede a mí, que Mario es uno de los hombres más deseados del mundo y, si quiero ser feliz con él, no tengo más remedio que confiar.

—Pero es que a él le sucede lo mismo contigo, mamá, porque Mario dice que partes cuellos a tu paso —reía ella.

—Eso es verdad. Mamá, le tienes en el bote, eres una suertuda —añadía Martina mientras miraba la carta y se preparaba para pedir la pizza en italiano, pues les encantaba practicar sus conocimientos de idiomas.

Capítulo 27



De nuevo tenía sesión de fotografías a la mañana siguiente. Eso me venía genial porque ya solo estaba a falta de un día para que Mario volviese y así me distraería.

Las horas pasaron rápidas, pues la sesión fue muy intensa. En aquella ocasión había dejado a las crías en casa, puesto que tenía intención de almorzar con una buena amiga a la salida, con una que moría por conocer todos los detalles de mi relación con Mario.

Iba en dirección a mi coche cuando la misma mujer del día anterior, esa cuyo aspecto era verdaderamente siniestro, como decían mis niñas, se me acercó.

De nuevo el mismo escalofrío recorrió mi cuerpo, y más cuando vi que tenía intención de hablar conmigo.

—Tú no me conoces, pero yo a ti sí que te conozco muy bien. Y a quien tienes al lado, todavía mucho mejor —murmuró en un tono perturbador.

Miré a mi lado porque no entendía nada, aunque ella enseguida me lo aclaró.

—No, me refiero a Mario, a él… Me refiero a ese canalla que me destrozó la vida, el mismo que me robó a mi hijo.

En ese momento me quedé helada y eso que la temperatura era alta, ¿quién era esa mujer y qué hijo era el que él l había robado, si no tenía más que a Ian?

—Perdona, deberías apartarte de mi camino. Creo que te estás equivocando, yo no soy la mujer que tú crees —le dije pensando en que nada de aquello podía tener ningún sentido.

—No, no me estoy equivocando. Sé muy bien que eres Danna, todo el mundo te conoce. Y a él… Bueno, de él conocen solo la parte que él quiere. Mario puede parecer el tipo más encantador del mundo, con esa sonrisa que

conquista a cualquiera… Cuando lo cierto es que es un canalla.

—Te pido por favor que te apartes de mi camino, no puedes estar hablando del mismo Mario —le rogué, poniéndome muy nerviosa.

—Sí que hablo del mismo Mario, de ese que se ha metido al mundo entero en el bolsillo, de ese que va por ahí fardando de que es el cantante de moda sin acordarse de quien tanto le ayudó a ganarse esa fama que ahora lo es todo para él.

—Perdona, pero yo no quiero seguir escuchándote.

—Tienes que hacerlo, y también tienes que apartarte de su camino o te hará lo mismo que a mí, te destrozará —me advirtió mientras me cogía por el brazo y tan fuerte que me llegó a hacer daño.

—¿Tú quién eres? —le pregunté entre asustada y dolorida.

—Yo… Yo soy la madre de su hijo Ian, y la mujer que lo perdió todo cuando él alcanzó la fama. Fue entonces cuando me dio la patada y me hundió en la miseria, me quitó a mi hijo y no me dejó nada. Desde entonces jamás he vuelto a levantar cabeza, ni siquiera he tenido posibilidad de volver a ver a mi niño y me he convertido en esto que ves… en un guiñapo. Yo era guapa, era como tú… Lo tenía todo y me veía feliz a su lado. Confiaba en él, fíjate qué tonta. Me parecía el hombre más confiable del mundo cuando en realidad no es más que un monstruo carente de escrúpulos, solo es eso.

—No sabes lo que dices, Mario no es así. Además, tú no puedes ser quien dices, porque la madre de su hijo está..

—¿Muerta? ¿Es eso lo que te dijo? Pues va a ser que no… Y, es más, te diré una cosa, ¿sabes esa canción que te dedica en los conciertos? ¿Esa que dice que ha compuesto para ti? Pues oh, ¡sorpresa! Mira lo que me escribió hace muchos años…

Me enseñó un mensaje de móvil que mencionaba esa canción, yo comencé a leer, vi las primeras líneas… Me quedé loca, no podía entender lo que estaba sucediendo y entonces… Entonces salí corriendo y la dejé allí.

e

Entré en el coche y cerré el seguro. Me estaba dando miedo de ella, pero más todavía de lo que me decía. Era obvio que no mentía y diría más… en sus facciones pude ver las de Ian y eso me trastocó hasta el punto de que casi le doy un golpe al coche que tenía delante al tratar de sacar el mío del aparcamiento.

Ella parecía enloquecida y no paraba de golpear el cristal de mi lado. A mí me temblaban las manos y pisé a fond el acelerador. A punto estuve de atropellar también a una señora mayor, porque no podía ni pensar y las lágrimas comenzaron a inundarlo todo.

Conforme avanzaba y le pedía perdón a la señora, veía a esa otra mujer que no paraba de hacerme señas, corriendo tras mi coche. Por fin la perdí de vista al tomar otra calle, en la que necesité aparcar porque no estaba en condiciones de conducir ni nada que se le pareciese.

Como si de una señal del destino se tratase, mi teléfono comenzó a sonar y era Mario. No podía descolgar porque lo último que necesitaba en el mundo era escucharle. Solo quería olvidarme de él porque me había engañado justo en el momento en el que creí haber encontrado al hombre que compartiría mi vida, al hombre que me lo prometió todo, cuando en realidad no me regaló más que mentiras.

Cuando sientes que algo así te ha sucedido, una losa cae sobre ti. Eso me ocurrió en un día en el que pensé que, de haberlo ganado todo con él, pasaba a perderlo de nuevo.

¿Qué clase de hombre despreciaba a la mujer que le aupó a la fama y encima le robaba a su hijo? No, Mario no era la persona que yo creía. Y lo peor fue que, en mi precipitada decisión, metí a mis hijas de por medio, haciéndolas partícipes de un amor que, de pronto, acababa de explotarme en toda la cara porque mi mundo, por trágico que pudiese parecer, acababa de saltar por los aires.

.

ɔ

Conforme avanzaba y le pedía perdón a la señora, veía a esa otra mujer que no paraba de hacerme señas, corriendo tras mi coche. Por fin la perdí de vista al tomar otra calle, en la que necesité aparcar porque no estaba en condiciones de conducir ni nada que se le pareciese.

Como si de una señal del destino se tratase, mi teléfono comenzó a sonar y era Mario. No podía descolgar porque lo último que necesitaba en el mundo era escucharle. Solo quería olvidarme de él porque me había engañado justo en el momento en el que creí haber encontrado al hombre que compartiría mi vida, al hombre que me lo prometió todo, cuando en realidad no me regaló más que mentiras.

Cuando sientes que algo así te ha sucedido, una losa cae sobre ti. Eso me ocurrió en un día en el que pensé que, de haberlo ganado todo con él, pasaba a perderlo de nuevo.

¿Qué clase de hombre despreciaba a la mujer que le aupó a la fama y encima le robaba a su hijo? No, Mario no era la persona que yo creía. Y lo peor fue que, en mi precipitada decisión, metí a mis hijas de por medio, haciéndolas partícipes de un amor que, de pronto, acababa de explotarme en toda la cara porque mi mundo, por trágico que pudiese parecer, acababa de saltar por los aires.

Capítulo 28



Llegué a casa totalmente destrozada. Suerte que Mario se hubiese llevado a Ian, puesto que no sé cómo habría encarado al crío, qué cara le hubiera mostrado al saber quién era su padre.

Sol me vio aparecer muy soliviantada y se asustó muchísimo.

—Mi niña, ¿qué ha pasado? Desde que murió el padre de tus hijas no te veía así… Así de…

—Así de destrozada. Mario me ha mentido en todo, tía. Su esposa no murió, a él no le ocurrió lo que a mí. Fue más bien Mario quien la mató… La mató en vida apartándola de él cuando por fin alcanzó la fama y la ha convertido… No sé ni en qué decirte que la ha convertido. Ella está en las últimas, no puede con el dolor, porque lo peor de todo es que le quitó a su hijo.

—¿A Ian? ¿Mario le quitó a Ian? Pero hija de mi vida, eso no puede ser. Yo soy abogada y te digo que un niño no es algo que puedas arrebatarle a una madre como si se tratase de una mochila. Todo esto debe tener una explicación.

—Sí, una explicación igual de poderosa que el mismo dinero que él posee. Tía, no seas ingenua, el dinero lo compra todo. Y él logró que ella no volviese a ver a su niño. Si la vieras… parece mucho mayor de lo que en realidad debe ser. Él la destrozó, Mario hizo de ella lo que hoy es. Ha venido a advertirme. Entre gritos, mientras aporreaba los cristales del coche, me dijo que se llamaba Megan. Es obvio que no miente, Ian se le parece mucho. Esa mujer es su madre y Mario… Mario solo es un mentiroso y un farsante. Seguro que está conmigo porque soy tan famosa como él y eso vende…

—Pero él no necesita más fama, ya está en la cumbre, cariño…

—Debe ser tan ambicioso que siempre necesite más, tía. Le odio, le odio con todas mis fuerzas. Me ha hecho daño y lo peor no es eso, lo peor es que se lo ha hecho a las niñas…

—Sí, porque tenemos un problema, ¿cómo va a digerir todo esto Olivia? Ella está loquita por Ian, y lo que me

cuentas les afecta muy directamente porque tú no vas a querer seguir relacionándote con Mario.

—¿Relacionarme con él? Yo solo quisiera ponerlo en la punta de un cañón y disparar… disparar tan lejos que…

—Nunca te he escuchado decir semejantes atrocidades de nadie, Danna, estás fuera de sí —me indicó mi tía.

—Pero es que nunca, jamás, nadie se ha burlado de mí como lo ha hecho él, mintiéndome sobre su pasado para darme coba, para que no pudiese descubrir quién es de verdad, cuando lo cierto es que el pasado siempre da un salto y se planta en el presente, eso es así…

—Danna, hija, yo no sé qué decirte. Estoy demasiado consternada, esa es la realidad. A partir de ahora, tendremos que tomar decisiones por el bien de las niñas, y me temo que no serán fáciles.

—No hay ninguna decisión que tomar. Ian y Olivia podrán seguir viéndose, pero lejos de la influencia de Mario. No puedo hacerle ese daño a mi hija, el de que haya de olvidarse de su primer amor, pero tengo que alejarla de Mario. Por suerte, para mí no se trata de mi primer amor, yo sí que lo superaré —le confesé a mi tía entre lágrimas.

—No es el primero, pero sí te llegó tan hondo que creías que sería el último, mi niña.

—He sido una ilusa, tía. Yo no tengo suerte en el amor. Me refiero al amor romántico, porque del resto tengo a raudales con todos vosotros, pero la vida se encarga de apartar de mi lado, de un modo o de otro, a todos los hombres que amo.

—No digas eso, mi niña, no digas eso.

—Es la verdad, tía, y cuando antes lo asuma, mejor. Sé que puedo ser la envidia de muchas mujeres y, sin embargo, seré yo quien termine por soñar con ser cualquiera de ellas, cualquier mujer que sea capaz de tener un hombre a su lado que la cuide y que la mime. Yo no pedí que fuese alguien como Mario, eso vino solo, yo solo quería amar y ser correspondida…

—Vas a tener que hablar con él cuando llegue, y será mañana, no te queda mucho tiempo. ¿Cómo lo harás? —me preguntó preocupada.

—¿Mañana? ¿Es una broma? Yo no voy a hablar con él ni mañana ni nunca. Mañana cuando llegue se encontrará con que todas nos habremos ido y, cuando me pregunte al respecto, le diré que hable con Megan.

—¿Y dónde iremos, cariño mío? Porque no podrás huir eternamente.

—Eternamente no, pero nos iremos de vacaciones a Buenos Aires. Necesito un poco de mis raíces, un poco del lugar que me vio nacer. He de cargar las pilas y mejor que allí, en ninguna parte.

—¿A golpe de tango, Danna?

—A golpes me liaba yo, tía. Comenzaba hoy y no terminaba hasta pasado mañana, ¿hasta cuándo pensaba mentirme y ponerse esa coraza de príncipe azul? Ni un sapo es, porque Mario es de lo más bajo y los pobres sapos solo tienen mala fama por culpa de los cuentos de hadas. Y, por cierto, esos cuentos no existen —le comenté entre lágrimas.

—Ay, mi niña, ojalá pudiera ofrecerte consuelo. Nos iremos a Buenos Aires o donde tú quieras. Yo solo deseo verte bien. Ya he sufrido por ti en muchas ocasiones, porque has perdido a demasiadas personas en tu vida, y no te lo mereces.

—Pues a este he de agradecer al cielo el perderlo, porque no me haría ningún bien, sino todo lo contrario. Mario es lo peor de lo peor, un mentiroso compulsivo con una maldad intrínseca, un cáncer que terminaría por extenderse por toda mi familia, y yo lo voy a extirpar de raíz.

—Eternamente no, pero nos iremos de vacaciones a Buenos Aires. Necesito un poco de mis raíces, un poco del lugar que me vio nacer. He de cargar las pilas y mejor que allí, en ninguna parte.

—¿A golpe de tango, Danna?

—A golpes me liaba yo, tía. Comenzaba hoy y no terminaba hasta pasado mañana, ¿hasta cuándo pensaba mentirme y ponerse esa coraza de príncipe azul? Ni un sapo es, porque Mario es de lo más bajo y los pobres sapos solo tienen mala fama por culpa de los cuentos de hadas. Y, por cierto, esos cuentos no existen —le comenté entre lágrimas.

—Ay, mi niña, ojalá pudiera ofrecerte consuelo. Nos iremos a Buenos Aires o donde tú quieras. Yo solo deseo verte bien. Ya he sufrido por ti en muchas ocasiones, porque has perdido a demasiadas personas en tu vida, y no te lo mereces.

—Pues a este he de agradecer al cielo el perderlo, porque no me haría ningún bien, sino todo lo contrario. Mario es lo peor de lo peor, un mentiroso compulsivo con una maldad intrínseca, un cáncer que terminaría por extenderse por toda mi familia, y yo lo voy a extirpar de raíz.

Capítulo 29



Esa misma noche volamos hacia Buenos Aires. Desde el momento en el que me encontré con Megan, no volví a cogerle el teléfono a esa sabandija.

John viajaba con él, mientras que Peter, mi guardaespaldas, era quien lo hacía con nosotras. La que estaba también hecha un mar de lágrimas era Mar, quien no entendía nada de lo sucedido y temía que todo aquello terminase con la incipiente relación que había surgido entre John y ella.

Olivia sí hablaba con Ian, eso no podía evitarlo, ya que me sentía incapaz de hacerle ese daño a mi niña. Ella le comentó que estábamos en Buenos Aires, sin darle ninguna razón, porque de hecho no tenían conocimiento de lo sucedido. Todavía no me sentía con fuerzas para contárselo.

Me daba una pena tremenda de ese niño, de Ian, que debió dar por muerta a una madre que en realidad estaba viva. Ni en las películas de terror hacían ese tipo de cosas. Mario había sido lo peor de lo peor, y no tenía perdón de Dios.

Allí nos alojamos en la antigua casa de mi tía Sol, de la cual no quiso deshacerse nunca, y que me traía extraordinarios recuerdos de mi niñez.

A las niñas también les gustaba mucho esa casa, que ya habían visitado en alguna anterior ocasión, aunque se encontraban totalmente desconcertadas por nuestra repentina escapada solas, sin la presencia de Mario ni de Ian.

La idea era pasar una serie de días allí durante los cuales yo cargara pilas y tratara de olvidarme de la pesadilla sucedida. Trataríamos de hacer una vida sencilla, aunque a mí eso no me resultase fácil porque me conocían en todos los lugares a los que llegaba, y más en aquel, que fue en el que me crie.

No tenía demasiadas ganas de salir a la calle, por lo que atrincheré en ese precioso hogar con jardín interior que me proporcionaba calma. Como tantas otras veces en las que necesité su ayuda, tanto Sol como Mar se ocuparon de todo, yendo a por provisiones y demás.

El segundo día de nuestra estancia allí, yo me encontraba sola en casa, pues todas habían ido al supermercado, cuando llamaron a la puerta. Pensé que se trataría de correo comercial o algo parecido, pero ante la insistencia de quien llamaba, no tuve más remedio que levantarme del sofá, en el que estaba apoltronada, e ir a abrir.

Mis ojos no daban crédito cuando vi a Mario. Por la calle se había encontrado con las chicas, dejando a Ian con ellas, razón por la que venía solo.

—Tu tía me ha contado y no sabes cuánto lo lamento —me dijo con ojos vidriosos.

—Si has venido hasta aquí para derramar lágrimas de cocodrilo, ya te advierto de que no te van a servir de nada. Lo sé todo, y no precisamente por ti. Mario, eres lo peor que me he encontrado en el camino y, si te queda un ápice, aunque solo sea un ápice de dignidad, deberías apartarte de mí y no volver a hablarme jamás.

—Antes de hacer eso me cortaría las venas —afirmó.

—Por mí, como si te las quieres dejar largas. Si te digo la verdad, ni siquiera te odio, porque para odiar hay que sentir, y yo por ti ya no siento nada. —Traté de engañarle.

—Sé que eso no es cierto y también sé que debí contarte toda la verdad. Estaba esperando el momento propicio, pero es que no me resultaba fácil. Por eso me quedé a cuadros cuando buscaste mi ayuda para explicarle a Olivia lo importante que es la confianza en la pareja.

—Es cierto, se te puso cara de haber ingerido dos litros de leche de cabra en mal estado. Normal, sabiendo que tu comportamiento es peor que el de una cucaracha. Esas al menos salen de noche. Dan asquito, no te digo que no, pero apenas se dejan ver durante el día. No como tú que solo quieres visibilidad cuando eres lo más oscuro que ha parido madre.

—Entiendo tu enfado porque yo trataba de reunir fuerzas para hablarte de mi pasado y no lo logré. Pensé que su oscuridad pudiera enturbiar el color de nuestra relación…

—Pues nuestra relación se ha puesto ya de un color más negro que el carbón. Y he dicho carbón, que no quiero equivocarme y llamarte algo que se pronuncia de un modo muy parecido.

—No soy eso que piensas. Megan te ha contado las cosas desde su trastornada realidad, ¿a que no te ha dicho que acaba de salir de un psiquiátrico?

—¿Y eso qué tiene de raro? Seguro que acabó allí por tu culpa. Tú la has destrozado, vergüenza debería darte. Si yo fuera tú, no podría volver a mirarme a la cara en lo que me queda de vida, ¿cómo has podido quitarle su madre a tu hijo?

—Yo no hice eso. Megan enfermó cuando comencé a triunfar, incluso antes, cuanto tenía visos de llegar alto. Ella enfermó de celos, haciéndome la vida imposible.

—Claro, pobre mártir, ¿y no sería que le sobraban razones para estar celosa? Yo es que ya no te creo nada…

—Y estás en tu derecho de creer lo que te venga en gana, pero me gustaría que escucharas también mis razones. Ya te digo que Megan no lo pudo soportar y comenzó a manifestar comportamientos agresivos. Primero fue conmigo, luego con ella misma y, finalmente, con nuestro hijo. Fue un juez quien determinó su ingreso en el psiquiátrico. Con el tiempo, tratamos de que fuera viendo al crío poco a poco, por el bien de ambos, pero resultó imposible. Megan ya estaba muy trastornada y no discernía el bien del mal. Hasta a nuestro hijo lo relacionaba con mi nueva vida y comenzó a odiarlo. Si ahora te ha buscado, es porque está fuera y los celos la corroen. Diciéndote todo esto te pone en mi contra y cree que puede volver a tener posibilidades conmigo.

—Maldita sea, ¡mientes! ¿Y qué hay de la canción? Era para ella, no para mí…

—¿La canción? Tan solo las primeras líneas… solo las primeras, ¿cómo lo sabes?

—Adivina no soy. Tú se la enviaste en su día.

—Tienes que escucharme. Hay una razón muy sencilla para eso. Cuando comencé a escribir esa canción, la más sentida de todas, pensé que era para la mujer de mi vida, que en aquel entonces era Megan. Cierto que las cosas ya no nos iban bien y entonces… Entonces lo dejé, no pasé de la segunda línea, pero siempre tuve en mente escribirla para la verdadera mujer de mi vida. Cuando tú apareciste, supe que la tenía delante. Y entonces retomé la canción entonces me salió completa, porque solo para ti podía salirme. La canción ha sido registrada en estos días, así puedes comprobar que cuanto te digo sobre esa canción es cierto. Y en cuanto a lo demás… Tengo decenas de informes psiquiátricos, así como sentencias judiciales. Te prometo que puedo demostrarte hasta la última palabra, puedo hacerlo.

—Y entonces, ¿por qué te inventaste que estaba muerta? Yo lo habría entendido…

—Siento mucho mi opacidad, lo siento de corazón. Pero yo jamás te dije que estuviese muerta, si haces memoria te hablé de que «la perdí».

En eso tenía razón, pero yo también la tenía en que necesitaba confiar en él. No podía estar con un ser oscuro, sino con uno de luz… Un ser de luz que me demostrase que lo era y que no me hiciese dudar.

—¿Y tu hijo? ¿Qué le has dicho a tu hijo de su madre?

—Mi hijo sabe la verdad, edulcorada porque aún es muy joven, pero la sabe. Ian no quiere hablar del tema, por eso no la menciona jamás. Ni siquiera con Olivia lo hace. Él va a terapia, eso le está ayudando mucho. Y yo espero que lo vaya superando poco a poco. El tiempo va transcurriendo y todo ayuda. Y yo sé que vuestra presencia sanará su herida incluso mucho antes, porque vosotras… Vosotras sois ya nuestra familia.

Vi sus lágrimas en los ojos y comprendí que me estaba diciendo la verdad. Le había llegado a odiar en aquellas difíciles horas en las que todo olía a traición que tiraba hacia atrás.

De repente, comprendí que Mario era todavía mucho más sensible de lo que aparentaba y que había pasado las de Caín a consecuencia del problema mental de Megan.

—Me dio miedo esa mujer, me dio miedo ella y me dieron miedo sus palabras —le confesé también entre lágrimas mientras le abrazaba.

—La policía se hizo cargo de ella. Después de que tú te fueras, le dio un tremendo brote y comenzó a destrozar todos los vehículos de la calle. Megan no puede hacer vida normal. Por desgracia, deberá permanecer en el psiquiátrico durante mucho tiempo, quizás para siempre. Pero eso ya no puede enturbiar nuestra felicidad. Ian y yo hemos pasado lo que no está escrito durante años, y ahora nos toca, por fin que nos llegue lo bueno, ¡y ha sido por partida doble! Él se ha emparejado con Olivia y yo… Yo me he emparejado con la mujer más bonita del mundo.

—Bueno, por lo de los chicos no apuestes, que son todavía muy jóvenes.

—Eso es cierto, a saber cuántas vueltas dará su vida… Pero la nuestra no, ¿eh? La nuestra ya ha dado las suficientes. No quiero pensar en que dé ninguna más que no sea en la dirección de…

Se calló, se quedó callado en un momento en el que se veía que estaba más que dispuesto a decir algo importante.

—¿En dirección al altar? ¿Es eso lo que quieres decir? —Tomé yo la delantera.

—Aparte de la chica más bonita que conozco, eres la más directa. Es lo que quería decir, sí, aun a riesgo de que me tomes por loco, porque apenas me conoces y encima te han dado unas referencias que vaya telita.

—Yo ahora no te voy a decir nada. —Me hice la interesante—. Lo único que te digo es que, si eres el hombre que dices ser, te doy un año para que me lo demuestres. Y si pasado un año no has cometido ni un fallo, entonces, igual…

—¿Ni un fallo? ¿Ni uno solo? —reía él.

—Ni uno solo, aparte de que la pedida tendría que ser apoteósica, porque como tú comprenderás, yo lo valgo —le dije jugando con mi pelo mientras que él tomaba mi mandíbula y me besaba tan fuerte que creí que me absorbería

El coco ya me lo había absorbido, eso también os lo digo. Yo no podía pensar en nadie que no fuera en Mario y en esa perlada sonrisa suya que valía un potosí.

No me hizo falta que me enseñara documento alguno, pero él se empeñó en hacerlo. Así, hasta la última de las palabras que me dijo me la pudo demostrar.

Me sentí la más dichosa de las mujeres. Sentía mucho por lo que ellos habían pasado, pero tuve la certeza de que no me había mentido. También aquello que sucedió entre nosotros fue una lección para los chicos, y Olivia comenzó a confiar plenamente en Ian.

Todo volvió a la normalidad… A una preciosa normalidad en la que yo le recordaba día a día que estaba en ese año de prueba. A él le hacía mucha gracia y siempre me decía que era dura de pelar y que no le perdonaba ni una.

Juro que en aquel año no le pillé ni en un solo renuncio, aparte de que fue el más bonito y romántico de mi vida. No hubo ni uno solo de sus conciertos que no lo cerrase con nuestra canción, incluso haciéndome salir al escenario para sellar nuestro amor delante de todos.

Quien actúa como Mario actuó no necesita esconderse. Y eso fue lo que le sucedió a él. Todo quedó a las claras y el año transcurrió. Entonces llegó la gran pedida, la más romántica del globo, en Buenos Aires y delante de todos los míos. La boda se celebraría en Miami, aunque al final, por un par de razones, tardó un poco más de lo esperado.

—Ni uno solo, aparte de que la pedida tendría que ser apoteósica, porque como tú comprenderás, yo lo valgo —le dije jugando con mi pelo mientras que él tomaba mi mandíbula y me besaba tan fuerte que creí que me absorbería.

El coco ya me lo había absorbido, eso también os lo digo. Yo no podía pensar en nadie que no fuera en Mario y en esa perlada sonrisa suya que valía un potosí.

No me hizo falta que me enseñara documento alguno, pero él se empeñó en hacerlo. Así, hasta la última de las palabras que me dijo me la pudo demostrar.

Me sentí la más dichosa de las mujeres. Sentía mucho por lo que ellos habían pasado, pero tuve la certeza de que no me había mentido. También aquello que sucedió entre nosotros fue una lección para los chicos, y Olivia comenzó a confiar plenamente en Ian.

Todo volvió a la normalidad… A una preciosa normalidad en la que yo le recordaba día a día que estaba en ese año de prueba. A él le hacía mucha gracia y siempre me decía que era dura de pelar y que no le perdonaba ni una.

Juro que en aquel año no le pillé ni en un solo renuncio, aparte de que fue el más bonito y romántico de mi vida. No hubo ni uno solo de sus conciertos que no lo cerrase con nuestra canción, incluso haciéndome salir al escenario para sellar nuestro amor delante de todos.

Quien actúa como Mario actuó no necesita esconderse. Y eso fue lo que le sucedió a él. Todo quedó a las claras y el año transcurrió. Entonces llegó la gran pedida, la más romántica del globo, en Buenos Aires y delante de todos los míos. La boda se celebraría en Miami, aunque al final, por un par de razones, tardó un poco más de lo esperado.

Epílogo



Dos años después…

Mauro y Lucas fueron el motivo por el que tardamos más tiempo en casarnos. Nuestros niños, que llegaron como un par de regalos caídos del cielo, pero de la forma más inesperada posible, provocaron una espera que fue de lo más dulce.

Yo ya tenía un par de gemelas, y con Mario di a luz a un par de gemelos. Se ve que mi maternidad iba de dos en dos.

Los niños, dados los muchos años que se llevaban con sus hermanos mayores, terminaron de llenar nuestro hogar de felicidad.

Al final no vivimos ni en mi casa ni en la de Mario, sino que compramos una en la que todos partimos de cero, como era nuestro deseo.

El día de la boda había llegado y yo tenía ante mí a las dos damas de honor más bonitas del mundo: Olivia y Martina. Ian iba como testigo de su padre y nuestros dos retoños… nuestros dos retoños parecían un par de angelitos cuyos piececillos daban ganas de comerse.

Mi estilo de novia fue ciertamente espectacular. No me las quiero dar de importante, pero fueron varios los estudios de moda que se disputaron su diseño. Al final, para no hacerle un feo a ninguno de ellos, opté por lucir tres, el primero de los cuales dejó ojipláticos a todos nuestros invitados por lo mucho que realzaba mi figura, aparte de por sus motivos florales, que se dejaban ver igualmente en el larguísimo velo que le servía de complemento.

Mis niñas, que por aquel entonces seguían siendo brillantes estudiantes, comenzaban a hacer también sus pinitos en el mundo de la moda y en las redes, porque acababan de cumplir la mayoría de edad y ya era hora de aflojar la cuerda.

Por esa razón, no paraban de retransmitir en directo hasta mi llegada al altar, puesto que ni Mario ni yo quisimos firmar ninguna exclusiva, sino que la ceremonia pudiera ser disfrutada por todos nuestros seguidores.

Si Mario me miraba como si fuera lo más bonito que la vida le había regalado, Ian miraba igual a Olivia, puesto que lo suyo también seguía adelante. Ambos estábamos encantados con el noviazgo y quién sabía… igual un día ellos también se daban el «sí, quiero».

Los que igualmente se lo darían serían John y Mar, ya que lo suyo iba viento en popa y a ella le prometí mi ramo de novia, que le entregué tan pronto salí como esposa de Mario de la ceremonia. Por cierto, que la celebramos en la playa y al aire libre, delante de un selecto club en el cual comenzó a continuación la fiesta…

Los periodistas se agolpaban para cubrir la noticia y tuvimos tiempo para atenderles. Muchos de ellos llevaban cantidad de horas apostados al sol y merecían unas palabras, así como un divertido posado que les regalamos, con Mario tomándome en brazos.

A continuación, posamos también con toda nuestra prole. Si al principio fuimos cinco, ya éramos siete, y lo más gracioso era que Mario no descartaba aumentar la familia, porque decía que era su mayor tesoro.

Otro tesoro era también mi tía Sol, quien nos siguió echando una mano como nadie con los críos, a pesar de que s marcaba sus viajecitos con ciertos amigos especiales con los que se daba «una alegría para el cuerpo», como ella decía.

Por su parte, Martina era distinta a Olivia, y más del estilo de Sol, ya que a ella los chicos no solían durarle, puest que decía que no pasaban el período de garantía, y que hasta que no encontrase uno como Mario, al que ambas adoraban, no se ennoviaba.

Las gemelas iban ideales enfundadas en sus vestidos lavanda. Yo no podía sentirme más orgullosa de la familia que habíamos creado, y en la que tampoco puedo dejar de mencionar a Michael, quien, por supuesto siguió trabajando con nosotros, y que resultó de lo más animado el día de la boda, puesto que se tomó como una docena de copas y decía que podría hacerle la competencia a Mario cantando.

«Mis dulces locuras» ya no eran dos, eran cinco… A ellas se les unieron Ian (quien era un hijo más para mí), y los gemelos, que nos tenían locos a todos. Por cierto, que yo no sé quién posaba mejor, porque en las fotos familiares estábamos todos ideales, impresionantes…

La fiesta fue de ensueño. Nos llevó nuestro tiempo prepararla, pero no podíamos haber imaginado una boda más bonita que la que celebramos ese día.

Yo ya me lo olía… Me olía que, a pesar de que contábamos con diversos grupos de animación, Mario subiría al escenario. Claro que lo hizo, y claro que me pidió que subiera con él para cantarme mi canción, esa que todavía

me seguía erizando la piel cada vez que la escuchaba, y que cabía la posibilidad de que así sucediera siempre.

Mientras la escuchaba, las lágrimas de felicidad rodaban por mi rostro. Teníamos por delante la más romántica de las lunas de miel, una que nos llevaría a recorrer en yate muchos países del mundo.

No iríamos solos, porque aquella aventura siempre la vivimos acompañados. Nos llevaríamos con nosotros a nuestros hijos y al resto de la familia, porque ellos estuvieron en las duras… y estarían en las maduras.

Escuchándole cantar aquel día me di cuenta de que, aunque siempre me parecía imposible, estaba equivocada, porque aún podía enamorarme más de él.

Mario era un ídolo de masas, pero yo eso lo dejaba a un lado. Me quedaba con el padre, con el compañero y con e amante, porque no hace falta decir que la pasión crecía más y más entre nosotros. Y aquello no tenía visos de parar. No mientras me mirara a los ojos y me cantara mi canción, no mientras me hiciera sentir así de especial.

e

o

s

me seguía erizando la piel cada vez que la escuchaba, y que cabía la posibilidad de que así sucediera siempre.

Mientras la escuchaba, las lágrimas de felicidad rodaban por mi rostro. Teníamos por delante la más romántica de las lunas de miel, una que nos llevaría a recorrer en yate muchos países del mundo.

No iríamos solos, porque aquella aventura siempre la vivimos acompañados. Nos llevaríamos con nosotros a nuestros hijos y al resto de la familia, porque ellos estuvieron en las duras… y estarían en las maduras.

Escuchándole cantar aquel día me di cuenta de que, aunque siempre me parecía imposible, estaba equivocada, porque aún podía enamorarme más de él.

Mario era un ídolo de masas, pero yo eso lo dejaba a un lado. Me quedaba con el padre, con el compañero y con el amante, porque no hace falta decir que la pasión crecía más y más entre nosotros. Y aquello no tenía visos de parar. No mientras me mirara a los ojos y me cantara mi canción, no mientras me hiciera sentir así de especial.

RRSS:

Facebook: Marcos Álvarez Castro

IG: @marcosalvarezcastro

Twitter: @ChicasTribu

RRSS:

Facebook: Marcos Álvarez Castro

IG: @marcosalvarezcastro

Twitter: @ChicasTribu